



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

CLERO Y RELIGIOSIDAD EN EL *DECAMERÓN* DE
BOCCACCIO

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN HISTORIA
P R E S E N T A :
ANA CLARA AGUILAR MONROY

ASESOR: DR. MARTÍN FEDERICO RÍOS SALOMA

MÉXICO, D. F.

JUNIO 2013



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

A Pablo, la persona que más quiero en el mundo, motor y dirección de todo lo que hago.

A mis padres, sin cuyo apoyo y ejemplo no estaría en donde estoy.

A mis abuelos, que no están físicamente, pero están presentes en todo momento.

A Caro, Mariana, Abril, Paco, Tavito y Juan Carlos por acompañarme siempre.

A mis tíos, sobrinos y primos de la nueva generación, que forman parte de la constancia que requiero para continuar.

A mi asesor, el Dr. Martín Ríos por su paciencia y apoyo permanente.

A Diego, Daniela, Luis y Miriam, que me impulsaron a terminar esta tesis.

A los amigos de toda la vida del CEPP, que a pesar del correr del tiempo siguen ahí.

A los amigos del CCH, en particular a mis hermanos del hexaedro regular y a las arpías.

A los amigos de la facultad, a quienes conocí cuando ya no era estudiante, pero más vale tarde que nunca.

A los amigos del Seminario de Estudios Históricos sobre la Edad Media, con quienes dio inicio una aventura académica que devino en amistad.

A aquellos que han compartido un momento, una sonrisa, un abrazo... soy muy afortunada por tener tanta gente valiosa a mi alrededor.

A los que ya no están, pero deberían.

Todos forman una parte muy importante de lo que soy.

ÍNDICE

Introducción	5
 Capítulo 1. La península itálica en la Baja Edad Media	 14
1.1 Los territorios italianos en el siglo XIV	17
1.1.1 El apogeo mercantil de Florencia	19
1.1.2 Relaciones comerciales y culturales con Oriente	23
1.2 La Iglesia entre los siglos XIII y XIV	24
1.2.1 El papado y la Santa Sede	27
1.2.2 Las órdenes mendicantes	29
1.2.3 Costumbres de la época	31
1.3 La Peste Negra	33
1.3.1 Repercusiones de la epidemia en la península itálica	36
 Capítulo 2. Giovanni Boccaccio y el <i>Decamerón</i>	 38
2.1 Vida de Boccaccio	38
2.2 El lugar de Boccaccio y el <i>Decamerón</i> en la cultura urbana	42
2.3 El <i>Decamerón</i> en su contexto literario	46
2.3.1 Trayectoria de la lectura del <i>Decamerón</i> en Europa	54
2.4 La religiosidad de Boccaccio a través del <i>Decamerón</i>	58
 Capítulo 3. Aportaciones del <i>Decamerón</i> a la historia religiosa	 65
3.1 Creencias y costumbres populares	66
3.2 Los pecados y su relación con el más allá	75
3.2.1 Almas penitentes	79
3.3 Actividades devocionales	81
3.4 Los religiosos	84

3.4.1 Alta jerarquía eclesiástica	86
3.4.2 Monjes y órdenes mendicantes	89
3.5 Necesidad de reforma	93
Conclusiones	96
Anexos	100
Anexo 1. Cuadro de ediciones del <i>Decamerón</i>	100
Anexo 2. Obras de Boccaccio	103
Escritos literarios	103
Misceláneas	104
Textos biográficos, geográficos e históricos	104
Anexo 3. Mapa del avance de la Peste Negra	106
Referencias bibliográficas	107
Fuentes	107
Bibliografía	107
Páginas Web	115

INTRODUCCIÓN

Las investigaciones históricas sobre el Medioevo no abundan en México, sin embargo, se trata de un campo de estudio vastísimo, no sólo por el amplio lapso que comprende,¹ sino también por la importancia de los hechos y configuraciones que ocurrieron mientras duró.

Los estudios medievales pueden realizarse a partir de distintos puntos de vista, desde la tradicional aproximación a la Historia política, económica y social, es decir, la rama predominante de la disciplina, hasta el acercamiento desde la Historia cultural y de la vida cotidiana. Para esta última vertiente existe una gran variedad de fuentes, además de las crónicas y textos historiográficos.

Aunque los valores e ideologías europeos que cruzaron el Océano Atlántico con los conquistadores y colonizadores de América fueron en su mayoría de origen medieval,² e inclusive algunos de ellos persisten hasta hoy día, la validez de un trabajo como el presente no radica únicamente en la forma en que puede vincularse a la Historia de México o a la de América, sino en la originalidad de su fuente.

El *Decamerón* fue escrito dentro de un contexto particular que debe ser tomado en cuenta al momento de analizarlo. Se trata de una obra literaria y, como tal, ha sido revisado muchas veces. Por su parte, en el campo histórico ha sido utilizado para conocer aspectos de la vida cotidiana, y recurrentemente ha sido citado como fuente para el estudio de la Gran Peste que azotó Europa a mediados de la decimocuarta centuria. En épocas tan tempranas

¹ La "Edad Media" abarca más de mil años (siglos V-XV). La utilidad de dividir la historia en etapas para su estudio es innegable, pero hay que mantener la mente abierta, ya que, tratándose de procesos humanos es complicado determinar fechas precisas para procesos de larga duración. Cabe señalar que, entre los estudiosos no hay acuerdo acerca del principio y el final de este periodo.

² Vid. Flocel Sabaté, *Fin del mundo y Nuevo Mundo. El encaje ideológico entre la Europa medieval y la América moderna en Nueva España (siglo XVI)*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2011, 80 p.

como el siglo XV, Nicolás Maquiavelo retomó en su *Historia florentina* lo dicho por Boccaccio e hizo alusión a esta misma epidemia.³

Mi planteamiento es que, del mismo modo en que el *Decamerón* ha brindado luz a los historiadores sobre la Muerte Negra en Florencia, puede ser utilizado para recabar información acerca de otros temas, tales como costumbres y modo de vida de los mercaderes, artesanos, banqueros y demás miembros de la sociedad florentina; así como de ciertas culturas ligadas al Occidente cristiano, entre otras causas, por su relación comercial.⁴ Y lo que resulta primordial para los propósitos de esta investigación: usos y creencias de los hombres vinculados a la Iglesia.

Una visión desde el exterior de Europa hacia su pasado, que a fin de cuentas no es exclusivo, puede resultar útil para complementar el enfoque existente, y en constante construcción, de una época que resulta por demás atractiva. Evidentemente el acceso a la información proporcionado por las nuevas tecnologías resulta fundamental para conocer y retratar más cabalmente la Edad Media.

Hay que enfatizar que la pertinencia de este trabajo en el campo de la historia religiosa,⁵ se relaciona directamente con la constante aparición en el *Decamerón* de protagonistas y situaciones ligadas con el clero, sus costumbres y sus creencias. No se trata de menciones aisladas, ya que hay cuentos enteros dedicados a estos personajes, acompañados, a veces, de juicios morales del autor, en ocasiones con un dejo de burla, en otras con un franco tono crítico.

³ Nicolás Maquiavelo, *Historia de Florencia*, Madrid, Alfaguara, 1979, pp. 145-146.

⁴ Es claro que las formas interculturales de convivencia variaban dependiendo de la geografía; por ejemplo, en la parte sur de la península ibérica los musulmanes estaban asentados, no iban de paso como en el caso de Génova, Venecia o Nápoles. Por otro lado, la presencia judía y su interacción con la mayoría cristiana también dependía de factores regionales.

⁵ La historia religiosa abarca más elementos que la historia de la Iglesia, tradicionalmente institucional; por ejemplo religiosidad y creencias. Precisamente el tema de esta tesis. Vid. Jaume Aurell, *La escritura de la memoria. De los positivismo a los postmodernismos*, Valencia, Universitat de València, 2005, pp. 168-175.

Con respecto a su uso como fuente histórica, vale la pena recordar que la mayoría de los estudios elaborados sobre la obra de Boccaccio, se han enfocado en los aspectos literarios,⁶ en otras palabras, se han centrado en la forma y el estilo; resaltando la importancia del *Decamerón* como parteaguas entre la narrativa medieval y la renacentista.⁷ Por supuesto hay que tener presentes también, los acercamientos realizados desde la perspectiva de los estudios de género que han analizado la imagen de mujer que plasmó Boccaccio en sus escritos.⁸

Pero no sólo la obra, sino también el hombre, ha sido motivo de interés. Su recorrido vital fue muy interesante, y de algún modo, representativo del intelectual de su época, por lo que ha sido biografiado en cada faceta posible.

Así pues, la pregunta que rigió esta tesis estaba encaminada a determinar de qué manera el *Decamerón* fue representativo de la dialéctica entre la posición oficial de la Iglesia en materia de doctrina, liturgia y disciplina, y las prácticas populares. Considerando que este texto permite conocer cómo eran percibidos el clero y ciertas prácticas vinculadas a éste, desde la perspectiva de Giovanni Boccaccio.

Cabe destacar que la escritura del *Decamerón* no fue un fenómeno aislado, por el contrario, se encontraba enmarcado en un ambiente de desazón hacia la Iglesia bajomedieval en diversas regiones de Europa. *Los cuentos de Canterbury* de Chaucer,⁹ así como el *El libro de buen amor* del Arcipreste de Hita¹⁰ manifiestan una situación similar y con una narrativa

⁶ Vid. María Cristina Azuela Bernal, *Del Decamerón a las Cent Nouvelles nouvelles. Relaciones y transgresiones en la nouvelle medieval*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2006, 288 p. / Claude Cazalé Bérard, “La strategia della parola nel Decameron”, en *MLN*, vol. 109, no. 1, The Italian Issue, The Johns Hopkins University Press, enero de 1994, pp. 12-26 / Carmelo Gariano, *Juan Ruiz, Boccaccio, Chaucer*, Sacramento, California, Hispanic-California State University, Department of Foreign Languages, 1984, 174 p.

⁷ Martín de Riquer, “Ensayo preliminar”, en G. Boccaccio, *Decamerón*, Barcelona, Vergara, 1962, pp. 9-10.

⁸ Vid. Margaret Franklin, *Boccaccio's heroines. Power and virtue in Renaissance society*, Burlington, Ashgate, 2006, 206 p.- Brigitte Buettner, *Boccaccio's Des cleres et nobles femmes. Systems of signification in an illuminated manuscript*, Seattle, College Art Association-University of Washington Press, 1996, 139 p.

⁹ Vid. Geoffrey Chaucer, *Cuentos de Canterbury*, Cátedra, Madrid, 2001, 645 p.

¹⁰ Vid. Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, *El libro de buen amor*, Cátedra, Madrid, 2001, CXXX-600 p.

igual de picaresca, en las regiones inglesa e ibérica, respectivamente. Por lo tanto, es claro que la Literatura aporta a la Historia información muy valiosa en cuestiones tales como ideología y costumbres.

La investigación que presento permite visualizar diversos aspectos de la vida en la península itálica durante el siglo XIV, a través de la pluma de Giovanni Boccaccio, señalando características de la religiosidad del entorno, así como de la del propio autor. Mi objetivo principal es conocer de qué modo eran percibidos clero y ritualidad durante la primera mitad del llamado *trecento* en Florencia, por medio del *Decamerón*, un texto que trascendió el tiempo. Es evidente que Boccaccio representa a un sector muy específico de la sociedad de su época y por lo tanto no hay intención de generalizar en modo alguno.

Otro objetivo fundamental es entender cómo percibía Giovanni Boccaccio a la Iglesia y a los hombres que la representaban. Y, por qué escribió sobre esto, aunque claramente le interesaban mucho otros temas.

En la medida de lo posible, intento explicar el porqué de su percepción sobre ciertas realidades, y valorar las repercusiones que tuvo el *Decamerón*, sobre todo en el ámbito religioso.

La problemática principal al utilizar la literatura como fuente, radica en la concepción tradicional de que las obras literarias proporcionan información escasa y poco fiable.¹¹ Esta visión sería acertada, si se acudiera al texto en busca de “datos duros”, pero ese no es el caso. En cambio, el *Decamerón* puede proporcionar noticias relativas a costumbres y creencias contemporáneas a su surgimiento.

¹¹ François Perus, “Introducción”, en F. Perus (comp.), *Historia y literatura*, México, Instituto Mora, 1997, p. 8.

En este ámbito destacan los trabajos pioneros de Robert Darnton¹² y Mijail Bajtin¹³. Ambos se acercaron a la literatura desde la historia de las mentalidades, cada cual en búsqueda de desentrañar algo diferente. Sobre sus trabajos cabe decir que el interés de Darnton era la mentalidad del Antiguo Régimen a través de narraciones populares; el de Bajtin en cambio, era conocer elementos de cultura cómica por medio de la obra de François Rabelais.

Para la elaboración de este trabajo, he retomado algunos aspectos del llamado giro cultural, que se nutrió de postulados ofrecidos por Michel de Certeau y Hayden White, entre otros. He recurrido a ellos debido a que los considero de utilidad para sustentar mi propuesta. Del llamado giro cultural han surgido propuestas muy interesantes y variadas.¹⁴

Mención especial merece la vanguardista aproximación realizada, desde este lado del Atlántico, por el filósofo José Gaos, al estudio de la mentalidad medieval a través de la *Comedia* de Dante Alighieri.¹⁵

Por otro lado, considero que la corriente de estudios lingüísticos denominada *Literacy* puede iluminar ciertos ángulos olvidados por las teorías históricas.

En ese sentido, el libro *Oralidad y escritura* de Walter J. Ong,¹⁶ postula, entre otras cosas, que los textos expresan más de lo que aparentemente pretenden, y que no hay que perder de vista, como un factor fundamental, al público receptor de cada obra. En otras

¹² Vid. Robert Darnton, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, 270 p.

¹³ Vid. Mijail Bajtin, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, Madrid, Alianza, 2003, 432 p.

¹⁴ Vid. Martín F. Ríos Saloma, “De la historia de las mentalidades a la historia cultural. Notas sobre el desarrollo de la historiografía en la segunda mitad del siglo XX”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, no. 37, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, enero-junio de 2009, pp. 97-137.

¹⁵ José Gaos, “La idea medieval del mundo según la *Divina Comedia*”, en *Historia de nuestra idea del mundo*, México, Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México, 1983, pp. 50-66.

¹⁶ Walter J. Ong, *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, 192 p.

palabras, propone efectuar una lectura del escrito más allá de lo que dice literal y literariamente.

En cuanto al giro cultural, me parece que vale la pena mencionar algunos elementos que, en retrospectiva, lo han caracterizado y me han sido de provecho: primero, la idea de que no hay instituciones o culturas atemporales, en otras palabras, comprender al texto en su contexto; luego, el poder de la cultura como fuente fundamental de comprensión histórica, que a través de los siglos se había ignorado por las distintas corrientes historiográficas predominantes, y que cobró importancia hasta el siglo XX; asimismo, el interés por procesos grupales, es decir, en oposición a la historia de los grandes personajes; también, el uso del relato como herramienta epistemológica, que se ha relacionado de cerca con la microhistoria; y por último, cierta identificación con la antropología, en otras palabras la sumersión en determinado tiempo y espacio, para analizar una cultura.¹⁷

El giro cultural, o *cultural turn* ha aprovechado los aportes tanto de la antropología, como de la teoría literaria. Ambas disciplinas han influido en la historia cultural, que en una de sus múltiples vertientes, supone que la lengua es un reflejo de la sociedad, y no a la inversa, como sugiere otra rama de esta misma corriente historiográfica. La historia de la cultura promueve también, que las colectividades sean estudiadas a través de sus manifestaciones culturales. En este caso particular, se haría por medio de una obra de literatura.

Por otra parte, me interesa específicamente la asociación del giro cultural con la microhistoria, debido a que en esta tesis retomo elementos formulados por dos reconocidos microhistoriadores: Carlo Ginzburg y Natalie Zemon Davis.

Aunque pueda parecer contradictorio, la microhistoria aspira a una comprensión vasta del mundo, tomando como punto de partida un elemento singular, que bien puede ser un texto

¹⁷ Un magnífico resumen de estos elementos puede consultarse en J. Aurell, *op. cit.* pp. 178-179.

o un personaje. En otras palabras, se caracteriza por el afán de incluir cuantos aspectos le sean posibles, tales como los políticos, económicos, sociales y culturales.¹⁸

De Carlo Ginzburg, he retomado su idea sobre la importancia de la historia de un texto y su contexto, que puso en práctica a lo largo del libro *El queso y los gusanos*.¹⁹ En cuanto a Natalie Zemon Davis expuso hace pocos años la necesidad de ensanchar la visión de los historiadores de la literatura, para que no se quedaran sólo con cuestiones estilísticas.²⁰

Por otro lado, Gabrielle M. Spiegel entretejió de algún modo los postulados anteriores con sus propias propuestas en el texto “Historia, historicismo y lógica social” donde, después de evaluar varias teorías lingüísticas y su casi nula relación con la Historia, sugirió la necesidad de hallar el pasado en el texto sin violentarlo; en otras palabras, conocer en la medida de lo posible cada ángulo de un escrito, para poder extraer de él todo lo que puede ofrecer; por lo que la historia extratextual se vuelve absolutamente necesaria para la significación cabal de una obra literaria.²¹

Al margen de estas nociones teóricas, y antes de entrar en materia, he de señalar que las citas de Boccaccio fueron tomadas de la edición de la Universidad Nacional Autónoma de México de *El Decamerón*²² por razones de accesibilidad, para que quien se interese en rastrear alguna de las referencias, pueda hacerlo con facilidad. Además, creo que se trata de una publicación hecha con rigor, y por tanto confiable.

Especificado lo anterior, sólo resta decir que este trabajo se encuentra dividido en tres capítulos. El primero es el marco histórico que permite la comprensión de la época en que se

¹⁸ J. Aurell, *op. cit.*, p. 184.

¹⁹ Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, México, Océano, 2004, 258 p.

²⁰ Natalie Zemon Davis, *Pasión por la historia. Entrevista con Denis Crouzet*, Valencia, Universitat de Valencia-Universidad de Granada, 2006, p. 43.

²¹ Gabrielle M. Spiegel, “Historia, historicismo y lógica social” en Perus, François (comp.), *Historia y literatura*, México, Instituto Mora, 1997, pp. 123-161; y *The Past as Text. Theory and Practice of Medieval Historiography*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1999, 320 p.

²² Giovanni Boccaccio, *El Decamerón*, México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 2003, 915 p.

desenvolvió Giovanni Boccaccio y el contexto en que surgió el *Decamerón*, englobando de manera general la denominada Baja Edad Media²³ y sus principales características, así como un panorama sobre la Iglesia, ya que éste es el factor a rastrear en el *Decamerón*, por último un vistazo a la Gran Peste, marco específico del surgimiento de dicho texto.

El segundo capítulo se ocupa con detenimiento de la religiosidad de Boccaccio, no puede quedar fuera de esta mirada la vida del autor, que también merece un apartado explicando su origen y formación por supuesto, pero, primordialmente las opiniones y posturas patentes en su magna obra.

El tercer capítulo, que conllevó el análisis más amplio, trata sobre los aspectos que del clero y la religiosidad de los laicos son perceptibles en el *Decamerón*; desde las cosas terrenas, principalmente las vinculadas a la corrupción de los hombres y mujeres de la Iglesia, hasta las creencias religiosas tales como la existencia de espíritus, el purgatorio, los pecados, la veneración de reliquias, etcétera.

Esta investigación tiene como finalidad despertar el interés en futuros acercamientos tanto a Boccaccio como a los estudios de fuentes literarias desde la perspectiva historiográfica, pero también se aspira a que el análisis aquí presentado pueda volverse una lectura referencial para otras investigaciones.

²³ Se considera el inicio de la Baja Edad Media alrededor del siglo XIII, relacionado con el auge urbano; en oposición a la etapa anterior, es decir la Plena Edad Media (siglos X-XII), vinculada al apogeo feudal.

CAPÍTULO 1. LA PENÍNSULA ITÁLICA EN LA BAJA EDAD MEDIA

Entre los especialistas existen discrepancias acerca de dónde se ubica la separación entre Alta, Plena y Baja Edad Media. El propósito de esta tesis no es definir dichas líneas divisorias; sin embargo, hay características generales que vale la pena señalar para comprender la situación de Giovanni Boccaccio y el surgimiento del *Decamerón*.

La Plena Edad Media, periodo precedente al que compete a este trabajo, estaría dividida a su vez en dos edades feudales.²⁴ Después de esta etapa, es decir, hacia finales del siglo XII, y a lo largo del XIII, Europa fue escenario de adelantos tecnológicos sustanciales en comparación con los siglos anteriores; en este contexto se sitúa el inicio de la Baja Edad Media.

De acuerdo a Jacques Le Goff, fue de primordial importancia la difusión de novedosos procesos agropecuarios que promovieron la diversificación de la producción alimenticia y una notable mejoría en las condiciones de vida de algunos sectores de la población; Le Goff ha señalado que el molino, por ejemplo, significó simplificación del trabajo, lo que a su vez permitió un incremento en la cantidad de comestibles elaborados. Otro ejemplo es el uso intensivo de sal para la conservación de carnes y pescados, lo que facilitó su traslado y comercio a lugares lejanos.²⁵

Un hecho destacable es que a la vanguardia de las nuevas técnicas se encontraban los monjes cistercienses, que consideraron necesario reducir el tiempo dedicado a la liturgia, para

²⁴ La primera edad feudal (s. X al XI) se caracteriza por un radical descenso demográfico. Con gente organizada en grupos no muy grandes, alrededor de un señor, en relativo aislamiento a causa de los caminos abandonados, con una economía agrícola de subsistencia. La segunda edad feudal (s. XI al XII) se define por cierta prosperidad comercial, crecimiento demográfico, mejoras en la seguridad de los caminos, restauración de rutas y puentes, y, rasgo fundamental, cierta bonanza económica que incluyó también a la agricultura, sin la cual el comercio era impracticable. Este esbozo de la división realizada por Marc Bloch, cumple con la finalidad de señalar los elementos que precedieron el despegue de las ciudades y el desarrollo de novedosas formas económicas, políticas y sociales. La categoría Plena Edad Media es de reciente acuñación, Bloch no denominó al periodo como “plenomedieval”, no obstante, describió muy bien sus características. Marc Bloch, “Condiciones de vida y atmósfera mental”, en *La sociedad feudal. La formación de los vínculos de dependencia*, México, UTEHA, 1958, pp. 70-142

²⁵ Jacques Le Goff, *La Baja Edad Media*, México, Siglo XXI, 2006, pp. 177-180.

ocuparse, en la medida de lo posible, al trabajo agrícola, concibiéndolo como una actividad enriquecedora del espíritu.²⁶

Con estos avances, las hambrunas quedaron atrás y con ellas la mortandad que provocaban. Así pues, el panorama cambió y las ciudades comenzaron a poblarse con el excedente demográfico rural.

Una incipiente clase urbana dedicada a los negocios desplazó a las antiguas ferias comerciales que representaban intereses aristocráticos y eclesiásticos, y los relegó paulatinamente. El comercio pudo desarrollarse a una escala mayor gracias al aumento de la seguridad en los caminos y a los progresos tecnológicos en las embarcaciones.²⁷ El impulso de la industria textil fue definitivo para el comercio, y aunado a la circulación regular de moneda por algunas regiones, fomentó el vertiginoso crecimiento de las ciudades.²⁸

A consecuencia de los fenómenos migratorios explicados en las líneas precedentes, fue necesario extender las murallas, de modo que las urbes se ampliaron gradualmente. En su interior las actividades mercantiles se multiplicaron y diversificaron; en la paradigmática península itálica surgieron grupos de banqueros de tal relevancia que Joan Evans considera que “la principal aportación de Italia a la Edad Media fue lo más opuesto al feudalismo: la banca”.²⁹ Para ilustrar la importancia del comercio, basta señalar la existencia en cada capital de tablas de conversión monetaria o de pesos y medidas.³⁰ Fue durante esta época también, que varios aspectos de la sociedad se institucionalizaron en algunas ciudades, tales como el ejército, la recaudación de impuestos, y la impartición de justicia.³¹

²⁶ George Zarnecki, “El mundo monástico”, en Joan Evans (coord.), *Historia de las civilizaciones 6. La Baja Edad Media: el florecimiento de la Europa medieval*, México, Alianza-Labor, 1989, p. 55.

²⁷ Donald King, “Corrientes del comercio. Industria, mercados y dinero”, en J. Evans (coord.), *Historia..., op. cit.*, p. 349.

²⁸ J. Le Goff, *La baja..., op. cit.*, pp. 180-183.

²⁹ J. Evans, “El legado final. Epílogo de la Edad Media”, en J. Evans (coord.), *Historia..., op. cit.*, p. 432.

³⁰ D. King, *op. cit.*, p. 349.

³¹ J. Le Goff, *La baja..., op. cit.*, pp. 204-208.

Hay que abrir un paréntesis para recordar que la constitución de las primeras universidades ocurrió durante el siglo XIII, y que de manera inmediata se volvieron las principales proveedoras de funcionarios, tanto laicos como eclesiásticos, para la administración pública. Estas nuevas entidades contaban con privilegios como autonomía y subsidios económicos.³²

A fines del siglo XIII e inicios del XIV, la explotación desmesurada de recursos naturales y la falta de nuevas tierras cultivables puso un freno al desarrollo económico y social. Se llegó a un punto en que la producción superó las necesidades del mercado.³³

Para principios del siglo XIV la situación era crítica en la mayor parte de Europa. El hambre azotó al continente entre 1315 y 1317; muchas cosechas se perdieron debido a inclemencias meteorológicas. Consecuentemente, la actividad mercantil decreció y, en algunos lugares, la moneda comenzó a escasear y devaluarse.³⁴ En las ciudades italianas, por otro lado, la crisis pudo sobrellevarse, debido a que el comercio se extendía por regiones apartadas de la península.

Para terminar este breve balance resulta de primordial importancia indicar el lugar de Giovanni Boccaccio en este escenario. Boccaccio nació en 1313, es decir, en medio de la crisis europea, pero en un territorio relativamente al margen de ella. Su familia se encontraba ligada por intereses económicos a las principales casas comerciales italianas de la época, algunas de las cuales se vieron afectadas por la crisis.³⁵ En el siguiente apartado se explica por qué algunos banqueros florentinos quebraron durante la crisis y otros, en cambio, lograron prosperar.

³² Richard Hunt, “Suma de conocimientos. Universidades y cultura” en Evans, Joan (coord.), *Historia..., op. cit.*, pp. 243-245

³³ J. Le Goff, *La baja..., op. cit.*, pp. 264-269.

³⁴ *Ibid.*, pp. 272-275.

³⁵ *Vid.* Capítulo 2 del presente trabajo, particularmente el apartado 2.1, donde se aborda con mayor detenimiento la biografía del autor del *Decamerón*.

1.1 LOS TERRITORIOS ITALIANOS EN EL SIGLO XIV

En el año 1300, había en Europa seis ciudades con más de 50 mil habitantes, treinta con más de 20 mil y casi ochenta con más de 10 mil almas.³⁶ Las ciudades dejaron de ser la excepción y su demanda de alimentos y de mano de obra las hizo florecer. Las más importantes como Florencia, Venecia y Génova “construyeron sus pequeños imperios y, así, pudieron desarrollar su vasta política mercantil sin interferencias de ambiciones locales ni de la pequeña piratería de la aristocracia feudal”.³⁷

En la península itálica, a raíz del predominio urbano, los burgueses y los antiguos terratenientes entraron en conflicto, las ciudades se organizaron en comunas,³⁸ y éstas quitaron propiedades, facultades políticas y privilegios a los viejos señores laicos, aunque respetaron las posesiones eclesiásticas, de este modo la Iglesia permaneció como propietaria.³⁹

Muchas familias de mercaderes y banqueros llegaron a ser reconocidas en el ámbito político. Durante un breve lapso de reconfiguración social hubo movilidad, como consecuencia algunos burgueses ascendieron debido a su poderío económico, sólo que al encontrarse en lo más alto, pusieron freno a la posibilidad de elevación de otros, para evitar ser desplazados de sus nuevas posiciones.

³⁶ Robert Fossier, “Crisis de crecimiento en Europa (1250-1430)”, en R. Fossier (coord.), *La Edad Media 3. El tiempo de las crisis 1250-1520*, Barcelona, Crítica, 1988, p. 27.

³⁷ Christopher Brooke, “Introducción. Estructura de la Sociedad medieval”, en J. Evans (coord.), *Historia...*, *op. cit.*, p. 41.

³⁸ Las comunas surgieron como asociaciones de ayuda mutua, en el seno de la clase mercantil citadina, para defenderse de los poderes señoriales. De acuerdo a Bonnassie, las comunas italianas se volvieron “auténticas repúblicas urbanas”; éstas eran dirigidas por consejos compuestos de ciudadanos. *Vid.* Pierre Bonnassie, *Vocabulario básico de la historia medieval*, Barcelona, Crítica, 1984, pp. 53-53.

³⁹ Ruggiero Romano y Alberto Tenenti, *Los fundamentos del mundo moderno. Edad media tardía, reforma, renacimiento*, México, Siglo XXI, 2005, p. 17.

Como ya se ha indicado, las ciudades-Estado italianas⁴⁰ gozaban de cierta estabilidad económica, gracias a la actividad comercial y bancaria que trascendía al territorio peninsular, por esta razón no fueron tan afectadas como el resto de Europa durante los momentos de crisis ocurridos a principios del siglo XIV. Sin embargo, no hay que olvidar que la prosperidad residía exclusivamente en los estratos altos de la sociedad, y que hubo excepciones, como en el caso de las familias Peruzzi y Bardi que quebraron inminentemente en 1343 y 1345 respectivamente, al dejar de percibir los pagos de los monarcas a los que habían financiado sus empresas bélicas.⁴¹

La guerra no era algo ajeno a la península itálica; las ciudades italianas habían estado inmiscuidas en las disputas entre papado e Imperio. Ambos poderes pretendían dominar los territorios de peninsulares y granjearse el apoyo monetario de los banqueros. Las facciones formadas en territorio italiano, estaban divididas igual que en el resto de Europa, en dos partidos principales, por un lado se agrupaban aquellos que apoyaban al Papa, y por el otro, quienes favorecían al emperador. Los gibelinos eran partidarios de este último y de la intervención extranjera como método para restaurar el orden. Los güelfos se oponían a dicha intervención y preferían la influencia de la Santa Sede, pero a su vez se encontraban divididos; el partido blanco pugnaba porque el Papa asumiera el control y el partido negro se mostraba más independiente en relación a la injerencia de Roma.⁴²

La necesidad de no interrumpir la dinámica comercial de las grandes ciudades propició la aparición de los llamados *condottieri*. Éstos dirigían grupos de hombres dispuestos a combatir a cambio de remuneración pecuniaria. Su surgimiento fue determinante para el

⁴⁰ Entiéndase por “ciudades-Estado italianas” otra forma de designar a las comunas o ciudades localizadas en la península itálica. De ningún modo se les confunde con los actuales Estados-Nación.

⁴¹ D. King, *op. cit.*, p. 349.

⁴² Pierre Antonetti, *Historia de Florencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, pp. 21-32.

desarrollo de las comunas, ya que posibilitó que los ciudadanos se dedicaran a sus negocios u oficios, permitiendo la continuidad de las actividades urbanas.⁴³

1.1.1 EL APOGEO MERCANTIL DE FLORENCIA

El auge económico y la prosperidad florentina se debieron en buena medida a su favorable localización geográfica, esto es, en el área denominada Toscana.⁴⁴ Florencia fue establecida junto a uno de los cuatro cruces principales del río Arno y tenía el típico trazado romano,⁴⁵ en otras palabras, era un asentamiento rectangular amurallado, atravesado por dos vías perpendiculares, que se cruzaban en la plaza principal. La primera muralla tenía unos mil ochocientos metros perimetrales.⁴⁶

Fundada en tierra fértil, Florencia contaba con recursos naturales tales como “piedra y madera de la montaña, vino y aceite de las colinas, arcilla, cereales, legumbres y ganado del valle”.⁴⁷ Recursos que le permitieron progresar. La producción de grano, por otro lado, era insuficiente, por lo cual éste era importado desde la región de Nápoles.⁴⁸

Sobre su organización administrativa, es de destacar que Florencia se autoproclamó comuna en 1115⁴⁹ y absorbió la cercana población de Fiésole, escenario del *Decamerón*, en 1125.⁵⁰ El primer gobierno del pueblo que se instituyó funcionó desde 1250 hasta 1260, el segundo fue de 1280 a 1300.⁵¹

⁴³ Yves Renouard, *Historia de Florencia*, Buenos Aires, Eudeba, 1968, pp. 72-73.

⁴⁴ La Toscana limita al norte y al este con los Apeninos, al oeste con el mar Tirreno y al sur con el monte Amiano y los lagos Trasimeno y de Bolsena; asimismo es atravesada por el río Arno.

⁴⁵ El asentamiento romano se remonta al año 50 o 59 a.C. P. Antonetti, *op. cit.*, p. 11.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 15.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 14.

⁴⁸ Frederick Antal, *El mundo florentino y su ambiente social. La república burguesa anterior a Cosme de Médicis: Siglos XIV-XV*, Madrid, Guadarrama, 1963, p. 37.

⁴⁹ P. Antonetti, *op. cit.*, p. 15.

⁵⁰ Y. Renouard, *op. cit.*, p. 7.

⁵¹ *Ibid.*, p. 55.

En 1255, Florencia se consolidó como potencia económica gracias a la acuñación de florines de oro, moneda que era aceptada en otros lugares.⁵² La nobleza, atraída por la prosperidad urbana, se trasladó a la ciudad y con ella la demanda de artículos suntuarios. En 1266 la burguesía rica consiguió la igualdad de derechos con los nobles iniciando un proceso de síntesis en una sola clase, la de los *magnati*.⁵³

El crecimiento de Florencia fue tal que entre 1200 y 1330, pasó de diez mil a noventa mil habitantes aproximadamente.⁵⁴ Su principal actividad económica era el comercio, que no se limitaba a los paños que se importaban, teñían y exportaban. Los mercaderes aprovechaban los viajes a Oriente para adquirir especias, drogas, perlas, piedras preciosas y pieles que después vendían en Europa.⁵⁵

Los comerciantes florentinos se organizaron gremialmente desde 1182, como forma de proteger sus intereses mutuos, en una agrupación denominada Arte de los mercaderes, posteriormente conocida como Arte de *Calimala*.⁵⁶ Su éxito económico y la especialización de actividades permitieron que a principios del siglo XIII, las llamadas Artes mayores se desprendieran del Arte de los mercaderes en grupos independientes.⁵⁷

Estas agrupaciones se cerraron en sí mismas muy pronto. A raíz de la protección declarada por Felipe el Hermoso de Francia, sus integrantes lograron escalar a cargos de poder, en los cuales podían fijar listas de precios e impuestos: “No se consigue alojamiento ni contratación sin pasar por el control de estos *magnati*, que, además son regidores o cónsules”.⁵⁸

⁵² *Ibid.*, p. 42.

⁵³ F. Antal, *op. cit.*, pp. 41-47.

⁵⁴ J. Le Goff, *La baja...*, *op. cit.*, p. 205.

⁵⁵ P. Antonetti, *op. cit.*, p. 17 y F. Antal, *op. cit.*, p. 37.

⁵⁶ Denominado así por la calle donde estaban ubicados sus locales. Y. Renouard, *op. cit.*, p. 33

⁵⁷ Las siete Artes mayores eran: el Arte de los mercaderes o de *Calimala*; el Arte del cambio; el de la lana; el de la seda; el de los merceros, médicos y almaceneros; el de los peleteros; y, el de los jueces y notarios. *Idem.*

⁵⁸ R. Fossier, “Crisis...”, *op. cit.*, p. 37.

La concentración de la riqueza en una minoría, ocasionó la quiebra de los pequeños talleres que atravesaban dificultades económicas: “en Florencia los talleres de paños pasaron de trescientos veinticinco a cincuenta entre 1235 y 1300”.⁵⁹ Pero no desaparecieron, los negocios más grandes absorbieron a los menores, con lo que los sueldos de los trabajadores permanecían muy bajos. Durante este periodo se congregaron cinco nuevos gremios nombrados Artes medias.⁶⁰ Finalmente las nueve Artes menores se establecieron entre 1288 y 1299.⁶¹

Cada Arte tenía su propia organización interna, contaba con estatutos, funcionarios elegidos y representantes en el extranjero. No cualquier individuo accedía a un gremio, pues había que cubrir una cuota, de modo que sólo los comerciantes más acaudalados podían ser miembros.⁶²

En 1293 los mercaderes habían adquirido tanta importancia en Florencia que emitieron las *Ordenanzas de Justicia*, fue así que tomaron el poder y excluyeron a los *magnati* de los asuntos de gobierno; no hubo distinción de bandos, tanto güelfos como gibelinos fueron alejados de la política, los viejos aristócratas y los nuevos ricos, que apenas se distinguían entre sí debido a su fusión de costumbres, fueron desplazados por igual.⁶³

Para 1300 las Artes mayores contaban cinco mil miembros en sus filas. En la organización de la Comuna las Artes mayores tenían mayor cantidad de representantes, en importancia le seguían las medias, y las menores prácticamente no tenían representación; en

⁵⁹ *Idem.*

⁶⁰ Las cinco Artes medias eran el Arte de los prendedores y lanceros, el de los albañiles y carpinteros, el de los calceteros y boneteros, el de los artesanos del hierro y el de los carniceros Y. Renouard, *op. cit.*, p. 41.

⁶¹ Las nueve Artes menores concentraban a los mercaderes de vino en la primera, en la segunda a los hoteleros, en la tercera a los mercaderes de la sal, aceite y queso, en la cuarta a los curtidores, en la quinta a los fabricantes de corazas y espadas, en la sexta a los cerrajeros, herreros y caldereros, en la séptima los comerciantes al por mayor, en la octava los horneros y en la última los panaderos. *Ibid.*, p. 61.

⁶² *Ibid.*, p. 62.

⁶³ P. Antonetti, *op. cit.*, p. 29.

lo más bajo de la pirámide social estaban los *sottoposti*,⁶⁴ que no pertenecían a ningún gremio, así que no podían participar en el gobierno ni tener representación.⁶⁵

La prosperidad de la ciudad trajo consigo avances definitivos en materia de cultura, los mercaderes disfrutaban su dinero y se codeaban con los artistas de la época, la abundancia económica favoreció al mecenazgo, que fue un fenómeno característico del periodo y funcionaba como forma de adquirir prestigio.

En Florencia aparecieron las primeras manifestaciones del Humanismo: Petrarca, Boccaccio y Saluti, en palabras de Robert Fossier “fueron al mismo tiempo unos enamorados del buen lenguaje y de lo retórico, así como unos cristianos sinceros que aspiraban, como todos sus contemporáneos, a la reforma de la Iglesia”.⁶⁶

El caso florentino es representativo, en primer lugar, del resurgimiento ciudadano, pero también del empoderamiento comunal y de la organización gremial características de la ciudad-Estado italiana. Fueron las viejas ciudades episcopales como Florencia, es decir, las antiguas urbes romanas constituidas como cabezas administrativas, las que se consolidaron de esta manera. Aunque el gobierno comunal y la asociación gremial tenían fuertes vínculos, no todos los representantes de la comuna eran comerciantes, eran un sector únicamente.⁶⁷

Del mismo modo, Nápoles caracteriza a las ciudades comerciales en el Mediterráneo que, como Génova, Pisa y Venecia, acogían a todo tipo de gente: mercaderes y sabios de naciones y orígenes diversos en un ambiente cosmopolita.⁶⁸ A continuación se bosqueja el papel napolitano y el impacto de su apertura comercial y cultural.

⁶⁴ A falta de una traducción precisa al español se utiliza el término en italiano. Los *sottoposti* eran una suerte de trabajadores de temporada, también los desempleados pertenecen a esta categoría. Vid. “Glosario”, en R. Fossier (coord.), *La Edad...*, *op. cit.*, p. 460.

⁶⁵ Y. Renouard, *op. cit.*, pp. 70-71.

⁶⁶ R. Fossier, “Crisis...”, *op. cit.*, p. 146.

⁶⁷ Christopher Dawson, *Historia de la cultura cristiana*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, pp. 258-261.

⁶⁸ *Ibid.*, pp. 261-264.

1.1.2 RELACIONES COMERCIALES Y CULTURALES CON ORIENTE

La preponderancia comercial napolitana del siglo XIV, influyó de varias maneras en la formación de Giovanni Boccaccio. La ciudad de Nápoles, sede de la corte angevina, era el “obligado punto de encuentro de la civilización y de la cultura provenzal francesa con la árabe-bizantina, vivaz y riquísimo emporio de los intercambios entre Occidente y Oriente”.⁶⁹ El rey Roberto de Nápoles, promotor de estos encuentros culturales, recibió en su corte a un joven Boccaccio.

Florenia había estado bajo la protección del rey Roberto en el periodo 1313-1321 ante la latente amenaza de una invasión imperial. El título de señor de Florenia le fue concedido a dicho monarca por un lapso de cinco años. Condiciones favorables propiciaron que en 1318 se renovara el nombramiento por cuatro años más.⁷⁰ Así pues, tanto la figura del rey Roberto, como la influencia napolitana en la trayectoria de Boccaccio se remontan a los años de su nacimiento e infancia.

Queda claro que la importancia de los vínculos mercantiles entre Oriente y Occidente va más allá del mero intercambio económico. Su desarrollo acarreó además, un apogeo de la palabra escrita, que marcó los principios del derecho comercial, así como la introducción de las operaciones con fracciones en las cuentas de uso diario de los mercaderes. Otra novedad del periodo fue la adopción del papel, proveniente de los musulmanes residentes en España y Sicilia.⁷¹

A pesar de que “la legislación de las cruzadas estipula[ba] la prohibición del comercio con el enemigo y decreta[ba] el embargo de los productos estratégicos”,⁷² existía una

⁶⁹ V. Branca, “Prólogo”, en G. Boccaccio, *El Decamerón*, *op. cit.*, p. 11.

⁷⁰ P. Antonetti, *op. cit.*, pp. 44-45.

⁷¹ J. Le Goff, *La Baja...*, *op. cit.*, pp. 183-190.

⁷² J. Le Goff, *Mercaderes y banqueros de la Edad Media*, Buenos Aires, Eudeba, 1963, p. 81.

solidaridad entre comerciantes, que provocó que en ciertas disputas de negocios, los mercaderes cristianos se pusieran de parte de sus pares musulmanes.⁷³

Las prohibiciones de dicha legislación eran más teóricas que prácticas, pues a causa de sus propios intereses, la Iglesia había protegido a los mercaderes desde tiempos tan tempranos como 1074.⁷⁴

En este sentido, la religión y los negocios eran cuestiones independientes para los comerciantes. Algunos mercaderes europeos estaban relativamente bien informados sobre costumbres ajenas a ellos y aun así: “no hay diálogo alguno con el Oriente asiático, no hay un amplio debate con el mundo musulmán y tampoco un profundo contacto con la Iglesia oriental”.⁷⁵ Ninguno trataba de convencer al otro, prevalecía el interés comercial por encima de las creencias.

La invasión turca en el siglo XIV detuvo la expansión comercial europea en Oriente. Este repliegue, consecuencia del cese de la *pax mongolorum*, que había permitido la libre circulación hacia Asia, canceló el paso por los viejos caminos y terminó con la seguridad para los viajeros. Como las cruzadas habían cesado, el tránsito se interrumpió inevitablemente.⁷⁶

1.2 LA IGLESIA ENTRE LOS SIGLOS XIII Y XIV

La Iglesia bajomedieval que Boccaccio retrató parcialmente en el *Decamerón*, requería, como cualquier institución, de reformas constantes. Por lo tanto esta necesidad no fue privativa de los siglos XIII y XIV.

⁷³ Georges Duby, *Año 1000, año 2000. La huella de nuestros miedos*, Barcelona, Andrés Bello, 1995, p. 64.

⁷⁴ J. Le Goff, *Mercaderes...*, *op. cit.*, p. 82.

⁷⁵ R. Romano y A. Tenenti, *op. cit.*, p. 77.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 32.

Uno de los problemas internos que la Iglesia⁷⁷ enfrentó fue el de la arraigada práctica de comprar cargos, denominada simonía. Ésta duró varios siglos. Otro problema que data del mismo periodo era el nicolaísmo o el hábito de los curas de tener mujer e hijos.⁷⁸ Su persistencia se debía, en parte, a la tolerancia de algunos pontífices, que en lugar de deponer a los clérigos simoníacos, les impusieron penas relativamente leves.⁷⁹

Los afanes renovadores eran tan antiguos como los problemas mismos; la reforma de Cluny en el año 909 o 910,⁸⁰ por ejemplo, respondía a los excesos señalados. Con la fundación de esta orden la Iglesia mantuvo algo de su dignidad y credibilidad. La innovación cundió por Alemania, Italia, España e Inglaterra.⁸¹

Si bien la organización de Cluny y sus prioratos fue plenamente feudal, los monjes cluniacenses perseguían un acercamiento con la divinidad, por lo que manifestaban cierto desprecio hacia la vida terrenal y los bienes materiales. Esto no implicaba que las casas de Dios en la tierra estuvieran desprovistas, así que había iglesias sumamente lujosas. A pesar de su desdén por lo terrenal, los monjes no se aislaron del mundo, se ocupaban de una limitada educación al prójimo y en ocasiones eran mediadores en cuestiones políticas.⁸²

Los abades de Cluny eran aristócratas y cultos, de ahí que el trabajo manual, precepto fundamental para San Benito, fuera sustituido por más ceremonial; inventaron nuevos cantos y gestos dramáticos para las misas.⁸³

⁷⁷ Utilizo el término “Iglesia” para designar a la institución, a diferencia de “iglesia” en referencia al espacio físico, es decir al edificio.

⁷⁸ Charles Seignobos, *Historia de la civilización en la Edad Media. Y en los tiempos modernos*, México, Librería de la Vda. de C. Bouret, 1922, p. 111.

⁷⁹ Enrique Denzinger, *El magisterio de la Iglesia*, Barcelona, Herder, 1955, p. 133 (n. al p. 3)

⁸⁰ De acuerdo con Glauco Maria Cantarella, el documento de fundación de Cluny tiene tachaduras en la parte que indica la fecha. Él lo atribuye al nulo interés de los monjes por consignar este dato. Lo cierto es que el año, permanece indeterminado. G. M. Cantarella “Cluny, el fracaso de la perfección”, en *El siglo XI, marcas de identidad*. Actualmente en prensa. Agradezco al Dr. Martín Ríos Saloma y al Dr. Cantarella por facilitarme copia del texto.

⁸¹ André Vauchez, *La espiritualidad del occidente medieval. Siglos VIII-XII*, Madrid, Cátedra, 1985, p. 33.

⁸² *Ibid.*, pp. 40-46.

⁸³ G. Zarnecki, *op. cit.*, p. 55.

Pero la simonía y el nicolaísmo no desaparecieron. Durante la segunda mitad del siglo XI inició la reforma gregoriana. Los Cánones de 1059, entre otras cosas, reprobaban a los clérigos casados o que tuvieran concubinas. Además se restituían todas las contribuciones que los laicos⁸⁴ debían hacer a la Iglesia con carácter de obligatoriedad, como los diezmos. Las iglesias, parroquias, abadías, etcétera, ya no podían ser otorgadas por cualquier señor, en adelante sólo el Papa o sus representantes darían esta clase prebendas.⁸⁵

La reforma estaba orientada hacia el empoderamiento de la institución, tanto económica como políticamente. Se pretendía posicionar a la Iglesia por encima de cualquier monarca. Pero también se encauzaba a la recuperación de los valores cristianos.

Fue durante este periodo que se fijaron los siete sacramentos. Cada sacramento tenía una finalidad distinta: el bautismo, la de ayudar al hombre a llevar una vida cristiana; la confirmación, la de robustecer su alma; la eucaristía, la de dar presencia real a Cristo y simbolizar así la unión mística de los cristianos; la penitencia, que ocurría en tres etapas (contrición, confesión y satisfacción), tenía el propósito de otorgar curación y salud al espíritu; la extremaunción comunicaba la gracia del Espíritu Santo; el matrimonio, que asocia al hombre y la mujer, de algún modo significaba la unión de Cristo y la Iglesia; y por último, la ordenación servía para crear representantes de Cristo.⁸⁶

Mientras tanto, los lujos en la abadía de Cluny y algunas de sus filiales suscitaron una escisión, la de los denominados cistercienses, que se separaron en 1098. Cîteaux fue el lugar donde un conjunto de monjes fundó la nueva orden, menos ostentosa que la cluniacense. Como se mencionó en párrafos previos, disminuyeron el tiempo destinado a la liturgia, e

⁸⁴ El término “laicos”, hace referencia a las personas que no se encontraban dentro del orden eclesial. Del mismo modo que: fieles, creyentes, cristianos y parroquianos.

⁸⁵ Dominique Iogna-Prat, “Orden / Órdenes”, en J. Le Goff y Jean-Claude Schmitt (eds.), *Diccionario razonado del Occidente medieval*, Madrid, Akal, 2003, p. 619.

⁸⁶ E. Denzinger, *op. cit.*, pp. [44]-[60]

introdujeron el trabajo agrícola, lo que a la larga ofreció adelantos técnicos para toda la cristiandad.⁸⁷

La separación se efectuó de manera pacífica; a diferencia de Cluny, la orden del Císter estableció sus parroquias y abadías en lugares aislados, y trabajó sin aceptar rentas, aunque completaba sus ingresos con limosnas.⁸⁸ Su decadencia comenzó en la segunda mitad del siglo XII, cuando empezó a enriquecerse con la venta de los excedentes producidos por el trabajo de los conversos que tenía a su servicio.⁸⁹

En el siglo XII surgió el anhelo entre los fieles de un acercamiento directo a Dios, pero el contacto con la divinidad era un monopolio que los eclesiásticos no estaban dispuestos a compartir. La razón de que herejías como la cátara y la valdense se hicieran de tantos adeptos fue que pusieron en tela de juicio la necesidad de mediación de la Iglesia entre Dios y su rebaño.⁹⁰

En 1252, nació el *Officium Inquisitionis* como herramienta de combate contra las recién surgidas herejías⁹¹ que amenazaban la anhelada unidad cristiana, este tribunal fue uno de los antecesores del Tribunal del Santo Oficio.⁹²

1.2.1 EL PAPADO Y LA SANTA SEDE

La Querrela de las Investiduras se remonta a la época de la reforma gregoriana, que retiró el derecho a los señores a elegir a sus obispos y que limitó las prerrogativas de éstos. Así, los bandos se definieron: por un lado, y a favor de la Santa Sede se encontraban los monjes y en

⁸⁷ G. Zarnecki, *op. cit.*, p. 71.

⁸⁸ G. Duby, *Economía rural y vida campesina en el Occidente medieval*, Barcelona, Península, 1991, p. 262.

⁸⁹ A. Vauchez, *op. cit.*, pp. 85-88.

⁹⁰ *Ibid.*, pp. 100-102.

⁹¹ Las herejías eran una amenaza para la estabilidad de la Iglesia, en tanto, disensiones de una parte de los valores admitidos por la comunidad cristiana. *Vid.* P. Bonnassie, *op. cit.*, pp. 113-117.

⁹² Girolamo Arnaldi, "Iglesia y papado", en J. Le Goff y J-C. Schmitt (eds.), *Diccionario...*, *op. cit.*, p. 358.

general los partidarios de los cambios, por el otro, en apoyo al emperador se hallaban los obispos y abades de Alemania y Lombardía, es decir aquellos instalados por él.⁹³

En los siglos XII y XIII hubo una manifestación de autoritarismo papal con “el establecimiento de la Curia romana como tribunal supremo de apelación para las cuestiones de orden moral de toda la cristiandad”.⁹⁴ Este tribunal no resultaba muy práctico a causa de las distancias, y constantemente entraba en contradicción con los tribunales locales y laicos. A mediados del siglo XIII sus miembros adoptaron el sombrero rojo, “a partir de entonces, los cardenales se establecieron [...] como consejo papal y cuerpo de electores permanente”.⁹⁵

A partir del siglo XIV los papas tuvieron que conseguir dinero para el sostenimiento de sus cortes. Tradicionalmente la Iglesia había mirado con recelo a los comerciantes, los consideraba un mal necesario, pues condenaba los intereses y la usura y sólo consentía en permitir el intercambio mínimo inevitable. Esta noción tuvo que modificarse dada la relación entre papado y banqueros. Fue un cambio gradual pero definitivo; algunos clérigos se dedicaron a la usura en Florencia. La Iglesia y la economía urbana tenían un fuerte vínculo, así que el enriquecimiento se efectuó de forma paralela. La relación era tal, que la Iglesia llegó a intervenir en conflictos laborales, amenazando con la excomunión a los trabajadores que quisieran asociarse o a los que demandaran mejores salarios.⁹⁶

A la vez, casi todos los obispos y abades eran propietarios de haciendas que les proporcionaban ingresos pecuniarios. Algunos clérigos lo eran para vivir de las rentas de las tierras que venían con el cargo. Prueba de ello es que había obispos y abades con múltiples

⁹³ C. Seignobos, *op. cit.*, p. 124.

⁹⁴ C. Brooke, *op. cit.*, p. 26.

⁹⁵ *Ibid.*, p. 34.

⁹⁶ F. Antal, *op. cit.*, p. 111.

obispados y abadías, cada cual con sus respectivas entradas; en algunos casos los religiosos⁹⁷ ni siquiera conocieron todas sus dependencias.⁹⁸

1.2.2 LAS ÓRDENES MENDICANTES

Las órdenes mendicantes surgieron en el ambiente urbano del siglo XIII, como respuesta ante el lujo y la riqueza de algunos sectores eclesiásticos. La reacción de sus miembros se daba contra la opulencia, pues consideraban que los apartaba de los ideales evangélicos.⁹⁹ Los integrantes de estas órdenes se denominaron frailes debido a que adoptaron la vida en común, en fraternidad.¹⁰⁰

Una diferencia fundamental entre monjes y frailes, es que los primeros al ingresar a un monasterio se comprometían únicamente con éste en particular, en cambio los hermanos al ingresar a una orden podían ir de un convento a otro con libertad. Otro aspecto destacado es que los antiguos monasterios se encontraban fuera de las ciudades, mientras que los frailes participaban activamente en la vida de la ciudad.¹⁰¹

Los frailes grises, u Orden Franciscana de frailes menores, fueron reconocidos por el papa Inocencio III en 1210. Francisco de Asís, su fundador, consideraba que la caridad como penitencia era insuficiente, había que ir más allá y abandonar los bienes propios. La pobreza era una virtud en las ciudades por hallarse enmarcada en la prosperidad económica; sin la presencia de los ricos como contraste, la elección individual no tendría relevancia, pues no

⁹⁷ El término “religioso” hace referencia a cualquier hombre o mujer perteneciente al clero, ya sea regular o secular, de cualquier nivel dentro de la jerarquía eclesiástica. La tercera acepción del *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia a la letra dice “[persona] que ha profesado en una orden o congregación religiosa.”

⁹⁸ C. Seignobos, *op. cit.*, p. 224.

⁹⁹ Jacques Verger, “Valores y autoridades diferentes”, en R. Fossier (coord.), *La Edad..., op. cit.*, pp. 109-121.

¹⁰⁰ Lester K. Little, “Monjes y religiosos”, en J. Le Goff y J-C. Schmitt (eds.), *Diccionario..., op. cit.*, p. 574.

¹⁰¹ *Idem.*

habría distinción entre ser desposeído por elección o como resultado de condiciones adversas.¹⁰²

Los frailes negros o dominicos fueron una orden de predicadores fundamentalmente dedicados a convertir a los herejes albigenses. Grandes pensadores de la época fueron franciscanos y dominicos formados en las universidades urbanas.¹⁰³

El establecimiento de las órdenes mendicantes en Florencia fue temprano, entre 1211 y 1219.¹⁰⁴ La vida monástica no era atractiva para la sociedad urbana, ya que los monasterios estaban localizados lejos de las ciudades. La rama femenina de los franciscanos, la orden de las clarisas, tuvo su primer convento en Florencia, lo que ejemplifica el éxito de las fraternidades entre la burguesía. En esta ciudad apareció también la Tercera Orden de San Francisco, también denominada Orden Franciscana Seglar,¹⁰⁵ a la que Boccaccio se uniría en su madurez.

A diferencia de los franciscanos, los dominicos no estaban tan envueltos en el ideal de pobreza, en común tenían su propia orden de terciarios, pero en general se dedicaban más al estudio, ya que algunos frailes menores consideraban que estudiar era una traición a sus orígenes.¹⁰⁶

Para el siglo XIV los franciscanos y dominicos obtuvieron autorización papal para visitar a las familias en sus casas. Esta actividad facilitaba las prácticas como la confesión, la

¹⁰² En un principio, San Francisco predicaba sin permiso del Papa. En 1209 visitó Florencia por primera vez. Cada vez que podía se acercaba a pobres y enfermos, pues le gustaba convivir con ellos. Antonio Rubial García, *La hermana pobreza. El franciscanismo: de la Edad Media a la evangelización novohispana*, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1996, pp. 15-17.

¹⁰³ La Orden de Predicadores fue fundada entre 1206 y 1216, se extendió mucho más allá del ámbito de la herejía que combatía. G. Zarnecki, *op. cit.*, p. 100.

¹⁰⁴ P. Antonetti, *op. cit.*, p. 21.

¹⁰⁵ F. Antal, *op. cit.*, p. 93.

¹⁰⁶ F. Antal. *op. cit.*, p. 99.

dirección de conciencias y la predicación, todo lo cual tendía a controlar la vida privada. Los frailes propiciaban la calma, el refugio que debía ser el hogar.¹⁰⁷

1.2.3 COSTUMBRES DE LA ÉPOCA

Muchas de las prácticas devocionales que se realizaban regularmente durante el siglo XIV tenían sus orígenes varias centurias atrás. Desde el siglo VIII, esto es, insertas en el contexto carolingio fueron establecidas costumbres tales como la prohibición de trabajar los domingos, la unción al nombrar funcionarios a cargos públicos, etcétera; prácticas todas basadas en el Antiguo Testamento.¹⁰⁸ Algunas de estas costumbres fueron retratadas por Giovanni Boccaccio en el *Decamerón*.¹⁰⁹

Del siglo VIII data, de igual modo, la importancia atribuida a ángeles y santos como intermediarios ante Dios. Asimismo, en esta época las penitencias pasaron al ámbito de lo privado; en lugar de las tradicionales humillaciones públicas, se hacían ayunos, abstinencias, es decir, privaciones que no requerían de audiencia. Se mortificaba al cuerpo porque se le vinculaba a las tentaciones y al pecado, al castigarlo se expiaban las faltas. Otra innovación fue el paso de una modalidad en que había una única posibilidad de absolución en la vida, a otra, en que podían tenerse tantas absoluciones como se requiriera.¹¹⁰

En el siglo IX aparecieron las indulgencias, o la oportunidad de pagar en metálico una cantidad que sustituyera la expiación por medio del martirio al cuerpo: “el pecador no compra la absolución, sino la penitencia, o mejor dicho, la Iglesia le hace gracia de ella”.¹¹¹

¹⁰⁷ Charles de la Roncière, “La vida privada de los notables toscanos en el umbral del renacimiento”, en Philippe Ariès y G. Duby (coords.), *Historia de la vida privada 2. De la Europa feudal al Renacimiento*, Madrid, Taurus, 2001, p. 313.

¹⁰⁸ A. Vauchez, *op. cit.*, pp. 14-17.

¹⁰⁹ *Vid.* Capítulo 3 de esta tesis, particularmente el apartado 3.3.

¹¹⁰ A. Vauchez, *op. cit.*, pp. 17-23.

¹¹¹ C. Seignobos, *op. cit.*, p. 114.

La Iglesia primitiva consideraba tres pecados capitales: idolatría, fornicación y homicidio. En el siglo IX evolucionaron las limitaciones morales y se agregaron otros ocho: “gula, lujuria, avaricia, ira, tristeza, *acedia* (pesimismo, disgusto), jactancia [y] soberbia”.¹¹²

En la mentalidad de las personas, tanto laicas como religiosas, la forma más efectiva de acercarse a Dios era seguir o imitar al monacato y sus valores; la labor de los monjes era la lucha contra el mal, lo que atrajo a varios miembros de la clase caballeresca. Muchos caballeros, antes de morir, se retiraban y vestían el hábito, otros simplemente se volvían célibes. Los oblatos¹¹³ disminuyeron de forma gradual, ya que se consideraba una decisión adulta el ingresar a un monasterio.¹¹⁴

La consolidación del Purgatorio como “tercer lugar” durante el siglo XI tuvo un fuerte impacto entre los fieles, ya que aminoró el miedo popular a la condena eterna, pues brindó la posibilidad de redención en un lugar intermedio entre el cielo y el infierno. Un factor relevante es que los castigos asignados eran proporcionales a los pecados cometidos.¹¹⁵ La intervención de los vivos podía acelerar la expiación de las penas del difunto. El Purgatorio tuvo tal aceptación que para mediados del siglo XIII se hallaba sumamente arraigado en la conciencia colectiva.¹¹⁶

La aristocracia se aseguraba un lugar en la lista de rezos de su abadía o monasterio, heredándole porciones territoriales o dinero. El hacer donaciones de tierras a la Iglesia tuvo una repercusión indirecta, ya que impulsó la movilidad geográfica de los monjes que tenían

¹¹² A. Vauchez, *op. cit.*, p. 23.

¹¹³ Los oblatos eran niños entregados por sus padres a algún monasterio, para ser formados en el seno de la Iglesia y convertirse en monjes eventualmente. Es acertado decir que se trataba de una ofrenda a Dios.

¹¹⁴ A. Vauchez, *op. cit.*, pp. 46-51.

¹¹⁵ Harold J. Berman, *La formación de la tradición jurídica de Occidente*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001, pp. 181-183.

¹¹⁶ J. Le Goff, *El nacimiento del purgatorio*, Madrid, Taurus, 1981, pp. 14-15

que ser enviados a administrar aquellas posesiones, usualmente localizadas en lugares lejanos: la distancia promovía la relajación de la regla.¹¹⁷

La justificación de la Iglesia para enriquecerse era tener la posibilidad de dar caridad. Los ricos mercaderes pudieron ganar su lugar en el cielo por medio de cuantiosas limosnas.¹¹⁸

1.3 LA PESTE NEGRA

La Gran Peste se extendió por casi todo el continente europeo entre 1347 y 1349.¹¹⁹ Este mal era una combinación de peste bubónica y pulmonar. La variedad respiratoria era más severa y acabó con la totalidad de los infectados, en cambio un 25% de los que padecieron la otra variante sobrevivió. Aquellos individuos que resistían más allá de la cuarta noche quedaban inmunizados, impidiendo que los brotes recurrentes cobraran tantas víctimas como sucedió durante la primera oleada.¹²⁰

Se trataba de una enfermedad exótica, proveniente de Asia, contra la que la mayoría de los europeos no tenía anticuerpos. La epidemia causó estragos en casi toda Europa, sin embargo, ciertas regiones, como la actual Hungría, apenas se vieron afectadas.¹²¹

El desarrollo de la infección se volvió cuestión de rutina: el primer síntoma era la aparición de pústulas que cubrían el cuerpo del aquejado, luego se le ennegrecían las extremidades, después sufría convulsiones y vómitos con sangre, por último llegaba la muerte. La contaminación se efectuaba a través del aliento, inclusive a metros de distancia, así

¹¹⁷ *Ibid.*, pp. 75-77.

¹¹⁸ C. de la Roncière, *op. cit.*, p. 313.

¹¹⁹ *Vid.* Anexo 3.

¹²⁰ R. Fossier, *Gente de la Edad Media*, Madrid, Taurus, 2008, p. 37.

¹²¹ R. Fossier presenta la interesante teoría de que el tipo sanguíneo fue determinante en aspectos de inmunidad regional. *Vid. Ibid.*, p. 24.

como por el tacto y la proximidad con la ropa y pertenencias personales de los contagiados. Las pulgas de las ratas fueron las transmisoras originales.¹²²

Los remedios utilizados no sólo eran ineficaces, sino contraproducentes, la popular práctica de sangrar los bubones resultaba peligrosa tanto para el paciente como para el practicante. Posiblemente la epidemia se hubiera contenido si los cadáveres hubiesen sido incinerados, pero hacerlo iba en contra de las creencias religiosas.¹²³

El patrón del contagio fue el siguiente: primero los adultos y luego los niños. Al principio sucumbieron los pobres, mal alimentados y hacinados, posteriormente los ricos. Es destacable la merma que sufrió el ambiente de juristas, médicos y religiosos, puesto que sus trabajos los obligaban a acercarse a los infectados.¹²⁴

Cuando la plaga se propagó por Europa, se dijo que los mongoles la habían provocado y corrían versiones de que en 1344 habían catapultado cadáveres de apestados a la factoría genovesa Caffa, en Crimea. Ciertamente o no, es un hecho que en octubre de 1347, naves originarias de Génova desembarcaron en Mesina con la enfermedad a bordo, que en semanas cundió por toda la península itálica. En diciembre, un barco llevó el mal a Marsella, en junio de 1348 llegó a París, en diciembre al Canal de la Mancha y los Países Bajos, en 1349 se propagó por Gran Bretaña, Alemania y Austria, en diciembre de ese año alcanzó a Escocia, Escandinavia, la Europa atlántica, los Pirineos y la península ibérica.¹²⁵

Las precarias condiciones higiénicas en que vivían las personas fueron determinantes para el contagio. Hambres y plagas formaban un círculo vicioso; en el momento en que la Peste Negra arribó al continente europeo, la población estaba muy mal alimentada. La epidemia provocó migraciones de ciudadanos hacia el ambiente limpio de la campiña. Las carestías, a la inversa, produjeron movimientos masivos de campesinos a la ciudad, con el

¹²² R. Fossier, *La Edad...*, *op. cit.*, p. 53.

¹²³ R. Fossier, *Gente...*, *op. cit.*, p. 38.

¹²⁴ R. Fossier, *La Edad...*, *op. cit.*, p. 53.

¹²⁵ *Idem.*

consiguiente hacinamiento en las urbes que tan propicio era para la transmisión de la infección. Muchos campesinos al huir del hambre hallaron su fin en las ciudades.¹²⁶

Los índices de mortalidad de la Muerte Negra no tenían precedente: “las grandes pandemias de 1348, 1360 y 1374 terminaron en algunos meses con la cuarta o la tercera parte, si no es que más, de los hombres y mujeres de Occidente.”¹²⁷

La gente tomó conciencia de cuán efímera era la vida, un desenfreno desconocido hasta entonces se manifestó; una urgencia por vivir la vida. Las representaciones de la muerte en tumbas y mausoleos cambiaron drásticamente, se volvieron macabras, comenzó a plasmarse en éstas la putrefacción del cuerpo: “se trataba de un nuevo e implacable terror para la mente humana, de un juicio que implicaba todos sus pecados, y por tanto, la amenaza del infierno”¹²⁸.

El azote de la peste fue tal que forzó una tregua de ocho años –hasta 1356- entre ingleses y franceses que por entonces se encontraban en medio de la Guerra de los Cien Años.¹²⁹

El Papa expidió una bula en 1348, según la cual se perdonaría a los sacerdotes de todas sus culpas y pecados, siempre y cuando se dedicaran a cuidar a los infectados, ya que muchos curas habían huido de sus parroquias por temor al contagio, y muchos enfermos no estaban recibiendo la asistencia adecuada en su lecho de muerte.¹³⁰ Durante esa época se creía que los desastres eran castigos de Dios, así que la Gran Peste debía ser culpa de grandes pecadores. Judíos, musulmanes e incluso leprosos fueron señalados y muchos de ellos asesinados en un intento por apaciguar la furia de Dios.¹³¹

¹²⁶ R. Romano y A. Tenenti, *op. cit.*, pp. 3-4.

¹²⁷ J. Verger, *op. cit.*, p. 106.

¹²⁸ T. S. R. Boase, “La reina muerte. Agonía, juicio y recuerdo”, en J. Evans (Coord.), *Historia...*, *op. cit.*, p. 307.

¹²⁹ José Luis Romero, *La Edad Media*, México, Fondo de Cultura Económica, 1951, p. 85.

¹³⁰ Emilio Mitre Fernández, *Fantasmas de la sociedad medieval. Enfermedad. Peste. Muerte*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2004, pp. 129-130.

¹³¹ *Ibid.*, pp. 131-132.

Cuando el impulso de la epidemia retrocedió no había mano de obra suficiente para la reconstrucción económica. En el aspecto social resalta el aumento en la edad nupcial. Asimismo, hubo un afianzamiento de la prostitución y de las relaciones prematrimoniales; los bastardos se multiplicaron tanto que el Derecho ya no pudo excluirlos del acceso a carreras ni a herencias. Tal parece que, el hecho de no poder financiar nodrizas dilató el espacio entre nacimientos, y “se sospecha la vuelta a la práctica del abandono de los hijos, de las niñas sobre todo”.¹³²

1.3.1 REPERCUSIONES DE LA EPIDEMIA EN LA PENÍNSULA ITÁLICA

La enfermedad tuvo consecuencias muy variadas, en opinión de Duby una de ellas fue la disminución de la calidad del arte; con la muerte de individuos ricos e importantes, el mecenazgo decayó, aquellos hombres que solicitaban artistas de la talla de Giotto fueron sustituidos en el poder por hombres más toscos, cuyas exigencias artísticas eran minúsculas. Además, la enfermedad había arremetido también contra artistas y artesanos.¹³³

Una crónica de la peste en Sicilia detalla el rechazo general que había hacia los infectados, tanto por sus propios familiares, como por los clérigos. Por supuesto algunos curas y frailes sí atendieron a los moribundos y por eso sufrieron contagios y bajas.¹³⁴ El mismo Boccaccio, en su introducción al *Decamerón*, describió el fenómeno en Florencia:

[...] Y no hablemos del ciudadano que evitaba al otro, de que ningún vecino recibía ayuda de otro vecino, de que los parientes no se visitaban nunca, o sólo de lejos. Tanto era el espanto alojado en el pecho de los hombres y las mujeres, que un hermano abandonaba al otro hermano, el tío al sobrino, la hermana al hermano y, muy a menudo, la mujer al marido; y aún

¹³² R. Fossier, *La Edad...*, *op. cit.*, p. 55.

¹³³ G. Duby, *Europa en la Edad Media*, Barcelona, Paidós, 1990, pp. 130-131.

¹³⁴ *Ibid.*, pp. 134-135.

más (algo que parece inconcebible), los padres a los propios hijos, como si no fueran carne de su carne, y no los visitaban ni les prestaban ayuda alguna.¹³⁵

En aquellos tiempos se creía que con penitencias podía apaciguarse la cólera divina, así que, tras la epidemia, surgieron en los territorios italianos, grupos de auto-flagelantes, que pronto proliferaron y se esparcieron. En menos de dos años, es decir, hacia 1350, la Iglesia tuvo que ofrecer como alternativa a esta recién denominada herejía la peregrinación mayor como medio autorizado de congraciarse con Dios.¹³⁶

En Florencia desapareció entre el 25% y el 35% de la población, un decrecimiento demográfico notable, que provocó un estancamiento temporal en las actividades políticas y económicas de la ciudad. Los cargos y propiedades abandonados por los muertos fueron asumidos por los sobrevivientes.¹³⁷

Las intrigas entre facciones florentinas, es decir las pugnas entre güelfos y gibelinos, no tardaron en resurgir. Del mismo modo las disputas territoriales con las demás ciudades-Estado italianas reaparecieron paulatinamente, aunados a la amenaza de nuevas invasiones a la península.¹³⁸

La Iglesia seguía inmersa en procesos de reconfiguración, que continuaron tras la epidemia. En ese sentido, los mendicantes eran la vanguardia de la lucha contra la opulencia, y muchos seculares permanecían a favor de conservar sus privilegios.

En la mentalidad de los sobrevivientes hubo repercusiones tras la catástrofe, que se manifestaron de formas variadas, una de ellas fue la ansiedad por disfrutar lo inmediato, lo terrenal.¹³⁹

¹³⁵ G. Boccaccio, *El Decamerón*, *op. cit.*, Jornada I, Introducción, p. 45.

¹³⁶ E. Mitre Fernández, *Fantasmas...*, *op. cit.*, pp. 133-134.

¹³⁷ R. Fossier, *La Edad...*, *op. cit.*, p. 55.

¹³⁸ Vittore Branca, "Juan Bocacio. Perfil biográfico", en V. Branca, *Bocacio y su Época*, Madrid, Alianza, 1975, pp. 238-239.

¹³⁹ Esto se aprecia, por ejemplo, en la transformación de ciertas representaciones artísticas, como las llamadas "danzas de la muerte".

CAPÍTULO 2. GIOVANNI BOCCACCIO Y EL *DECAMERÓN*

2.1 VIDA DE BOCCACCIO

Giovanni Boccaccio¹⁴⁰ nació durante la segunda mitad del año 1313,¹⁴¹ su padre, llamado Boccaccio de Chellino o Boccaccino, fue un comerciante asentado en Florencia desde 1297. Aunque era un hijo ilegítimo fue llevado a vivir con la familia de su padre desde una edad muy temprana, la identidad o destino de su madre es desconocida.

Boccaccio creció en una casa del barrio mercantil San Pierre Maggiore de Florencia, alternando con periodos de residencia en Certaldo. De ahí la creencia generalizada entre sus biógrafos sobre su probable nacimiento en alguna de estas dos ciudades. Existe otra postura, que considera la posibilidad de que en realidad esto hubiera ocurrido en París, pues su padre viajaba allí constantemente, en ocasión de sus negocios.

Así que es apropiado señalar que una parte de sus orígenes permanece incierta. En cambio sobre su educación hay mucha luz, ofrecida por el mismo Boccaccio, que en algunos de sus escritos asentó los datos sobre los personajes que influyeron en su enseñanza.

Su formación intelectual fue vasta; aprendió a leer con Giovanni Mazuoli da Strada.¹⁴² Este dato es fundamental, pues además de situarlo en el ambiente letrado, representa el primer acercamiento que Boccaccio tuvo con la literatura. Se instruyó también en matemáticas para poder desempeñarse adecuadamente en el negocio familiar.

¹⁴⁰ Esta semblanza está basada en la información que Vittore Branca, su biógrafo por excelencia, puntualizó tanto en “Juan Bocacio...”, *op. cit.*, pp. 169-343, como en “Prólogo” a *El Decamerón*, *op. cit.* pp. 7-32.

¹⁴¹ La fecha precisa del nacimiento de Boccaccio se desconoce, sin embargo, como señaló Natalino Sapegno, el año se sabe por una carta de la correspondencia entre Boccaccio y Francesco Petrarca: “*la data si ricava con sicurezza da un’ epistola del Petrarca*”. Vid. N. Sapegno “*Introduzione*”, en G. Boccaccio, *Decameron. Filocolo, Ameto. Fiammetta*, Milano-Napoli, Riccardo Ricciardi Editore, 1952, p. VII.

¹⁴² Giovanni Mazuoli da Strada era un profundo admirador de Dante Alighieri, y fue el encargado de enseñar a Boccaccio los primeros rudimentos de gramática latina. La información en notas al pie de página de este capítulo, principalmente la referente a personajes que influyeron en Boccaccio, proviene de V. Branca, “Juan Bocacio...”, *op. cit.*, excepto en aquéllas en que se especifica otra fuente.

Ya que el padre de Boccaccio era miembro del Arte del Cambio, de los catorce a los dieciocho años se preparó para serlo también. Como aprendiz realizaba únicamente tareas menores y bajo supervisión. Estudió derecho canónico en el *Studio napolitano*, durante cinco o seis años, lo que le permitió un acercamiento al latín y a un destacado humanista de la época llamado Cino da Pistoia.¹⁴³

Boccaccio se había trasladado a Nápoles alrededor de 1327, para seguir aprendiendo el negocio en la corte del rey Roberto de Anjou. El padre de Boccaccio era colaborador de los Bardi, los Peruzzi y los Acciaiuoli, familias-compañías mercantiles que habían acaparado los asuntos financieros del reino desde 1312. La vida cortesana¹⁴⁴ le brindó la oportunidad de consultar la biblioteca real y acercarse a los eruditos que rodeaban al monarca. La corte angevina era multicultural, fue así que Boccaccio entabló amistad con Andalò del Negro¹⁴⁵ y con Paolo da Perugia.¹⁴⁶

Boccaccio permaneció en Nápoles hasta finales de 1340 o principios de 1341. La situación había cambiado, Florencia y Nápoles se alejaban cada vez más, tanto económica como políticamente. Esto modificó todo el panorama de Boccaccio; además, como su padre había dejado de trabajar con los Bardi desde 1338, se encontraba en aprietos financieros, al grado de que debió vender algunas propiedades para poder liquidar sus compromisos. Las diferencias de Florencia con el rey Roberto se agudizaron en 1342, para entonces Boccaccio ya coincidía absolutamente con el partido florentino.

¹⁴³ Cino da Pistoia era un poeta, jurista y profesor en el *Studio napolitano*, como se le denominaba a la Universidad de Nápoles. Fue quien guió a Boccaccio, mientras estudiaba con él, hacia una lectura crítica de Dante.

¹⁴⁴ Esa no fue la única ocasión en que Boccaccio residió en una corte, tuvo breves estancias a lo largo de su vida. Permaneció en la de Ostasio de Polenta, en Rávena de 1345 y 1347. Luego, entre 1347 y 1348 se trasladó a Forlì, a la corte de Francesco Ordelaifi.

¹⁴⁵ Andalò del Negro era un astrónomo genovés, a quien Boccaccio consideraba su maestro.

¹⁴⁶ Paolo da Perugia era el bibliotecario real, gracias a su influencia Boccaccio se interesó por las culturas griega y bizantina.

Durante su estancia en Nápoles escribió al menos cuatro obras de temática grecolatina:¹⁴⁷ la *Caccia di Diana* (1334), el *Filistrato* (1335), el *Filocolo* (1336) y la *Teseida* iniciada alrededor de 1339.¹⁴⁸ Este bloque de obras es representativo de sus intereses de juventud, y de la influencia de las obras a las que tuvo acceso tanto a través de sus maestros en el *Studio* como en la biblioteca real.

A su regreso a Florencia y antes de escribir el *Decamerón*, Boccaccio escribió varios textos de tema pastoril, como la *Comedie delle Ninfe* (1341-1342) y el *Ninfale Fiesolano* (1344-1346), este último mezcla de tema pastoril con personalidades coetáneas a él. Este periodo fue de creación más variada que el anterior, ya que en 1342 elaboró un compendio en latín, *De Canarias*, con la información existente acerca del descubrimiento de dichas islas; y una obra de mayor alcance, la novela psicológica *Elegia di madonna Fiammetta* (1344).¹⁴⁹

Como ha sido señalado, la Peste Negra asoló Florencia en 1348. Para entonces Boccaccio había vuelto a establecerse ahí. Su padre trabajó durante la epidemia como oficial de la Abundancia, desempeñando labores de distribución de alimentos e implementación de las medidas higiénicas que la Señoría decretaba.

Como la mayoría de los sobrevivientes, Boccaccio perdió amigos cercanos, así como a su padre, a consecuencia de la enfermedad. A partir de entonces hubo de hacerse cargo del patrimonio familiar y de sus hermanos. En este periodo empezó a bosquejar la idea del *Decamerón*.

Un acontecimiento fundamental para Boccaccio ocurrió en octubre de 1350. Recibió a Francesco Petrarca en su casa de Florencia. De este encuentro surgió una estima que perduró hasta el final de sus días. Esta amistad a su vez, le permitió convivir con los amigos de Petrarca, y además, acceder a sus manuscritos. Su propia casa se volvió foco de sabiduría,

¹⁴⁷ Desafortunadamente se desconocen las fechas de algunas de sus obras.

¹⁴⁸ *Vid.* el Anexo 2 de esta tesis, que consiste en un recuento de las obras conocidas de Boccaccio, con la información de su origen cuando ha sido posible rastrearlo.

¹⁴⁹ *Idem.*

patrocinó, entre otros, a Leonzio Pilato.¹⁵⁰ En el año de 1350 Boccaccio inició su *Zibaldone Magliabecchiano*.¹⁵¹

Boccaccio siempre consideró a Petrarca su maestro, y cada vez que iba a visitarlo se dedicaba a copiar todos los textos que podía. Las visitas a lo largo de los años fueron mutuas. Asimismo, mantenían una relación epistolar. A pesar de sus diferencias políticas, ya que Petrarca estaba de parte del emperador Carlos IV y Boccaccio en contra, su amistad no sufrió. Intelectualmente se enriquecían uno a otro.

Giovanni Boccaccio fue un autor prolífico, como ha sido mencionado, además del *Decamerón*, considerada su obra maestra, escribió poesía, tratados históricos y biografías, tanto en latín como en italiano.¹⁵² Frederick Antal afirmó que Petrarca y Boccaccio consideraban vulgar escribir en lengua vernácula, y que de hecho escribían en latín para limitar su público a un círculo culto y exclusivo.¹⁵³ No obstante, Boccaccio fue un incesante promotor cultural en Florencia, encargado durante algunos periodos de leer y comentar públicamente la obra de Dante.

Al margen de su vida intelectual, Boccaccio tuvo una fecunda carrera política y diplomática entre 1351 y 1358,¹⁵⁴ hasta que una rebelión contra los güelfos en el poder, en la que estuvieron implicados muchos amigos y conocidos suyos, lo dejó fuera de la esfera pública.

Los últimos años de Boccaccio transcurrieron en medio de nuevos encargos diplomáticos y dolencias físicas. Su salud se fue deteriorando con la edad, para 1365

¹⁵⁰ Leonzio Pilato era un griego al cual Boccaccio hospedó en su casa. Durante ese periodo tradujo a Homero, Eurípides y Aristóteles. Además le enseñó la lengua griega a su anfitrión.

¹⁵¹ El *zibaldone* era una especie de cuaderno de notas, con versiones preliminares y copias de textos de otros autores. Se conoce la existencia de dos de éstos pertenecientes a Boccaccio. *Vid.* Anexo 2 de esta tesis, en particular la sección de obras misceláneas.

¹⁵² *Vid.* Anexo 2 de esta tesis "Obras de Boccaccio".

¹⁵³ F. Antal, *op. cit.*, pp. 128-129.

¹⁵⁴ Las misiones diplomáticas lo llevaron entre otros lugares a Padua y Aviñón. Aunque, al margen de su actividad pública, Boccaccio era un hombre que acostumbraba viajar.

manifestaba los primeros síntomas de hidropesía. Ese mismo año volvió a ser requerido para visitar, en calidad de representante de la comuna florentina, al nuevo papa, Urbano V, que proyectaba volver a Roma.¹⁵⁵

En 1370, Boccaccio volvió transitoriamente a vivir en Nápoles, y a su alrededor se formó un ambiente cultural notable, que incluía a la reina Giovanna. Sin embargo, en 1371 volvió a su trabajo literario en Certaldo. Su órbita de seguidores se componía tanto de laicos como de religiosos interesados en los estudios dantescos.

Giovanni Boccaccio murió el 21 de diciembre de 1375.

Existió por mucho tiempo la idea de un Boccaccio arrepentido de haber escrito el *Decamerón*, en sus últimos años. Según la leyenda negra, durante la primavera de 1362 habría recibido el mensaje de un monje cartujo, muerto recientemente, que le auguraba condenación eterna si no abandonaba la poesía y sus estudios profanos. De acuerdo a esta versión habría destruido y quemado muchos manuscritos. También habría sido el motivo principal para su ingreso a la Tercera Orden de San Francisco, como método de expiación.¹⁵⁶

Empero, con el hallazgo realizado por Vittore Branca en 1963, de una copia autógrafa, se probó que el autor, quien “en torno al año 1370, revisa[ba] y copia[ba] cuidadosamente, en la soledad de la casa de Certaldo, su obra maestra, es el mismo clérigo Bocacio [sic]¹⁵⁷ de las obras históricas de más característica orientación dramático-moralista”.¹⁵⁸ Branca desautorizó así el mito que giró en torno a la vida de Boccaccio durante siglos.

Este descubrimiento es muy importante, ya que modificó completamente la concepción existente acerca de las razones de Boccaccio para incorporarse a los terceros

¹⁵⁵ En esa época la sede papal se encontraba en Aviñón. Urbano V volvió a la península en junio de 1367 y llegó a Roma en octubre.

¹⁵⁶ L. Thoorens, *op. cit.*, p. 54.

¹⁵⁷ Branca llamó clérigo a Boccaccio porque creía posible que en algún momento de su vida se hubiera ordenado como tal. Pese a admitir que no eran sino conjeturas al respecto, lo designó así en este párrafo. Hay que recalcar que, a la fecha, no existe documento alguno que sustente sólidamente su teoría.

¹⁵⁸ V. Branca, *Bocacio...*, *op. cit.*, p. 29.

franciscanos. Lo cierto es que unirse a una orden en los años de madurez era una práctica común en el entorno del autor. Pero, sin duda, hay una diferencia radical entre haberlo hecho por convencimiento y no por culpa; máxime, si la causa del remordimiento era el texto que compete a esta investigación.¹⁵⁹

2.2 EL LUGAR DE BOCCACCIO Y EL *DECAMERÓN* EN LA CULTURA URBANA

Giovanni Boccaccio era más que un comerciante. Aunque sí perteneció a la clase mercantil y fue cortesano en Nápoles, se destacó como hombre de letras. Es fundamental señalar que él no se asumía a sí mismo como mercader, sin embargo, fue su temprana formación como tal, la que le permitió viajar y, en consecuencia, expandir su visión del mundo.

Boccaccio era un hombre que se ajustaba a los modelos vigentes entre los intelectuales de la época, aprendidos de los escritores que le precedieron, así como de sus contemporáneos; la datación que utilizaba es sólo un botón de muestra: “los años de la fructífera Encarnación del Hijo de Dios habían llegado al número mil trescientos cuarenta y ocho.”¹⁶⁰ Este tipo de fórmula era de uso corriente en los manuscritos.¹⁶¹

En apartados anteriores se explicó la importancia de Nápoles como punto de encuentro entre culturas y la influencia que tuvo en la formación de Boccaccio. Fue gracias a su estancia allí, que pudo conocer de cerca a judíos y musulmanes, y por tanto, adentrarse en el conocimiento de sus costumbres y creencias. También le presentó la oportunidad de acercarse a sabios letrados, miembros de la realeza y cristianos de otras regiones. Así pues, su paso por

¹⁵⁹ Las fechas de la leyenda negra no coinciden, ya que la supuesta aparición habría ocurrido en 1362 y el ingreso de Boccaccio a la Tercera Orden de San Francisco se dio en 1360.

¹⁶⁰ G. Boccaccio, *El Decamerón*, *op. cit.*, Jornada I, Introducción, p. 41.

¹⁶¹ Por ejemplo la Crónica de Giovanni Vilani, señala en las primeras líneas que empezó “*a compilare nelli anni della incarnazione di Iesù Cristo MCCC*”. Giovanni Vilani, *Nuova Cronica*, ed. G. Porta, Parma, Fondazione Pietro Bembo-Guanda, 1991, p. 1. (Letteratura italiana Einaudi) Libro electrónico. Otro ejemplo es el de Maquiavelo, que dató con una fórmula similar en el proemio de su *Historia de Florencia*: “partiendo del año 1434 de la era cristiana”. N. Maquiavelo, *op. cit.*, p. 21.

la corte angevina amplió sus horizontes culturales, lo que a su vez, le permitió retratar en sus trabajos a toda clase de hombres y mujeres.

En ese sentido, por ejemplo, el autor aprovechó el marco de la tercera cruzada para introducir de una manera atractiva a un personaje antagónico para la cristiandad. En el noveno cuento de la décima jornada describió a Saladino como un hombre bueno y agradecido, pero también sagaz; un sultán, que ante la inminencia de la guerra, viajó a Lombardía disfrazado de mercader, para conocer de primera mano a los soldados que se le enfrentarían en batalla. No se trata de alabanzas lanzadas al aire, sino de la aprobación de ciertas características que Boccaccio juzgaba valiosas en un líder. De acuerdo a esta narración, Saladino tomó prisionero a un hombre que en alguna época le había ofrecido alojamiento en Pavía; al percatarse de quien era, lo liberó y colmó de atenciones, pero además, lo ayudó a volver cuanto antes a Europa para que no perdiera a su esposa, quien se creía viuda, por algunas confusiones desarrolladas en el relato.¹⁶²

Por esto, es adecuado afirmar que había reconocimiento de virtudes entre individuos cultos con creencias religiosas diferentes. Esto ocurriría en ambos sentidos, es decir, así como Boccaccio celebró el proceder de Saladino en uno de los cuentos, en otro narró la historia de un sultán dispuesto a escuchar las sugerencias de un cristiano, quien gracias a sus acertados consejos obtuvo del gobernante: “toda la gracia real y una posición elevada y rica.”¹⁶³ En este caso era el sultán quien aceptaba, y aprovechaba, el sentido común del cristiano.

Boccaccio no se quedó en lo anecdótico. Tal vez involuntariamente, informó cómo eran tratados los mercaderes en tierras ajenas, así como el hecho de que su exotismo, por llamarlo de alguna manera, si bien podía generar extrañeza, no provocaba rechazo. Los comerciantes eran recibidos con el mismo respeto que cualquier otro huésped. Ciertamente el *Decamerón* pone de manifiesto la posible identificación entre sujetos de culturas distintas. En

¹⁶² G. Boccaccio, *El Decamerón*, *op. cit.*, Jornada X, Cuento 9, pp. 876-893.

¹⁶³ *Ibid.*, Jornada V, Cuento 2, p. 456.

otras palabras, a lo largo del *Decamerón* aparecen estas relaciones interculturales como algo cotidiano, cuando menos en el ambiente de los negociantes.

En cuanto a las motivaciones de Boccaccio para realizar una obra como el *Decamerón*, ese tema es tratado con mayor profundidad en el apartado dedicado a la obra y su contexto literario. Por ahora basta apuntar que un texto no puede desvincularse del lector a quien va dirigido, es decir, para comprender su contenido a cabalidad hay que saber para quién y por qué fue escrito. Por supuesto, a quien se dirige una obra y quien en efecto la lee no necesariamente coinciden.

Siguiendo esta línea de ideas, vale la pena señalar que Boccaccio sí explicitó para quién y por qué escribió el *Decamerón*, de hecho lo hizo en las primeras líneas de la introducción:

Quando pienso, graciosas mujeres, que todas sois piadosas por naturaleza, considero una y otra vez que la presente obra tendrá para vuestro criterio un grave y enojoso principio, como lo es el del doloroso recuerdo de la pestífera mortandad pasada, para todo aquel que la vio o supo de ella, y que todavía, por perniciosa y deplorable, conserva en su mente. Mas no quiero que por esto os amedrentéis antes de leer, como si al leerme tuvierais siempre que hacerlo entre suspiros y lágrimas. Que este horrido principio sea para vosotras no más que la empinada y áspera montaña para el caminante, tras la cual hay un bello y deleitoso valle [...] A decir verdad, si hubiese podido llevaros honestamente adonde deseo por otro camino menos áspero que éste, lo habría hecho de buen grado; pero como él fue el motivo de que ocurrieran las cosas que luego se leerán y dado que no podían mostrarse sin esta rememoración, casi por necesidad me veo obligado a escribir de tal modo.¹⁶⁴

Por lo tanto, es apropiado decir que su escrito tenía fines edificantes,¹⁶⁵ por medio de entretenidos cuentos transmitió valores morales, que al mismo tiempo alertaban a sus lectoras del peligro que representaban algunos religiosos sin escrúpulos. Temas recurrentes en la

¹⁶⁴ *Ibid.*, Jornada I, Introducción, p. 41.

¹⁶⁵ La literatura edificante se caracteriza por una intencionalidad pedagógica en sentido moralizante. Un ejemplo muy claro puede verse en Jorge E. Traslosheros, “Utopía inmaculada en la primavera mexicana. *Los sirgueros de la virgen sin original pecado*. Primera novela novohispana, 1620”, en *Estudios de Historia Novohispana*, vol. 30, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, enero-junio de 2004, pp. 93-116.

literatura edificante como virtud, pecado y salvación del alma están presentes en el *Decamerón*.

Hay que tener claro que no todas las féminas sabían leer, así es que por damas Boccaccio debía entender al selecto grupo de las que tenían esta habilidad, por lo general pertenecientes a la burguesía urbana; ya que las primeras escuelas en admitir al sexo femenino fueron las que ofrecían preparación para el trabajo comercial.¹⁶⁶

Al margen de haber escrito una obra de carácter literario, Boccaccio tenía nociones de “verdad” histórica, y lo manifestó así: “asombroso sería escuchar lo que debo decir si mis propios ojos y los de muchos no hubiesen visto lo que vieron, y no me atrevería a creerlo, y menos a escribirlo, aunque mucha gente digna de fe me lo hubiese dicho”.¹⁶⁷

Entonces, el *Decamerón* se concibió como un libro recreativo, que fue escrito por un autor consciente de la diferencia entre realidad y ficción, sin pretensiones historiográficas, excepto en la parte tocante a la Muerte Negra, donde Boccaccio sí perseguía dejar testimonio de lo acontecido en su ciudad.

Por el hecho de tratarse de un libro de cuentos, podría pensarse que es sólo eso, que no hay manera de obtener nada más. El asunto es que Boccaccio retrató elementos, que eran *vox populi*, tales como la corrupción de algunos miembros del clero.

Es evidente que Boccaccio no descubrió el hilo negro de la corrupción eclesiástica. Su denuncia resulta significativa hoy. Al momento de escribir el *Decamerón* no era tal, a su alrededor la gente no se extrañaba o escandalizaba por sus afirmaciones, ya que presenciaban lo mismo que él. En la naturalidad de haber dicho algo que todos sabían, se demuestra esta aseveración, sus cuentos no trataban de dañar la imagen de la Iglesia. Las críticas y burlas que

¹⁶⁶ Walter J. Ong, *op. cit.*, p. 155.

¹⁶⁷ G. Boccaccio, *El Decamerón, op. cit.*, Jornada I, Introducción, p. 43.

efectuó eran a individuos que tenían malos comportamientos, no a la institución eclesiástica. Era un cristiano, no hay que olvidarlo.

Aunque al escribir el *Decamerón* Boccaccio no pretendía reprochar a alguien, los señalamientos críticos que efectuó se encuentran articulados con las demás piezas que conforman el texto. Es así que la condena a la falta de piedad de los ciudadanos florentinos para con sus parientes contagiados, a los que abandonaron por temor a infectarse, se entrelazó con el reconocimiento que hizo de los frailes sobrevivientes, que continuaron con la labor de officiar misas y enterrar a los muertos. Esta declaración es trascendente porque revela un Boccaccio que no tenía una rígida postura anticlerical o anti eclesiástica.

En ese sentido, es interesante que tanto el contenido como el estudio sistemático del *Decamerón* puedan disociarse en una parte exclusivamente narrativa, donde muchos especialistas han podido rastrear sus influencias y fuentes para escribir, que cabe decir, son muy vastas; y, otra que refleja su realidad y cosmovisión.

2.3 EL DECAMERÓN EN SU CONTEXTO LITERARIO

El *Decamerón* fue escrito por Giovanni Boccaccio entre 1349 y 1351;¹⁶⁸ su título completo es *Decamerón o príncipe Galeotto*.

La palabra de origen griego *decameron* significa “diez días”, y fue utilizada por Boccaccio en referencia directa a la división en jornadas que constituye a la obra. Aunque a decir verdad, la permanencia de los jóvenes en el campo habría durado catorce días, es decir dos semanas, no diez días; debido a que los viernes y sábados suspendían sus actividades recreativas, hecho puntualizado por Boccaccio a través de Neifile en la conclusión de la segunda jornada:

¹⁶⁸ V. Branca, “Prólogo”, *op. cit.*, p. 14.

El viernes es día de guardar porque en dicho día murió por nosotros nuestro Salvador, por lo cual estimo conveniente que no lo dediquemos a los cuentos sino a la oración; el sábado es el día en que las mujeres acostumbran lavarse la cabeza y quitarse de encima el polvo y toda la mugre acumulada en la semana; en dicho día también acostumbran reverenciar a la Virgen Madre de Dios, ayunar, y dejar toda clase de trabajos para honrar el domingo venidero.¹⁶⁹

Al finalizar la séptima jornada se reiteró la interrupción de actividades, con la consigna de reanudarlas el siguiente domingo.¹⁷⁰ De cualquier modo, el título es adecuado si se toma en cuenta que los días efectivos de narración fueron diez.

Sobre el subtítulo, lo primero que hay que indicar es que Galeotto es la italianización de Gallehault, el nombre de un caballero del ciclo artúrico que intervino y alentó los amores de su fiel amigo Lancelot y la reina Guinevere. No hay que confundir, por lo parecido de sus nombres, a Gallehault con Galahad, el caballero del Santo Grial. Se trata de personajes distintos, cada cual con características propias.¹⁷¹

Antes que Boccaccio, ya Dante había subrayado en la *Divina Comedia* la asociación cultural del papel de Gallehault como incitador de relaciones prohibidas.¹⁷² Boccaccio, por su parte, esclareció de esta manera el porqué del subtítulo, en el proemio del *Decamerón*:

Es cosa humana, y norma para todos, sentir compasión por los afligidos, máxime por aquellos que, necesitados de consuelo, conocieron sus efectos al hallarla en los demás. Si alguien ha habido con mayor necesidad de ella y la ha obtenido a plenitud, ése soy yo. Desde mi primera juventud hasta el tiempo presente, he abrigado un amor noble y de muy alta condición, acaso mucho más de lo que parecería conveniente para mi baja condición, puesto que yo mismo lo digo; sin embargo, de los discretos que han estado al tanto de ello, sólo he recibido alabanzas,

¹⁶⁹ G. Boccaccio, *El Decamerón*, *op. cit.*, Jornada II, Conclusión, pp. 237-238.

¹⁷⁰ *Ibid.*, Jornada VII, Conclusión, p. 642.

¹⁷¹ *Vid.* Paul Patrick Rogers, "Why el Gran Galeoto?", en *Hispania*, vol. 6, no. 6, diciembre de 1923, pp. 372-377.

¹⁷² En el segundo círculo del infierno, Dante encontró a un par de amantes, Francesca de Rimini y Paolo Malatesta, ella le cuenta que el libro sobre Lancelot que leían juntos, fue como un Gallehault para ellos, es decir, que los impulsó a seguir sus pasiones, lo que más tarde los llevó a la muerte. *Vid.* Dante Alighieri, *La Divina Comedia*, Infierno, Canto V.

pues me han visto sufrir no por culpa de la mujer amada, sino por el excesivo fuego concebido en la mente por un poco regulado apetito, que nunca me tenía contento ni me daba tregua.¹⁷³

En este discurso acerca de las pasiones humanas y la comprensión mostrada por algunos individuos, Boccaccio agradeció indirectamente a quienes lo apoyaron en el trance amoroso relatado. Además, remató con la idea de que su libro podría fungir como compañía en situaciones semejantes, es decir, hacer las veces de guía o incluso de galeoto¹⁷⁴ con las muchachas incomprendidas. Dicho de otra manera, cumplía la función de un texto edificante:

En estos cuentos se verán placenteros y otros azarosos acontecimientos, acaecidos en los tiempos modernos y en los antiguos. Las mencionadas mujeres que los lean encontrarán en ellos cosas para el solaz y el deleite; asimismo podrán tomar consejo en cuanto conozcan lo que es preciso seguir o rechazar, lo cual no creo que pueda suceder sin entretenimiento.¹⁷⁵

El objetivo de Boccaccio era brindar un amigo y consejero, en forma de libro, a las doncellas que lo necesitaran. Las variadas situaciones desplegadas en el *Decamerón* ofrecerían una amplia gama de sugerencias, que podían seguirse o no, de acuerdo al sentido común de cada una.

El hecho de que Boccaccio haya escrito un libro para esparcimiento de las mujeres, lleva necesariamente a retomar la noción, esbozada previamente, de la importancia de conocer para qué público fue concebida una obra. Cuando se evalúa el caso del *Decamerón*, surgen algunas interrogantes. Por ejemplo, por qué razón Boccaccio lo escribió en lengua vulgar, si consideraba que el latín era un lenguaje más rico, con el que podía expresarse mejor.

Para responder a esta cuestión, hay que recordar que, aunado al hecho de que el *Decamerón* fue pensado como entretenimiento femenino, hay otro factor fundamental y es que el latín era la lengua culta de la época, pero esa no era su única característica; su uso se

¹⁷³ G. Boccaccio, *El Decamerón, op. cit.*, Proemio, p. 35.

¹⁷⁴ El *Diccionario de la Lengua Española* de la Real Academia define “galeoto” como: “alcahute (hombre que concierta una relación amorosa).” El proceso de asimilación es equiparable al ocurrido con la palabra “celestina”.

¹⁷⁵ G. Boccaccio, *El Decamerón, op. cit.*, Proemio, p. 37.

volvió necesario a consecuencia de la multiplicación de lenguajes regionales, en otras palabras, el latín era la herramienta de comunicación, tanto en el ámbito político como en el mercantil, entre hombres que no podían comprender el sinfín de lenguas existentes. Otro elemento cardinal es que el latín, al ser la lengua utilizada para la formación académica, era prácticamente de uso exclusivo del sexo masculino.¹⁷⁶ Por lo tanto, si Boccaccio aspiraba a ser leído por mujeres, debía escribir en el idioma que éstas pudieran leer.

Esta idea se sustenta también, con la teoría que el propio Boccaccio ofreció acerca de las razones de Dante para escribir la *Divina Comedia*, obra de alta materia, en lengua vernácula, pudiéndolo haber hecho en latín, como tantos poetas lo habían hecho hasta entonces. Boccaccio sostuvo que el propósito de Dante era que la “obra pudiera ser leída por sus conciudadanos y por los demás habitantes de Italia, puesto que si la hubiera escrito en latín, [...] sólo habría sido de utilidad para los literatos.”¹⁷⁷ Boccaccio remató esta afirmación, enfatizando la importancia de Dante y su obra, ya que “al escribirla en vulgar, hizo algo que jamás se había hecho: una obra que podían leer no sólo los hombres cultos, sino también los incultos, nunca antes tomados en cuenta por los primeros [...]”¹⁷⁸ Boccaccio sin duda siguió el ejemplo de Dante al escribir el *Decamerón* en idioma florentino,¹⁷⁹ de este modo, integró a las mujeres dentro de su audiencia; las cuales como se ha señalado, estaban marginadas del ámbito latino, salvo en muy pocas excepciones.

Siguiendo este orden de ideas, otro detalle original del *Decamerón* es que fue pensado para ser leído a solas, a pesar de que antes de la invención de la imprenta, los manuscritos solían leerse en voz alta.¹⁸⁰ No obstante, fue el mismo Boccaccio quien dejó constancia de que

¹⁷⁶ W. Ong, *op. cit.*, pp. 112-114.

¹⁷⁷ G. Boccaccio, *Breve tratado en alabanza de Dante*, en Dante Alighieri, *Vida nueva*. Seguido de G. Boccaccio, *Breve tratado en alabanza de Dante*, México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 2000, pp. 184-185.

¹⁷⁸ *Ibid.*, p. 185.

¹⁷⁹ Boccaccio llamó “idioma florentino” a la lengua con la que Dante configuró su magna obra. Opté por utilizar el genérico “italiano” a lo largo del capítulo para no generar confusiones durante la lectura.

¹⁸⁰ W. Ong, *op. cit.*, pp. 137-138.

las mujeres florentinas que sabían leer, acostumbraban hacerlo en casa, es decir en la órbita de lo privado:

¿Y quién negará que dicho consuelo, por pequeño que pueda ser, es preferible dispensarlo en mayor medida a las gentiles mujeres que a los hombres? Ellas, temerosas y avergonzadas, occultan bajo su delicado pecho las amorosas llamas, mucho más intensas cuanto más ocultas, cosa que bien saben quienes las han disfrutado y disfrutan. Además, restringidas sus voluntades y en sus placeres por las órdenes del padre y de la madre, del hermano o del marido, viven la mayor parte del tiempo encerradas en el estrecho círculo de sus alcobas, donde pasan las horas casi siempre ociosas, pensando en cosas ora deseables, o rechazables, casi siempre tristes.¹⁸¹

Claramente el *Decamerón* fue previo a la imprenta, y a diferencia de la mayoría de los textos con esta característica, no fue pensado para su lectura en público. Paradójicamente, los cuentos incluidos en él fueron verbalmente expresados por los protagonistas de las diez jornadas, siendo el hilo conductor de toda la obra; además, Boccaccio apareció como narrador, tanto en el proemio e introducción, como en la conclusión; este rasgo destaca ciertas permanencias de la cultura oral.

Otro aspecto paradójico es que al rastrear la trayectoria de los manuscritos del *Decamerón*, se ha encontrado que algunas copias de éste fueron encargadas por miembros de la nobleza cortesana francesa e italiana, y se sabe que en estas cortes las mujeres se reunían para leer en voz alta:

A las bibliotecas francesas fueron a parar numerosos códices lujosos de mano italiana. Asistimos así, primero en Francia y luego en Italia, al empleo del libro como refinado entretenimiento para lectura en grupo, ante damas, en las cortes renacentistas, atestiguado por los ejemplares de formato lujoso que suelen resaltar gráficamente a la *brigata* para propiciar la analogía especular entre ésta y la reunión de damas cortesanías.¹⁸²

¹⁸¹ G. Boccaccio, *El Decamerón, op. cit.*, Proemio, p. 36.

¹⁸² María Hernández Esteban, "Decamerón o Centonovelle, el título del libro y su difusión" en Magdalena León Gómez (coord.), *La literatura en la literatura. Actas del XIV Simposio de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, Madrid, Sociedad Española de Literatura General y Comparada, 2004, p. 279.

El uso que tuvo el *Decamerón* en las cortes, ejemplifica que al margen del público al que va dirigida una obra originalmente, su destino permanece incierto. Si bien el *Decamerón* no se concibió para lecturas públicas, como las que Boccaccio realizaría de la obra de Dante, terminó siendo referente en algunas cortes. Esto de ningún modo demerita la utilidad de conocer en qué contexto fue generado.

Con respecto a la arquitectónica del *Decamerón*, éste consta de cien cuentos, repartidos en diez jornadas temáticas con una decena de relatos cada una. Las narraciones se encuentran vinculadas entre sí por breves introducciones y conclusiones a cada día de reunión, estos cierres incluyen un poema o balada. Los días transcurrían, de acuerdo con el autor, en la tranquilidad de la campiña florentina durante la Peste Negra, es decir en 1348.

Como ya se ha mencionado previamente, a lo largo de este centenar de historias aparece un sinnúmero de sujetos, todos y cada uno de ellos pertenecientes a estratos sociales, religiones, profesiones, y orígenes variopintos. Esta riqueza de caracteres, se debe en gran medida al contacto que Boccaccio tuvo con todo tipo de personas.

Los personajes-narradores tuvieron que alejarse de la ciudad para evitar contagiarse de la peste, ésta fue la motivación del viaje y al mismo tiempo, la columna vertebral del libro. En la introducción al *Decamerón*, Boccaccio dejó un importante testimonio de lo que presenció durante la Gran Peste en Florencia:

La ciudad tuvo que ser limpiada de inmundicias por operarios nombrados a tal efecto; se le prohibió la entrada a cualquier apestado y se dieron muchos consejos para conservar la salud; y se hicieron no una sino muchas rogativas a Dios, en procesiones de la gente devota, y al principio de la primavera de dicho año, los dolorosos efectos de la peste comenzaron a manifestarse de horrible manera. Y no como en Oriente,¹⁸³ donde la sangre que salía de la nariz era manifiesto signo de muerte inevitable. Aquí, al empezar la enfermedad, a hombres y mujeres les aparecían, en las ingles o bajo las axilas, ciertas hinchazones que a veces

¹⁸³ Seguramente Boccaccio tenía conocimiento de la evolución de la enfermedad en Asia por testimonio de los mercaderes que solían viajar por negocios a ese continente.

alcanzaban el tamaño de una manzana; otras tenían, más o menos, el tamaño de un huevo, y el vulgo los llamaba bubones.¹⁸⁴

El autor fue testigo de la desolación de Florencia y los intentos de sus habitantes por contener la epidemia; obviamente todo esfuerzo fue inútil. Poco a poco la ciudad fue vaciándose; los que podían huían, pero la mayoría había enfermado y muerto, las personas sanas no quería hacerse cargo de sus familiares infectados y menos de los restos de los fallecidos. A consecuencia de la intensa disminución demográfica, toda pompa fúnebre fue suspendida, había brigadas organizadas por la Comuna, que recogían los cuerpos y los llevaban a fosas comunes. De acuerdo con Boccaccio la corrupción en el ambiente era tal, que los perros que mordisqueaban a los muertos caían fulminados ahí mismo. En las zonas más pobres de Florencia la mortandad fue mayor debido a las bajas condiciones de vida que de por sí tenían, además se les aisló y de algún modo se les abandonó a su suerte.¹⁸⁵

El informe de Boccaccio es invaluable, como lo demuestra el hecho de que casi cada vez que el tema de la peste fue tratado en una obra de historia, la introducción al *Decamerón* salió a colación.¹⁸⁶ El autor registró lo que observó con la consciencia de que al fijarlo por escrito, trascendería; al narrar el periodo de la Muerte Negra en Florencia fue muy descriptivo, su pormenorizado recuento es muy crudo por momentos, aunque su intención no era asustar al lector, sino simplemente transmitirle su experiencia.

El cuadro descrito por Boccaccio remite a quien lo lee, a la Florencia azotada por la epidemia. Incluso, situó el primer encuentro de los protagonistas en la iglesia florentina de Santa María Novella. Era un grupo de diez jóvenes; tres varones: Pánfilo, Filóstrato y Dioneo, y siete mujeres: Pampinea, Fiammetta, Filomena, Emilia, Lauretta, Neifile y Elisa; cada uno

¹⁸⁴ G. Boccaccio, *El Decamerón, op. cit.*, Jornada I, Introducción, p. 42.

¹⁸⁵ *Ibid.*, Jornada I, Introducción, pp. 41-60.

¹⁸⁶ La figura de Boccaccio también se ha utilizado para caracterizar al humanista del siglo XIV. Ofrezco dos ejemplos, el primero es una obra de gran calado, el segundo una obra de síntesis. *Vid.* R. Fossier (coord.), *La Edad..., op. cit.*, p. 157. Y José Luis Romero, *op. cit.*, pp. 192-194.

de los cuales presidió una jornada, en calidad de rey o reina, y eligió la temática de ésta; por lo tanto, cada día debía haber diez historias relativas al tópico seleccionado.

Los temas tratados en el *Decamerón* son diversos: el amor, la tenacidad, el ingenio, la fortuna, la lucha contra la adversidad, los engaños, principalmente entre parejas, los amores frustrados, las burlas, e incluso los grandes hechos de hombres o mujeres magnánimos. Hay historias felices, así como tragedias; el espectro es ancho. En cada introducción el rey o reina decidían el tema sobre el cual debían versar las narraciones de la jornada.

La primera reunión fue regida por Pampinea, y como las reglas acababan de establecerse el tema de las narraciones fue libre, se dejó a criterio de cada uno de los jóvenes. La segunda jornada tocó reinar a Filomena, quien eligió como tópico la lucha de los hombres contra la adversidad con felices resultados. El tercer día fue el turno de Neifile, que decidió que los cuentos tratarían sobre éxitos logrados a base de persistencia. Filóstrato mandó que durante la cuarta sesión se platicara de amores con finales infelices. Fiammetta presidió la quinta asamblea y optó por historias de amor con finales afortunados. La sexta tarde fue gobernada por Elisa quien decidió discurrir acerca de lo que el ingenio puede lograr contra la adversidad. Dioneo fue el jefe del séptimo turno y la temática de su elección fue la burla, principalmente la referente a las mujeres infieles. Las bromas, como asunto general, fueron tratadas durante la octava sesión, que fue encabezada por Lauretta. Emilia mandó que en la penúltima reunión se hablara libremente, de nuevo. Y Pánfilo, el último rey, decidió discutir sobre hechos realizados con liberalidad y magnificencia.

La mayoría de las historias narradas en el *Decamerón* se sitúa en el periodo inmediatamente anterior al de la vida del autor. Si bien los cuentos que incluye son una invención, y sus personajes ficticios, de vez en cuando aparece alguna personalidad de la época.¹⁸⁷

¹⁸⁷ V. Branca, "Prólogo", *op. cit.*, pp. 15-23.

Las fuentes estilísticas de la obra son extensas, de acuerdo con el tipo de narración de que se trate; algunos cuentos tenían versiones previas en obras de juventud del propio Boccaccio, como el *Filocolo* y la *Comedie delle Ninfe*.¹⁸⁸

Un elemento fundamental en la estructura del *Decamerón* es la estrategia, de la que se valía Boccaccio constantemente, para expresar sus propias reflexiones a través de alguno de sus personajes. Por ser el *Decamerón* un escrito literario, las declaraciones de sus protagonistas provenían de una única fuente: el marco referencial del autor. Asimismo, se trata de una obra literaria, que entre otras cualidades tiene la de haber retratado de manera crítica múltiples aspectos cotidianos de la época en que fue escrita.

2.3.1 TRAYECTORIA DE LA LECTURA DEL *DECAMERÓN* EN EUROPA

La historia de la lectura del *Decamerón* los primeros años después de su aparición es fundamental para su comprensión, principalmente si seguimos las ideas de los filósofos Michel de Certeau, sobre que un texto adquiere significado al ser leído, y de Paul Ricoeur, acerca de la confluencia que ocurre durante la lectura entre “el mundo del texto”, es decir, su contexto de origen, y “el mundo del lector”.¹⁸⁹

En esta línea de ideas, hay que tener en cuenta los factores mencionados en párrafos anteriores acerca de la intención de Boccaccio al escribir el *Decamerón* en lengua vernácula y no en lengua latina, del mismo modo hay que recordar que su texto cabe dentro de la categoría de literatura edificante, y que además estaba dirigido a un público femenino urbano.

Teniendo estos elementos en consideración se puede entrar en materia. El *Decamerón* fue uno de los primeros trabajos en lengua vernácula que se tradujo y difundió por Europa

¹⁸⁸ V. Branca, “Juan Bocacio...”, *op. cit.*, p. 237.

¹⁸⁹ Guglielmo Cavallo y Roger Chartier “Introducción” en Cavallo, Guglielmo y Roger Chartier (dirs.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 2004, pp. 15-17.

occidental en los decenios inmediatos a su aparición. También fue copiado y profusamente difundido en italiano. En la actualidad se conservan alrededor de cien códices.¹⁹⁰

Han llegado a nuestros días al menos dos manuscritos contemporáneos a Boccaccio, uno de 1360, probablemente supervisado por él,¹⁹¹ y otro, mucho más interesante por tratarse de una copia autógrafa,¹⁹² que data de 1370;¹⁹³ este último sería el mencionado en el apartado referente a la vida del autor, descubierto en 1963 por Vittore Branca, es decir, aquel del que se valió para desmitificar el supuesto arrepentimiento de Boccaccio por haber escrito el *Decamerón*.

Por su magnitud y el consiguiente trabajo que implicaba copiar y traducir un centenar de historias, se hicieron muchas versiones de relatos sueltos. Hay indicios de que a lo largo del tiempo hubo una tendencia a copiar únicamente los cuentos, dejando de lado a la *brigata*, es decir a los protagonistas-narradores de las jornadas, despojando a la obra de su hilo conductor. Tal parece que los manuscritos encargados por individuos con mayor presupuesto, tenían la factura más fiel, en cambio, los realizados por mercaderes, se elaboraron de forma descuidada, e inclusive fue sustituido el nombre *Decamerón* por diversas variantes de “Cien novelas”, en alusión directa al contenido, debido a que los copistas no entendían su significado.¹⁹⁴

Sobre los manuscritos del *Decamerón* en otras lenguas, cabe señalar que Laurent de Premierfait, clérigo de la región de Champaña hizo la primera traducción al francés entre 1411 y 1414, bajo el patrocinio del duque de Berry,¹⁹⁵ tomando como base una traslación del

¹⁹⁰ M. Hernández Esteban, “Decamerón o Centonovelle...”, *op. cit.*, p. 276.

¹⁹¹ *Códice Italiano 482*, Biblioteca Nacional de Francia.

¹⁹² *Códice Hamilton 90*, Staatsbibliothek de Berlín.

¹⁹³ M. Hernández Esteban, “Decamerón o Centonovelle...”, *op. cit.*, p. 276.

¹⁹⁴ María Hernández Esteban elaboró un listado representativo de estos manuscritos, ofreciendo detalles sobre los cambios e inconsistencias de cada uno. *Vid. Ibid.*, pp. 276-278.

¹⁹⁵ Patricia M. Gathercole, “The French Translators of Boccaccio”, en *Italica*, vol. 46, no. 3, American Association of Teachers of Italian, otoño de 1969, pp. 300-301.

italiano al latín, elaborada por Antonio d'Arezzo. El códice de Premierfait sirvió a su vez, de modelo para otras copias francesas.¹⁹⁶

El recorrido del *Decamerón* por la península ibérica comenzó en 1429, con la aparición de una versión en catalán, de traductor anónimo intitulada *Decameró de Joan Boccaccio*. Para 1440, la biblioteca del conde de Benavente, Rodrigo Alfonso Pimentel ya contaba con un ejemplar en español de *Unos cuadernos del libro de las Cien Novelas en papel celtimenor*, una copia parcial de la obra, como su nombre lo indica. Hacia 1469 apareció en Sevilla la primera traducción castellana completa bajo el título *Las Ciento Novelas que compuso Juan Boccaccio de Certaldo*.¹⁹⁷

En cuanto a las primeras ediciones conocidas, la más temprana es una italiana de 1470 conocida como *Deo gratias* ya que propiamente no tiene título; le sigue una veneciana salida de las prensas de Christophorus Valdarfer alrededor de 1471.¹⁹⁸

El *Decamerón* se dio a conocer relativamente pronto en Alemania, de donde se conocen dos ediciones; la primera es la del impresor Günther Zainer de 1473, traducida por Arrigo, y la segunda, impresa en 1490, por el editor Anton Sorg; ambos libros aparecieron en Augsburgo.¹⁹⁹

En Francia, la impresión inicial a cargo de Antoine Vérard vio la luz en la ciudad de París en 1485, estaba basada en la traducción al francés realizada por Laurent de Premierfait unos setenta años antes.²⁰⁰

La primera edición castellana apareció en Sevilla en 1496, bajo el encabezado “Aquí comienza el libro de las cient novellas de micer Juan Bocacio de Certaldo poeta eloquente”, esta obra tuvo cuatro reimpressiones consecutivas.²⁰¹

¹⁹⁶ M. Hernández Esteban, “Decamerón o Centonovelle...”, *op. cit.*, p. 280.

¹⁹⁷ Francisco José Alcántara, “Prólogo del traductor”, en G. Boccaccio, *Decamerón*, *op. cit.*, p. 54.

¹⁹⁸ M. Hernández Esteban, “Decamerón o Centonovelle...”, *op. cit.*, p. 281.

¹⁹⁹ *Idem.*

²⁰⁰ P. Gathercole, “The French Translators...”, *op. cit.*, p. 300.

De nombre sumamente parecido, el libro *Las C. Novelas de micer Juan Vocacio Florentino, poeta eloquente, en las cuales se hallará notables ejemplos y muy elegante estilo*, vio la luz en Toledo el año de 1524 y posteriormente fue reeditado regularmente, ya que existen ejemplares de los años 1537, 1539, 1545, y 1550.²⁰²

En comparación con las ediciones evaluadas en los párrafos anteriores, puede decirse que la primera traducción inglesa fue bastante tardía, se realizó hasta 1620 y su estudio presenta ciertas complicaciones debido a que apareció después de la inclusión del *Decamerón* en el *Index Librorum Prohibitorum*. La versión incorporó elementos que fueron expurgados en la edición del italiano Leonardo Salviati de 1582, autorizada por la Iglesia, que supuestamente habría servido de base al traductor inglés, por lo que se sospecha que éste tuvo acceso a algún ejemplar previo a la censura.²⁰³

La inclusión del *Decamerón* en el *Index librorum prohibitorum* ocurrió con la primera emisión de dicho *Index*, es decir, en el año 1558 a instancias del papa Paulo IV, en el marco de la Contrarreforma. A raíz de esto, en 1573 apareció en Florencia la primera edición expurgada y enmendada del *Decamerón*.²⁰⁴

La puntualización de Carlo Ginzburg acerca de la naturaleza de los fragmentos censurados en la obra de Boccaccio, es indicativa de las preocupaciones inquisitoriales, ya que no se retiraron las “obscenidades”, sino aquello que podía propiciar cuestionamientos dogmáticos, como la historia de los tres anillos,²⁰⁵ o sea, el tercer cuento de la primera jornada, en que refería una metáfora sobre las tres religiones principales.²⁰⁶

²⁰¹ M. Hernández Esteban, “Decamerón o Centonovelle...”, *op. cit.*, p. 281.

²⁰² F. J. Alcántara, *op. cit.*, p. 55.

²⁰³ Vid. Herbert G. Wright, “The First English Translation of the ‘Decameron’”, en *The Modern Language Review*, vol. 31, no. 4, Modern Humanities Research Association, octubre de 1936, pp. 500-512.

²⁰⁴ F. J. Alcántara, *op. cit.*, p. 51.

²⁰⁵ Esta fue una de las historias que leyó Menocchio, por lo que Ginzburg dedujo que tuvo acceso a una edición previa a la purga. C. Ginzburg, *op. cit.*, p. 100.

²⁰⁶ G. Boccaccio, *El Decamerón*, *op. cit.*, Jornada I, Cuento 3, pp. 81-83.

Tras ser expurgado el *Decamerón* por la Iglesia, dejó de acudir a él en busca de información relativa a la enfermedad, o a cualquier otro asunto. Ninguna persona podía reconocer públicamente haberlo leído sin el temor a sufrir severas represalias, mucho menos hacer referencia a él en una obra seria.²⁰⁷

No todos los libros de Boccaccio fueron incluidos en el *Index*, él no figuraba en la sección de los escritores cuya obra total estaba prohibida, el *Decamerón* aparecía en la parte relativa a textos específicos de ciertos autores, es decir, no anónimos; por contener intolerables engaños que podrían ser perpetuados de continuar el libro reproduciéndose. Si se revisa con detenimiento este primer *Index*, se puede constatar que, en general, las causas de la inserción de una obra no se explicaban. El caso del *Decamerón* es notable, por la breve justificación que incorporaron los censores.²⁰⁸

Hoy por hoy el *Index* no existe; desapareció en 1966 por orden del papa Paulo VI. Sin embargo vale la pena destacar que en la edición de 1632, el *Decamerón* seguía prohibido en cualquier versión anterior a la corregida en 1573.²⁰⁹ En la última publicación del *Index*, es decir, la de 1944, el *Decamerón* ya no figuraba.

La incorporación del *Decamerón* al *Index* no fue la única muestra de incompreensión e intolerancia hacia la obra, ya que varios ejemplares fueron quemados en las hogueras instigadas por el fraile dominico Girolamo de Savonarola a finales del siglo XV.²¹⁰

²⁰⁷ Nada mejor para ejemplificar este peligro que el caso de Menocchio, quien leyó, entre otros libros prohibidos, una versión no expurgada del *Decamerón* alrededor de 1583, poco más de dos siglos después de su aparición. Y en efecto, pagó las consecuencias. C. Ginzburg, *op. cit.*, p. 62-73.

²⁰⁸ El *Index* a la letra dice: “*Boccatii Decades, seu Nouellæ centum quæ hactenus cum intollerabilibus erroribus i[m]pressæ sunt, & quæ in posterû cum eisdem erroribus imprimétur.*” *Index Librorum Prohibitorum*, 1559, *Bavarian State Library, Index of Prohibited Books from the Roman Office of the Inquisition*, <http://www.aloha.net/~mikesch/ILP-1559.html>.

²⁰⁹ En el *Novus Librorum* se lee: “*Giovani, Boccacio, Novelle, no siendo de las corregidas, é impressas del año de 157[...] a esta parte.*” *Novus Librorum Prohibitorum & Expurgatorum Index. Pro Catholicis Hispaniarum Regnis, Philippi III. Reg. Cath. An. 1632, 1632, Universidad de Sevilla, Fondos digitalizados*, <http://fondosdigitales.us.es/fondos/libros/462/10/nouus-index-librorum-prohibitorum-et-expurgatorum/>

²¹⁰ J. M. de Bujanda, “Los libros italianos en el índice español de 1559”, en *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance*, t. 34, no. 1, Librairie Droz, 1972, p. 93.

2.4 LA RELIGIOSIDAD DE BOCCACCIO A TRAVÉS DEL *DECAMERÓN*

Durante la Edad Media los hombres creían que las calamidades provenían del cielo como castigo por los pecados cometidos,²¹¹ ahora bien, si el desastre era proporcional al enojo divino, una pandemia tal como la de 1348, ¿qué implicaba?

Uno de los datos primordiales que Boccaccio proporcionó, esclarece la concepción que se tenía de las causas de la enfermedad: “la mortífera pestilencia, la cual, por obra de los cuerpos superiores, o por nuestros actos inicuos, que suscitaron la justa ira de Dios, fue enviada para enmienda de los mortales.”²¹²

Estas líneas contienen de manera implícita dos aspectos notables; el primero, una crítica a la humanidad corrupta, que incluye a la Iglesia como componente más; y el segundo, la responsabilidad que Boccaccio asumía dentro del grupo de los pecadores, al emplear el pronombre posesivo “nuestros” en referencia a las faltas causantes del escarmiento divino.

En esta obra se puede advertir cómo la vida de una poderosa ciudad se paralizó, cómo tuvo que transformarse y cómo la gente, por medio de enormes peregrinaciones, intentó detener el fulminante impulso de la epidemia.

A los florentinos, como a cualquier cristiano de la época, les resultaba lo más lógico marchar a lugares santos, puesto que existía la creencia de que Dios había elegido lugares específicos para la realización de milagros.

Evidentemente estas manifestaciones de fe fueron ineficaces para frenar la enfermedad y Boccaccio, plenamente consciente de ello, señaló que “al principio de la primavera de dicho

²¹¹ G. Duby, *Año 1000...*, *op. cit.*, p. 80.

²¹² G. Boccaccio, *El Decamerón*, *op. cit.*, Jornada I, Introducción, pp. 41-42.

año, los dolorosos efectos de la peste comenzaron a manifestarse de horrible manera”,²¹³ y continuó narrando el desarrollo de la epidemia.

Para Boccaccio fue muy impactante el cambio que sufrieron las costumbres funerarias después de la Muerte Negra. Describió con un cierto dejo de nostalgia de qué modo solían llevarse a cabo los velorios antes de la catástrofe, ya que, eventualmente, tuvieron que suspenderse. Antes de que la enfermedad asolara Europa, en Florencia:

Era usanza que las mujeres, parientes y vecinas, se reunieran en la casa del muerto, y que las más allegadas a este lloraran; y que, en la casa de enfrente, se reunieran los deudos más próximos del finado, junto con los vecinos, el grupo de ciudadanos y, de acuerdo con el rango del difunto, también los clérigos. El muerto era llevado luego, a hombros de los suyos, rumbo a la iglesia que éste había elegido, con funeral, pompa de cera y cantos.²¹⁴

Se sabe por el *Decamerón* que con el avance del contagio los cuerpos tuvieron que ser arrojados a fosas comunes sin mayor ceremonia, debido a la gran cantidad de cadáveres y a que los mermados religiosos no se daban abasto. El cambio en las prácticas fúnebres ocurrió por una necesidad de carácter pragmático, no había otra opción; asimismo, una vez que la plaga hubo retrocedido, las representaciones en las tumbas se tornaron un tanto descarnadas, se plasmaba la podredumbre y descomposición de los cuerpos y aparecieron las imágenes de la danza de la muerte.²¹⁵

Boccaccio también señaló algunas reacciones ante la proximidad e inminencia de la muerte. Fue común que los sobrevivientes dieran rienda suelta a sus impulsos, e inclusive habló de monjas que “recluidas en los monasterios, pónense a pensar que les conviene a ellas lo que hacen las demás, y rota ya la obediencia a las leyes, entréganse a los placeres carnales y se tornan lascivas y disolutas.”²¹⁶

²¹³ *Ibid.*, Jornada I, Introducción, p. 42.

²¹⁴ *Ibid.*, Jornada I, Introducción, p. 46.

²¹⁵ T. S. R. Boase, *op. cit.*, p. 307.

²¹⁶ G. Boccaccio, *El Decamerón*, *op. cit.*, Jornada I, Introducción, p. 52.

Una declaración de esta naturaleza tendría serias implicaciones, pero a lo largo del *Decamerón*, Boccaccio diluyó su tono severo, e incluso justificó las necesidades del cuerpo de todo ser humano. Entonces, es acertado decir que, sí hay en su escrito cierta condena moral, pero a la vez hay cierta comprensión, como estas líneas corroboran:

Abundantes son los hombres y mujeres cuya necesidad les hace creer que en cuanto una joven se ha puesto la toca blanca y echado encima la cogulla, deja de ser mujer y de sentir femeniles apetitos, como si el hecho de ser monja la convirtiera en piedra. Y cuando llegan a oír algo contrario a tal creencia, montan en cólera como si se hubiese cometido un perverso crimen contra natura, sin ponerse a pensar que ellas no tienen la libertad de poder hacer lo que quieran, ni vencer las fuertes tentaciones del ocio y la soledad.²¹⁷

Más que un ataque, puede considerarse una crítica al estilo de vida de los religiosos descarriados. Sin embargo, la observación se daría en relación a la doble moral de los eclesiásticos.

Si a Giovanni Boccaccio le preocupaba que su obra pudiera llegar a ser malinterpretada o no, es difícil precisarlo; pues aunque constantemente apeló a la benevolencia de Dios, ésta era una práctica común en la literatura. En el epílogo del *Decamerón* argumentó, tanto el por qué del lenguaje utilizado como el de la temática del libro, expuso que su intención era simplemente distraer, hacer reír u olvidar, para dejar atrás la tragedia de la peste:

Nobilísimas damas, para el solaz de quienes me propuse escribir este libro tan largo: paréceme que vuestros gentiles ruegos y el auxilio de la Divina Providencia, más que mis méritos llevaronme a terminar lo que os prometí. [...] Algunas de vosotras tal vez dirán que me tomé demasiadas licencias al escribir estos cuentos, y que en ellos, a menudo, las mujeres oyen o dicen cosas que no deberían oír ni decir [...] Estos cuentos pueden beneficiar o perjudicar, como todas las cosas de este mundo, y el beneficio o el perjuicio dependerá de la sensatez de los lectores. [...] Ninguna mente corrompida entiende sanamente las palabras y las palabras

²¹⁷ *Ibid.*, Jornada III, Cuento 1, p. 247.

honestas en nada pueden serle provechosas; por el contrario, las palabras deshonestas no pueden contaminar a la mente pura.²¹⁸

El hecho de que Boccaccio haya justificado así su escrito, no tiene que ver con su condición de creyente, sin duda lo era; hay que tener en consideración que en 1360 recibiría las Órdenes Menores.²¹⁹ Por si esto fuera poco, cuidó de precisar la autenticidad del dogma cristiano: “ya se ha dicho bastante, y muy bien, acerca de la veracidad de nuestra fe.”²²⁰ Afirmaciones parecidas a esta pueden hallarse a lo largo de las diez jornadas que componen el *Decamerón*.

Sobre su opinión acerca de la verdadera fe, en un cuento planteó discretamente la posibilidad de que cristianismo, judaísmo e islam fuesen igual de sagrados, no así verdaderos. De algún modo reconocía validez a cada uno de ellos; en dicha historia Saladino preguntaba a un judío que cuál fe era la legítima, el hebreo respondía con la narración de una breve leyenda sobre tres anillos, uno original y los otros dos copias perfectas, estos anillos representaban a las tres creencias, y concluía así: “acerca de las tres religiones que Dios les dio a los tres pueblos; cada uno de ellos recibió esa herencia, su verdadera religión y sus mandamientos, por directo mandato divino.”²²¹

Boccaccio planteó la posibilidad, no obstante, frenó y retrocedió al aseverar que el judaísmo y el islam eran copias perfectas del cristianismo. Luego entonces, los creyentes de otras fes no tendrían la culpa de creer en algo equivocado. Incluso, como ya se señaló, asumió que la epidemia sí podía haber sido ocasionada como castigo divino, pero no culpó a los demás, por el contrario, se incluyó dentro de los pecadores.

Giovanni Boccaccio conocía algunos componentes dogmáticos del islamismo, tal es el caso de la prohibición de consumir bebidas alcohólicas. Al relatar la aventura de una joven

²¹⁸ *Ibid.*, Conclusión del autor, pp. 911-913.

²¹⁹ F. J. Alcántara, *op. cit.*, p. 34.

²²⁰ G. Boccaccio, *El Decamerón*, *op. cit.*, Jornada I, Cuento 3, p. 81.

²²¹ *Ibid.*, Jornada I, Cuento 3, p. 83.

musulmana atrapada en Occidente informó que el hombre que quería seducirla: “había notado que a ella le gustaba el sabor del vino, al que no estaba acostumbrada por prohibírsele su religión.”²²² Estas minucias, en realidad no lo son. Un precepto básico de los musulmanes, no necesariamente era de interés y conocimiento para los cristianos de a pie.

Asimismo, Boccaccio reconoció la caridad sarracena, en el *Decamerón* hay diversos ejemplos de hombres o mujeres que se compadecieron de alguien en desgracia, sin embargo, no todos eran cristianos, en el primer cuento de la quinta jornada, una mujer musulmana se apiadó de una cristiana caída en desgracia, la acogió e incluso le enseñó su idioma.²²³

Boccaccio sabía que los musulmanes también acostumbraban peregrinar a sus propios lugares santos. Consideraba que podían ser piadosos, caritativos, y algunos hasta sabios. Por otro lado, los judíos fueron retratados en el *Decamerón* como hombres piadosos, de mucha riqueza y sabiduría, excepto en lo concerniente a la elección de su fe, por ser ésta la equivocada; en general dedicados a la usura y al comercio. Estas observaciones resultan notables en una época en que se perseguía y relegaba a aquel que fuera diferente.

Como fue señalado anteriormente, los judíos y los musulmanes, al lado de los leprosos, fueron acusados en muchos lugares de ser los causantes de la peste, motivo por el cual fueron masacrados; por supuesto eran explosiones populares de furia incitados por hombres desesperados ante la situación, que al contrario de Boccaccio, no tenían relación o trato alguno con ellos.

Es posible que Boccaccio, con la incorporación de altos personajes hebreos y mahometanos, de manera velada intentara justificar que la creencia inocente en otras religiones, no podía ser la causa de la ira divina. Es decir, ya que no lo hacían con mala intención.

²²² *Ibid.*, Jornada II, Cuento 7, p. 179.

²²³ *Ibid.*, Jornada V, Cuento 2, p. 454.

Ya se ha establecido que los peregrinajes eran muy populares por aquellos días, debido a que la gente quería acercarse a las reliquias que yacían en estos puntos particulares.²²⁴ Al respecto, el punto de vista de Boccaccio es singular, ya que le causaban gracia los devotos de reliquias, que, en muchos casos eran falsas, algo de lo que él era consciente.

El décimo cuento de la sexta jornada, es la historia de fray Cipolla de la orden de San Antonio, que viajaba de pueblo en pueblo presentando unas reliquias para conseguir donativos. El fraile, víctima de una broma, perdió la pluma de cola de loro, que pretendía mostrar a los feligreses, como si fuera del ángel Gabriel. Al haber encontrado en la caja, unos carbones sustituyendo dicha pluma, muy campante inventó una historia para presentarlos en lugar de la supuesta reliquia y “después de que la necia muchedumbre los hubo mirado con reverente admiración, se apresuraron todos a darle a fray Cipolla sus diezmos y limosnas, que fueron más ricos y abundantes que nunca, y le rogaron que les permitiera tocar aquellos carbones.”²²⁵ Cabe mencionar que sobre las plumas de loro Boccaccio especificó que “siendo ahí casi desconocidos los loros, buen pasto eran para la credulidad de aquellos aldeanos antiguos”.²²⁶

Boccaccio era un intelectual hasta cierto punto sarcástico, pero cristiano a fin de cuentas. Si se burlaba de los hombres simples, era por su ingenuidad. Aunque en el cuento revisado en las líneas precedentes, justificó la inocencia de los aldeanos en el desconocimiento, asumiendo que, probablemente si estuvieran familiarizados con los loros, no habrían sido embaucados. Además, calificó a estos hombres de antiguos, por lo tanto, puede inferirse, que una estafa como la narrada no sería tan factible en su entorno.

La circunstancia de haber nacido en el seno de una familia de comerciantes, plenamente imbuida en el ambiente mercantil de la época, le otorgó la oportunidad de conocer

²²⁴ A. Vauchez, *op. cit.*, p. 122.

²²⁵ G. Boccaccio, *El Decamerón, op. cit.*, Jornada VI, Cuento 10, p. 563.

²²⁶ *Ibid.*, Jornada VI, Cuento 10, p. 559.

personas diferentes más allá que la mayor parte de sus contemporáneos. En ese sentido, destaca el papel de sus viajes en su formación. Boccaccio también presenció, sobrevivió y dejó testimonio sobre una de las catástrofes más significativas, por sus repercusiones a largo plazo, de la Baja Edad Media: la Peste Negra.

El autor poseía una mente crítica. Tenía opiniones propias y a veces disentía de la postura oficial. Tal es el caso de su posición acerca de la obligatoriedad del celibato eclesiástico, que como fue señalado, consideraba que iba en contra de la naturaleza humana. No obstante, hay que tener claro que Boccaccio no cuestionaba a la institución, únicamente el proceder de algunos miembros del entramado eclesial.

Es innegable que su mirada peculiar ofrece a los estudiosos de la Historia vetas diversas de información sobre múltiples cuestiones; entre las cuales y por el interés de esta tesis, resaltan las cotidianas, particularmente las relativas a creencias y costumbres, que a plena vista son muy valiosas.

CAPÍTULO 3. APORTACIONES DEL *DECAMERÓN* A LA HISTORIA RELIGIOSA

La importancia del *Decamerón* como fuente histórica en el tema de la Gran Peste ha sido señalada en repetidas ocasiones a lo largo del presente trabajo. Ahora bien, al respecto se han extraído diversas noticias referentes a la manera en que se vivió y transformó la religiosidad durante la epidemia.

Giovanni Boccaccio se encontraba en Florencia cuando la enfermedad arribó, por lo que su testimonio es de primera mano y fundamental para el caso florentino, sin embargo, por otros testigos se sabe que las reacciones entre la población fueron equivalentes en otras ciudades y regiones de cultura similar.

Existen al menos cinco crónicas contemporáneas a la plaga, además de la introducción al *Decamerón*, que corroboran lo dicho por Boccaccio; la de Michele della Piazza,²²⁷ situada en Sicilia; la escrita por Giovanni Villani,²²⁸ florentino que sucumbió ante la enfermedad; la de Jean Venette²²⁹ referente a la región francesa de Nangis; la que Agnolo di Tura²³⁰ escribió sobre Siena; y por último, la obra del médico provenzal Gui de Chauillac.²³¹

En todos estos textos coinciden las descripciones sobre la desesperanza, el abandono sufrido por los enfermos a raíz del temor al contagio de sus familiares y allegados; así como, el relajamiento moral de algunos sobrevivientes y el endurecimiento de otros, como los

²²⁷ La *Historia secula ab anno 1337 ad annum 1361* de Michele della Piazza, puede consultarse en: Alfonso Corradi, *Annali delle epidemie occorse in Italia dalle prime memorie fino al 1850, compilati con varie note e dichiarazioni dal cav. Alfonso Corradi*, Bologna, Gamberini, 1865.

²²⁸ Vid. Giovanni Villani, *Cronica. Con le continuazioni di Matteo e Filippo Villani*, selecc., introd. y notas Giovanni Aquilecchia, Turín, G. Einaudi, 1979, 346 p.

²²⁹ Vid. Jean de Venette, *Chronique dite de Jean de Venette*, París, Librairie générale française, 2011.

²³⁰ Vid. Agnolo di Tura, *Cronaca Senese Attribuita ad Agnolo di Tura del Grasso, Detta la Cronaca Maggiore*.

²³¹ Gui de Chauillac, *La grande chirurgie de M. Gui de Chauillac, Médecin très-fameux de l'Université de Montpellier, composée l'an de grâce 1363. Restituée nouvellement à sa dignité, par M. Laurens Joubert, Médecin ordinaire du Roy, et du Roy de Navarre, premier Docteur régent stipendié, chancelier et Juge de ladite Université. Voyez au prochain feuillet, ce que M. Joubert à fait (outré sa nouvelle traduction) et fourny du sien, en reconnoissant cest' œuvre*, Lyon, Héritiers Simphorien Beraud, 1592.

llamados flagelantes que se tomaron muy a pecho la cuestión de la peste como castigo divino.²³²

3.1 CREENCIAS Y COSTUMBRES POPULARES

A manera de introducción acerca del marco de creencias y costumbres de los florentinos bajomedievales es pertinente enfatizar que el *Decamerón* contiene un amplio repertorio de ideas asociadas al cristianismo del siglo XIV. Muchas de ellas relacionadas directamente con ciertos ritos, tal es el caso de las oraciones, o algunas formas de devoción como las procesiones y las peregrinaciones, estas últimas lo hacían particularmente con la fe en los santos y el culto a las reliquias.

Del mismo modo, gracias a la pluralidad de personajes presentada por Boccaccio, puede identificarse en el relato de San Arrigo²³³ el proceso habitual por el que la gente consideraba santo a alguien, no así, el proceso formal de canonización, que no fue aludido por el autor; igualmente, puede hallarse el retrato de algunos individuos que se aprovechaban de la devoción de los demás. La encarnación del embaucador sin escrúpulos es sin duda Ciappelletto, que ejemplifica a lo largo de este capítulo diversos aspectos que enfadaban al autor del *Decamerón*. Algunas historias son ilustrativas de varios temas, y por tanto se citan repetidamente en este trabajo.

Asimismo, en el *Decamerón* se pueden rastrear las opiniones de Boccaccio, acerca de las creencias, las costumbres y la forma en que éstas se desarrollaban a su alrededor. Si bien en su introducción y epílogo, que son las secciones en que se expresó con voz propia, no hizo mención explícita, a lo largo de las narraciones abundan las referencias, que como ya se ha

²³² E. Mitre Fernández, *Fantasmas...*, *op. cit.*, pp. 99-101.

²³³ G. Boccaccio, *El Decamerón*, *op. cit.*, Jornada II, Cuento 1, pp. 117-122.

indicado, no podían provenir de otro lugar más que del imaginario de Boccaccio, ya que la obra fue su invención.

Un componente fundamentalmente protocolario que tenía presencia en el *Decamerón* es el de la alabanza a Dios. Muchas narraciones iniciaban de manera similar a ésta: “conveniente cosa es, queridas amigas, que todo lo que el hombre se disponga a comenzar lo haga siempre en el admirable y santo nombre de Aquel que es el hacedor de todo.”²³⁴ No se trata únicamente de cumplir un formulismo, de algún modo Boccaccio compensaba los señalamientos negativos que realizaba. A fin de cuentas también era un creyente, y probablemente sentía la necesidad de manifestarlo ante quien leyera su obra.

Cabe señalar que Boccaccio no ponía en tela de juicio el cristianismo, de hecho, en el siguiente ejemplo aseveró el poder del Espíritu Santo a través de un judío, que en la narración había visitado Roma y presenciado la corrupción predominante en la Santa Sede: “vuestra religión aumenta y se vuelve más clara y lúcida cada día, me parece que el mismo Espíritu Santo tiene que ser fundamento de ella, y que es la más verdadera y la más divina porque el mismo Espíritu Santo la apoya y la protege.”²³⁵ Este hombre no halló otra explicación para la supervivencia de la Iglesia católica ante tremenda descomposición, que se expondrá con detenimiento en el apartado dedicado a la alta jerarquía eclesiástica y la Santa Sede. Claramente, la del judío era una afirmación cargada de sarcasmo, pero aun así expresa mucho sobre la percepción popular ante la situación en Roma.

En el horizonte ideológico bajomedieval tenía primordial importancia la intermediación de los santos entre la gente y Dios. La noción de la “comunidad de los santos”, extraída del “Credo de los apóstoles”, sería precisamente la intercesión de éstos, en razón de

²³⁴ *Ibid.*, Jornada I, Cuento 1, p. 61.

²³⁵ *Ibid.*, Jornada I, Cuento 2, pp. 79-80.

su pertenencia a la comunidad de fieles, aunque en otro nivel, quienes gracias a sus buenas acciones podían intervenir ante Dios.²³⁶

En tiempos de Boccaccio la creencia en los santos como mediadores era cosa corriente. El pueblo creía en los milagros y si se corría la voz de que había un santo en la región, la gente se aglomeraba a su alrededor en un santiamén, con la esperanza de que éste aliviara sus males: “Toda la gente de la ciudad acudió a la casa en que yacía su cuerpo y se lo llevaron solemnemente a la iglesia mayor, a la que acudieron cojos, tullidos, ciegos o impedidos a causa de otras enfermedades, seguros de que sanarían con sólo tocar aquel cuerpo bendito.”²³⁷

Además, Boccaccio dejó explícito testimonio sobre su concepción personal acerca del papel de enlace que tenían los santos con la Divinidad. Lo expresó por medio de Pánfilo, uno de sus personajes-narradores, miembro de la *brigata*:

Manifiesta cosa es que todas las cosas del tiempo son transitorias y mortales, y que en sí mismas y fuera de ellas se hallan tan llenas de enojos, de angustia, de fatigas e infinitos peligros, de las cuales nosotros, que vivimos mezclados y formamos parte de ellas, no podríamos escapar sin la especial gracia de Dios. Y no creamos que dicha gracia descende a nosotros por mérito nuestro, sino por la benignidad de Él y por los ruegos de quienes, como nosotros, fueron mortales y, aun habiendo vivido en medio de placeres, como Él son ahora eternos y bienaventurados. Nosotros, acaso poco audaces para presentar nuestro ruego ante tan grande Juez, los invocamos a ellos para que, como abogados concedores de nuestra fragilidad, lo hagan por nosotros.²³⁸

A la par de fijar su postura, notoriamente puede percibirse un ejercicio de identificación con los santos, ya que en vida también fueron seres humanos, ejemplares, eso sí, pero tan humanos como el autor. Boccaccio sí consideraba legítima su veneración, ya que,

²³⁶ Vid. Francis X. Lawlor y Keith Lemna, “Communion of Saints”, en Robert L. Fastiggi (ed.), *New Catholic Encyclopedia Supplement 2010*, Vol. 1. Detroit, Gale, 2010, pp. 353-356.

²³⁷ *Ibid.*, Jornada II, Cuento 1, pp. 117-118.

²³⁸ *Ibid.*, Jornada I, Cuento 1, p. 61.

en efecto intervenían en favor de sus seguidores. En ese sentido, es notable la forma en que contrapuso la crítica hacia quienes abusaban de esta creencia:

Y tanta es la piadosa liberalidad que nos concede [Dios], que no pudiendo en modo alguno la mirada de los mortales penetrar en el secreto de la mente divina, sucede a veces que, ante tamaña majestad, tomamos como intercesor a quien de ella ha sido para siempre expulsado.²³⁹

Eso fue precisamente lo que ocurrió en la narración que iniciaba con las reflexiones de Pánfilo: un “mal hombre en vida, pasa por santo y luego es llamado San Ciappelletto.”²⁴⁰ De acuerdo al razonamiento de Boccaccio, a pesar de la gravedad que tenía semejante acto, éste no afectaba a las víctimas del fraude debido a la magnificencia de Dios y a su capacidad de discernir la sinceridad de los ruegos. Así, Dios pasaría por alto el hecho de que el pretendido mediador no fuera honesto, ya que sería una injusticia de su parte dejar de atender las súplicas realizadas a través de falsos mártires.

Por lo tanto es acertado afirmar que Boccaccio daba crédito a la efectividad de las plegarias. Él tenía conocimiento de ciertos santos, que ayudaban a sus fieles en situaciones específicas, incluso hizo referencia a la deprecación “especialmente útil para los caminantes en los inseguros caminos del amor, en los cuales, a quien no ha rezado la oración de San Julián el Hospitalario, pese a encontrar buena cama, muy a menudo puede ir a dar a una mala posada.”²⁴¹ Este santo debió ser popular entre los comerciantes, a causa de la movilidad inherente a su modo de vida. Boccaccio aprovechó la coyuntura del viaje de un mercader, para informar por medio de éste, de algunos rezos específicos:

[...] cuando voy a viajar, tengo la costumbre de rezar en la mañana, al salir de la posada, un padrenuestro y un avemaría por las almas del padre y de la madre de San Julián, y después le ruego a Dios y San Julián que me den buena posada para la noche siguiente. Y ya muchas veces me he encontrado durante el día en grandes peligros, de los cuales he podido librarme y encontrar buena posada para la noche siguiente. Por eso le tengo tanta fe a San Julián, y no me

²³⁹ *Ibid.*, Jornada I, Cuento 1, p. 62.

²⁴⁰ *Ibid.*, Jornada I, Cuento 1, p. 61.

²⁴¹ *Ibid.*, Jornada II, Cuento 2, p. 123.

siento seguro en mi camino ni confiado en hallar buena posada si en la mañana no digo tales oraciones.²⁴²

La argumentación de este cuento se encaminaba a probar la efectividad de San Julián, quien, a pesar de las peripecias del comerciante, terminó brindándole buena posada y mejor suerte que a los bandidos que intentaron despojarlo en el camino, y que además se habían burlado de su fe en el santo.²⁴³

Ahora bien, en el *Decamerón* se encuentra fijado el culto a santos específicos, como en el caso de San Julián, y del mismo modo, el proceso de consagración popular de algún personaje, como San Arrigo, de quien Boccaccio describió el motivo por el que se le consideraba santo y cómo fue elevado a tal estado por el vulgo:

No hace mucho tiempo, vivía en Treviso un tudesco llamado Arrigo, que, por ser muy pobre, desempeñaba el trabajo de cargador y tenía fama de ser un hombre muy bueno y piadoso. Merecida o no aquella fama, lo cierto es que cuando él murió, según cuentan los pobladores de esa ciudad, a la hora de su muerte comenzaron a repicar todas las campanas de la iglesia mayor de Treviso, sin que nadie las tocara. Todo el mundo creyó que aquello era un milagro, y empezaron a decir que Arrigo había sido un santo²⁴⁴

Otro elemento que puede dilucidarse en esta obra, es la creencia generalizada en la cualidad taumática de los santos, es decir, su facultad curativa. Boccaccio no criticó esta idea, por el contrario, le molestaba que algunos individuos intentaran abusar de los fieles, tanto como la falta de juicio que tenían algunos al considerar santos a hombres impíos, como en el referido caso de Ciappelletto.

Evidentemente el culto a las reliquias y la veneración a los santos estaban fuertemente relacionadas. Boccaccio consideraba exagerada su manifestación: “no hubo nadie que no fuera a besar los pies del cadáver. Y tanta fue la devoción de los allí presentes, que hicieron

²⁴² *Ibid.*, Jornada II, Cuento 2, p. 124.

²⁴³ Para leer una versión novelada de la historia de San Julián *vid.* Gustave Flaubert, *La leyenda de San Julián el Hospitalario*.

²⁴⁴ G. Boccaccio, *El Decamerón*, *op. cit.*, Jornada II, Cuento 1, p. 117.

trizas las ropas que lo cubrían, y dióse por bienaventurado quien pudo llevarse un jirón de las mismas.”²⁴⁵ En estas líneas, Boccaccio se refería al cuerpo de Ciappelletto que, como se ha indicado, nada tenía de santo, simplemente había engañado al cura que lo confesó en su lecho de muerte. Este fragmento es la exteriorización de la molestia que le generaba la facilidad con que se encumbraban hombres, sin que alguien se cerciorara de su presunta santidad.

Boccaccio no sólo retrató a los laicos abusivos, como Ciappelletto, también presentó el caso de frailes conscientes de la falsedad de alguna reliquia que llevaban ante los feligreses, para obtener mayores limosnas: “los ingenuos parroquianos reunidos en la iglesia volvieron a sus casas después de la misa, felices de haber oído que esa misma tarde verían una pluma del ángel Gabriel.”²⁴⁶ Esta pluma era en realidad de loro egipcio, y el fraile lo sabía. Boccaccio creía que si los pobladores de pequeños pueblos y aldeas conocieran más sobre aves exóticas, no serían víctimas de estos defraudadores tan fácilmente, en otras palabras, justificaba su inocencia con su ignorancia.

Se ha dicho ya que Boccaccio creía que Dios no podía ignorar a los ingenuos que volcaran sus esperanzas en la mediación de un falso santo, esto se vincula directamente con una noción que aparece frecuentemente lo largo del *Decamerón*: la Justicia Divina.

A diferencia del Dios del Antiguo Testamento, que era más severo, la imagen del Dios paternalista y protector de los inocentes del Nuevo Testamento se había consolidado. Por lo tanto, es acertado afirmar que Boccaccio creía que el Señor, en su omnipotencia, cuidaba y evitaba que le ocurrieran injusticias a inocentes.

De este modo, ofreció el ejemplo de un buen hombre, perteneciente a la nobleza, que se vio envuelto en una serie de intrigas que lo obligaron a alejarse de la corte en la que residía, colocando a sus hijos en hogares respetables, pero en calidad de recogidos. Pasaron los años, y sus hijos crecieron, pero al margen de sus virtudes, se les consideraba de baja condición; por

²⁴⁵ *Ibid.*, Jornada I, Cuento 1, p. 74.

²⁴⁶ *Ibid.*, Jornada VI, Cuento 10, p. 559.

ello, aquellos que se habían encargado de su cuidado buscaron encaminarlos hacia el futuro de la mejor manera posible, siempre con la limitante de su categoría.

En el caso de la hija, su situación le impedía tener un buen matrimonio, “pero Dios, que justiprecia los merecimientos de todos, sabiendo que ella era una mujer noble y que padecía sin culpa un pecado ajeno, [...] dispuso lo contrario, para que la gentil joven no fuera a convertirse en mujer de un hombre de baja condición.”²⁴⁷

En cuanto al vástago del mismo señor, Boccaccio relató que siendo igual de noble e inocente que su hermana, había sido acogido por un mariscal y su familia, compuesta por su esposa, hijo e hija:

Y así como Dios no había olvidado a su hermana, mostró que tampoco se había olvidado de él, pues hizo que saliera indemne de una terrible peste que dejó sin vida a la mitad de los habitantes de esa región, [...] A causa de tal peste murieron el mariscal, su mujer y su hijo[...] Al ceder un poco la peste, aquella joven [la hija del mariscal], sabedora del mérito y la valía de Perotto, lo tomó por esposo, siguiendo de buen grado el consejo de los pocos allegados que aún vivían, y lo hizo señor de todo cuanto a ella le correspondía por herencia.²⁴⁸

Resulta doblemente informativo este pasaje, en primer lugar por la mención acerca del amparo de Dios a los justos, sin distinción de sexos, ya que protegió tanto al muchacho como a la joven. En segunda instancia, el patrón de la enfermedad, que si bien no se trata de la misma que sobrevivió Boccaccio, implícitamente dice mucho acerca de su propia experiencia, es decir, si Perotto no sucumbió por designio divino, fue por la misma razón que Boccaccio se mantuvo con vida.

Dentro del marco referencial medieval destaca también la visión que se tenía del ser humano como creación de Dios. No obstante, en el argumento de un cuento enfocado a hacer mofa de una familia florentina de rasgos toscos y desagradables, Boccaccio, de nueva cuenta a través de uno de los jóvenes protagonistas, en esta ocasión de Fiammetta, expuso que Dios

²⁴⁷ *Ibid.*, Jornada II, Cuento 8, p. 204.

²⁴⁸ *Ibid.*, Jornada II, Cuento 8, p. 209.

creó a ese linaje antes que a otros, a manera de ensayo y antes de perfeccionar su técnica.²⁴⁹ Ciertamente no era más que un chiste, pero implicaba, de manera involuntaria, la falibilidad humana.

Otra idea de la época a la que Boccaccio otorgaba validez era la de los sueños proféticos. Al respecto, en la introducción a una historia sobre las consecuencias de no hacer caso a éstos, Pampinea, la narradora inició así:

Ya hemos hablado, gentiles damas, de las verdades que contienen los sueños y de las burlas que muchos hacen de éstos; sin embargo, quiero contaros un cuento muy breve acerca de lo que le sucedió hace no mucho tiempo a una vecina mía, por no haber dado crédito a un sueño que tuvo su marido en el que aparecía ella.²⁵⁰

El cuento era una advertencia a poner atención al mundo onírico. En este caso si bien, el ataque de los lobos del que fue víctima la mujer, no causó su muerte, sí la dejó desfigurada; y todo por no hacer caso del sueño que su esposo había tenido.

En esa misma línea de ideas, hay que señalar las dos vertientes presentes en el *Decamerón*, la ya mencionada de los sueños proféticos, y también, la de los sueños como herramientas de comunicación de las almas desde la otra vida.

Como ejemplo de la segunda modalidad, está el cuento de un joven muerto a manos de los hermanos de su amada, después de varios días sin saber de él, ella se encontraba desconsolada, hasta que una noche “luego de haber llorado mucho a su Lorenzo, que no regresaba, se quedó dormida junto a la ventana, y en sueños se le apareció Lorenzo, pálido, maltrecho, con las ropas destrozadas y sucias.”²⁵¹

Esta representación es fundamental, puesto que el espíritu se manifestó en las condiciones en que estaban sus restos, en ese sentido, la escena es pavorosa, lo que da a la narración cierto toque de realismo. El joven quería informarle a la muchacha del crimen

²⁴⁹ *Ibid.*, Jornada VI, Cuento 6, pp. 544-546.

²⁵⁰ *Ibid.*, Jornada IX, Cuento 7, p. 787.

²⁵¹ *Ibid.*, Jornada IV, Cuento 5, p. 393.

cometido en su contra y de la ubicación de su cuerpo. Gracias a esta aparición, la mujer halló los restos de su amado. Pero más allá de la anécdota, el cuento denota la posibilidad de comunicación entre el plano de los muertos y el de los vivos.

Hay que aclarar que Boccaccio no creía que todos los sueños eran proféticos o avisos desde el más allá.

Antes de dar paso a otro tema, vale la pena resaltar el disgusto que le generaba a Boccaccio que la ignorancia popular provocara el achaque de cosas al diablo, cuando no podía encontrarse una mejor explicación para ellas. Una muestra de este enfado se encuentra en el relato sobre un cuerpo que desapareció de una tumba, durante la narración hay una explicación de lo sucedido, por tanto el lector lo sabe:

A la mañana siguiente, como algunas personas vieran abierta la tumba de Scannadio y no hallaran dentro el cadáver de éste, porque Alessandro lo había hecho rodar hasta el fondo, dio motivo a que mucho se hablara de ello, y no faltaron los necios que dijeran que se lo había llevado el diablo.²⁵²

Y aun peor que esta situación, en que la espontaneidad y la ignorancia hacían culpable al demonio de cosas inexplicables, era que al atribuírselas alguien con toda la mala intención, se aceptara por la gente como verdadera excusa, como de hecho ocurrió en una historia, donde una mujer al verse burlada, terminó encerrada en el techo de una torre, desnuda, quemada por el sol y picada por los moscos, así que para justificarse y no ser criticada, simplemente y “ya que era una mentirosa redomada, inventando una fábula que nada tenía que ver con lo que le había sucedido a ella y a a su criada, hizo creer a sus hermanos, a sus hermanas y a todo el mundo, que todo aquello eran cosas del diablo.”²⁵³

En definitiva Boccaccio compartía muchas creencias con sus contemporáneos, pero gracias a su capacidad crítica no era víctima de los miembros defraudadores de la sociedad,

²⁵² *Ibid.*, Jornada IX, Cuento 1, p. 758.

²⁵³ *Ibid.*, Jornada VIII, Cuento 7, p. 710.

además, esta característica le permitía percatarse de cómo la ingenuidad de otros les hacía caer en estos engaños.

3.2 LOS PECADOS Y SU RELACIÓN CON EL MÁS ALLÁ

El establecimiento del Purgatorio en el imaginario cristiano fue más bien tardío, como ya se ha mencionado. Resulta de suma importancia recordar que surgió como “tercer lugar” durante el siglo XI, ofreciendo la posibilidad de redimir los pecados en un lugar intermedio entre el Reino de los Cielos y el Infierno. La ayuda de los vivos a la salvación de las almas de los muertos era fundamental en este esquema.

La idea del más allá que Boccaccio retrató en el *Decamerón* es muy similar a la que Dante transmitió con la *Comedia*. Ambos autores relacionaban el purgatorio con un fuego purificador, a diferencia del fuego eterno del infierno. En un relato del *Decamerón* se describe cómo se imaginaban el purgatorio, a sus habitantes y su vinculación con el mundo de los vivos.

Siguiendo esta línea de ideas, hay que hacer una aclaración; aunque es cierto que la representación de Dante del infierno y del purgatorio se había fijado en el imaginario popular, existen diferencias entre el dogma cristiano y la *Divina Comedia*. Por lo tanto, es necesario explicar que los pecados mortales y los veniales se distinguen entre sí, en que los mortales debido a su gravedad ofenden invariablemente a Dios, aproximando al pecador al diablo, y aunque pueden ser perdonados, sólo lo son por medio de “la caridad perfecta con el deseo del sacramento, [...] o por el sacramento de la penitencia”.²⁵⁴ En cambio, los pecados veniales pueden perdonarse de muchas maneras, ya que se dan naturalmente, y nadie está exento de cometerlos.

²⁵⁴ E. Denzinger, *op. cit.*, p. [63].

Teóricamente, el purgatorio surgió como el espacio para pagar las penas ocasionadas por los pecados veniales. Sin embargo, Dante omitió en la *Comedia* toda alusión a dichas faltas en el purgatorio, y en su lugar colocó niveles de expiación para los pecados capitales, a pesar de haberlos situado también en el infierno.²⁵⁵ Según Dante, tanto en el infierno como en el purgatorio se expiaban los pecados mortales.

Una vez aclarado el punto, se puede entrar en materia. En el cuarto cuento de la tercera jornada, se narra la historia de un hermano terciario que fue engañado por un monje, quien le hizo creer que siguiendo una penitencia inventada por él, sus pecados mortales no serían escritos para su condena eterna, “sino que podrán ser borrados con agua bendita, como sucede con los pecados veniales.”²⁵⁶ En estas líneas queda claro que Boccaccio creía que los pecados veniales eran tan ligeros que podían anularse con facilidad.

Por otro lado, Boccaccio se ocupó de integrar información en el *Decamerón* sobre algunos pecados capitales y su correlación con el infierno. Esta clase de pecados se categoriza así porque se considera que son el punto de partida para la comisión de más pecados, en otras palabras, favorecen la propensión del individuo a caer en todo tipo de tentaciones. Entre ellos destacan por su aparición en la obra: la lujuria, la avaricia y la gula.

Sobre la lujuria, en una narración un fraile le dijo a una mujer casada que debía dejar a su amante, ya que: “[...] si persistía en mantener tal relación, iría a parar a la misma boca del diablo en lo más profundo del infierno y sus llamas tormentosas.”²⁵⁷ Dichas llamas equivalían al fuego eterno, mencionado en párrafos previos, en otras palabras, eran sufrimiento perpetuo. La diferencia con las flamas purificadoras del purgatorio radicaba precisamente en su duración, ya que estas últimas no eran infinitas.

²⁵⁵ Vid. J. Le Goff, *El nacimiento del purgatorio*, op. cit., pp. 384-410.

²⁵⁶ G. Boccaccio, *El Decamerón*, op. cit., Jornada III, Cuento 4, p. 273.

²⁵⁷ *Ibid.*, Jornada III, Cuento 7, p. 298.

En cuanto al pecado de la avaricia aparecen varios casos en el *Decamerón*. Destaca un cuento que muestra dos tipos de religiosos ambiciosos, el primero un alto jerarca que se hizo enterrar ataviado con sus joyas, el otro el de un clérigo dispuesto a saquear su tumba.²⁵⁸ Dos perfiles de un mismo pecado. Uno poseía riquezas que prefirió llevarse consigo al morir, el otro no tenía mucho pero lo anhelaba y estaba dispuesto a hacer lo necesario.

Acerca de la gula, es decir, el tercer pecado capital al que Boccaccio hizo referencia, su opinión es clarísima. Además, en este fragmento el autor puntualizó que la gente se daba cuenta de esto:

No les avergüenza aparecer gordos y mofletudos, mórbidos en sus exquisitas vestimentas y en todo lo concerniente a su comportamiento, no cual modestos palomos, sino como altivos gallos con la cresta erguida. [...] Y lo peor de todo es que no sienten vergüenza alguna de andar siempre gotosos, como si nadie supiera que la gota no ataca a quienes ayunan, a quienes no abusan del vino y viven castamente y sin exceso alguno, cual conviene a todo fraile.²⁵⁹

Evidentemente el suicidio no podía pertenecer a la categoría de pecado capital, sin embargo, sí era conceptualizado como una falta sumamente grave, sobre la cual hay una alusión en el cuento del muchacho asesinado por los hermanos de su amada; ésta, después de enterarse de su destino, consideró quitarse la vida; sin saber que era escuchada expresó el pensamiento en voz alta, por lo que su criada la previno:

Hijita mía, por nada del mundo se te ocurra decir que te quieres matar, porque al perderlo en este mundo, matándote lo perderías para siempre en el otro, pues irías al infierno, a donde segura estoy de que su alma no ha ido, porque fue un buen joven. Mucho mejor es que te resignes y ayudes a su alma con buenas obras y oraciones, en caso de que las necesite por algún pecado cometido.²⁶⁰

Es válido entonces concluir, que Boccaccio concebía el suicidio como un pecado mayor. También queda exhibida la idea de que la intercesión de los vivos podía mejorar la

²⁵⁸ *Ibid.*, Jornada II, Cuento 5, pp. 146-159.

²⁵⁹ G. Boccaccio, *El Decamerón, op. cit.*, Jornada VII, Cuento 3, p. 586.

²⁶⁰ *Ibid.*, Jornada IV, Cuento 6, p. 400.

situación de los suyos después de la muerte, por supuesto, tratándose de pecados menores. Para las almas de los suicidas no había penitencia que modificara en algo su castigo.

En ese sentido, Boccaccio esbozó una diferencia entre los pecados naturales y los cometidos con maldad, de este modo justificó, los primeros, puesto que no podían evitarse. De acuerdo a su clasificación, entre los naturales se encontrarían las culpas de los incautos que cedieron a los impulsos del amor, y en cambio, los cometidos con maldad serían el robo, el asesinato y el destierro.²⁶¹

Un factor que disminuía las sanciones escatológicas era -y es- el remordimiento por los males perpetrados. Al respecto hay una historia, en la que una reina francesa que provocó muchos males sobre un buen hombre, por haber rechazado sus insinuaciones amorosas, cayó enferma y:

[...] al ver ella misma que su muerte se acercaba, arrepentida de todos sus pecados, se confesó con el arzobispo de Ruan, a quien todos consideraban un hombre bueno y gran santo, y , entre otros muchos pecados, le confesó lo que realmente había sucedido en el caso del conde de Angers. Y no se contentó con decírselo solamente al arzobispo, sino que repitió dicha confesión delante de muchos hombres de valía, a quienes suplicó que pidieran al rey que restituyera al conde a su antiguo estado, si aún vivía, o a los hijos de éste. Poco después dejó esta vida y fue honrosamente sepultada.²⁶²

En el caso de la reina el arrepentimiento era genuino, no como el de Ciappelletto, santificado a pesar de su bajeza. Se trata de un ejemplo muy ilustrativo del temor a morir con grandes cargas de conciencia.

Sobre la imagen del purgatorio, Boccaccio describió cómo se le concebía en el octavo cuento de la tercera jornada,²⁶³ mediante la narración del engaño de un religioso a un hombre simple. Lo hizo a grandes rasgos, por supuesto, no con lujo de detalle como lo hiciera Dante. Este hombre fue encerrado por un abad con fama de santo en una celda de castigo, y con

²⁶¹ *Ibid.*, Jornada III, Cuento 7, p. 301.

²⁶² *Ibid.*, Jornada II, Cuento 8, p. 212.

²⁶³ *Ibid.*, Jornada III, Cuento 8, pp. 311-322.

ayuda de un amigo proveniente de otras tierras, y por ende desconocido para el embaucado, castigó a azotes al hombre durante algunos meses. El propósito era quitarle lo celoso con una mezcla de castigo físico y con los sermones del monje que lo acompañaba. Tras el ardid, el abad “regresó al hombre a la vida”. El énfasis puesto en que la víctima del engaño era un hombre de pocas luces, desempeña un papel importante, es decir, no cualquiera hubiera creído que había ido al purgatorio, y además retornado. Y para colmo de males, después de semejante burla, aumentó la fama del abad por haber regresado a alguien a la vida.

Un último asunto que vale la pena señalar es que del siglo XIII data el énfasis contable de las penas, es decir, “se medirá proporcionalmente el tiempo pasado en pecado en la tierra y el pasado en los tormentos del purgatorio, el tiempo de los sufragios ofrecidos por los difuntos en el proceso de purgación, y el tiempo de la aceleración de la liberación del purgatorio”.²⁶⁴ En otras palabras, la expiación y reparación estaban regidas por un orden de justicia, en otras palabras, de acuerdo a la gravedad del pecado, era la penitencia.

3.2.1 ALMAS PENITENTES

En el *Decamerón* surge recurrentemente la figura de almas en pena a consecuencia de sus pecados. Las apariciones se interpretaban como la reafirmación de la existencia posterior a la muerte, ya que sus protagonistas volvían con la intención de prevenir a los vivos lo que les esperaba en el más allá;²⁶⁵ también existía la creencia de espíritus atados a este plano. En el siguiente pasaje un fantasma informó a un muchacho de su situación:

Desesperado, me maté con esta espada que en mi mano miras; desde entonces condenado estoy a las penas eternas. Poco tiempo después, esta hembra, que mucho se había alegrado con mi muerte, murió también por el pecado de su crueldad y la alegría que le daban mis tormentos; y en vista de que ningún arrepentimiento tuvo de tal pecado creyendo que éste era

²⁶⁴ J. Le Goff, *El nacimiento del purgatorio*, op. cit., p. 262.

²⁶⁵ *El Decamerón*, op. cit., Jornada VII, Cuento 10, pp. 638-641.

más bien mérito, fue y está igualmente condenada a las penas del infierno. Y en cuanto hubo bajado al infierno, se nos impuso como castigo, a ella huir delante de mí, y a mí, que tanto la amaba en otro tiempo, ir detrás de ella, no como amante, sino como enemigo mortal. Y todas las veces que la alcanzo, otras tantas la mato con la espada con que yo me di la muerte; le abro el costado y le arranco el corazón duro y frío, en el cual nunca pudieron entrar ni el amor ni la piedad; y junto con las otras entrañas, como ahora mismo podrás verlo, se lo doy como pasto a los mastines.²⁶⁶

El sufrimiento de ambos espíritus se repetiría a perpetuidad. El castigo, tal cual como fue descrito por el espectro, se reiteraba cada semana, pero además, les ocurrían penurias adicionales en cada lugar en el que ella hizo o pensó maldades hacia el joven. El infierno no era suficiente para expiar el daño hecho por los jóvenes. En este pasaje además, reaparece la información sobre lo imperdonable del suicidio.

De acuerdo a Boccaccio, también había almas que regresaban momentáneamente, por el deseo de transmitir algo a sus seres queridos. De manera similar a la aparición en sueños que ha sido señalada, pero materializándose durante la vigilia.

De este modo lo expresó el autor, en un relato sobre dos amigos que tenían un trato, consistente en que el primero que muriera debía volver a contarle al otro cómo era el más allá: “Al tercer día de haber muerto (tal vez por no haberle sido posible hacerlo antes), se apareció en el cuarto de Meuccio, que dormía profundamente.”²⁶⁷ Según la historia, el fantasma le informó a su amigo los detalles que sabía sobre penas y pecados, y antes de despedirse, acordaron de que el vivo mandaría “decir misas y rosarios y dar limosnas para el sufragio de las almas, porque estas cosas ayudan mucho en el más allá.”²⁶⁸

De nueva cuenta se apuntó en el *Decamerón*, la importancia de la oración y de la contribución pecuniaria de los fieles para salvar las almas de los fallecidos y disminuir sus penas.

²⁶⁶ *Ibid.*, Jornada V, Cuento 8, p. 498.

²⁶⁷ *Ibid.*, Jornada VII, Cuento 10, p. 640.

²⁶⁸ *Idem.*

3.3 ACTIVIDADES DEVOCIONALES

Claramente la religiosidad era una cuestión cotidiana. Aunque algunos días tenían mayor relevancia que los demás en cuestiones litúrgicas. En ese sentido, los viernes y los sábados, por ejemplo, debían dedicarse a asuntos piadosos. Inclusive los protagonistas de la huída a la campaña suspendieron sus sesiones narrativas los fines de semana:

Mañana será viernes y pasado mañana sábado, días que resultan tediosos para algunos a causa de los ayunos. El viernes es día de guardar porque en dicho día murió por nosotros nuestro Salvador, por lo cual estimo conveniente que no lo dediquemos a los cuentos sino a la oración; el sábado es el día en que las mujeres acostumbran lavarse la cabeza y quitarse de encima el polvo y toda la mugre acumulada en la semana; en dicho día también acostumbran reverenciar a la Virgen Madre de Dios, ayunar, y dejar toda clase de trabajos para honrar el domingo venidero.²⁶⁹

Asimismo se sabe que los domingos había misas y en definitiva se trataba de un día de relajación: “Porque hasta el mismo Dios descansó de todas sus fatigas el séptimo día, como lo quieren las leyes sagradas y las civiles, las cuales considerando la honra debida a Dios y el bien común, distinguen muy bien entre los días de trabajo y los días de descanso.”²⁷⁰

La mención de los domingos destinados a reposar de las actividades diarias aparece tanto en los cuentos como en la narración estructural sobre los miembros de la *brigata*. Éstos descansaban los domingos, como se aprecia en la cita de las líneas anteriores, No obstante, al buscar la mención al otro domingo que pasaron en el campo, salió a relucir un asunto curioso, y es que los jóvenes acudieron a misa el segundo domingo (jornada VIII) de su estancia campestre, sin embargo, el primero (jornada III) o no asistieron o Boccaccio se olvidó de escribirlo; aun cuando la introducción correspondiente es una de las más largas del

²⁶⁹ *Ibid.*, Jornada II, Conclusión, pp. 237-238.

²⁷⁰ *Ibid.*, Jornada VII, Cuento 5, pp. 596-597.

libro, ya que en ella se describió con detenimiento una villa vecina, a la que los protagonistas decidieron viajar para pasar ese día, a no más de dos mil pasos de distancia de su refugio.²⁷¹

Sobre el día que sí acudieron a misa, es decir el segundo domingo Boccaccio especificó: “cerca de la hora de tercia hallaron una iglesita cercana y en ella asistieron al divino oficio”²⁷² es decir, alrededor de las 9 de la mañana aproximadamente.²⁷³

Paralelamente a la rutina cotidiana había otros elementos fundamentales de culto, como las procesiones y peregrinaciones, que no podían realizarse con la misma habitualidad debido a su magnitud.

En párrafos previos se ha destacado la importancia que los florentinos concedían a las procesiones y cómo recurrieron a ellas en un desesperado intento de detener el empuje de la peste. Las marchas a Tierra Santa eran comunes por diversas causas. En el noveno cuento de la novena jornada, Boccaccio presentó la historia de dos hombres que se dirigían a Jerusalén en busca de consejo.²⁷⁴ Al volver ambos eran más sabios. La transformación de estos personajes insinúa la posibilidad de hallar iluminación en este tipo de periplos.

Por otro lado, la práctica de la confesión era muy valorada por la Iglesia, sobre todo tratándose de la de un moribundo, puesto que el arrepentimiento ofrecía una posibilidad de perdón para no terminar en el infierno. No obstante, Boccaccio retrató a un hombre que le restó total importancia a esta usanza. Así se retrata en la historia de Ciappelletto, quien como última prueba de su maldad, engañó al fraile que lo confesaba en su lecho de muerte, contándole tantas mentiras que, como se recordará, fue declarado santo.²⁷⁵

²⁷¹ *Ibid.*, Jornada III, Introducción, pp. 243-245.

²⁷² Para esta referencia utilicé la edición de editorial Vergara, puesto que en la de la UNAM, por lo que presumo fue un error tipográfico, no aparece la referencia a la hora tercia. G. Boccaccio, *Decamerón*, *op. cit.* Jornada VIII, Introducción, p. 757.

²⁷³ *Vid.* Umberto Eco, *El nombre de la rosa*, México, Editorial Lumen-Representaciones Editoriales S.A., 1985, p. 15.

²⁷⁴ G. Boccaccio, *El Decamerón*, *op. cit.*, Jornada IX, Cuento 9, pp. 795-800.

²⁷⁵ *Ibid.*, Jornada I, Cuento 1, pp. 61-75.

Cabría la aclaración de que no fue Boccaccio quien sustrajo el valor a este deber, sino, más bien aquellos hombres y mujeres, que como Ciappelletto, mentían a los frailes en sus confidencias.

En otro cuento, Boccaccio relató la historia de una joven que contaba mentiras a su confesor, para usarlo como su mensajero de amor, sin que él se percatara de lo que ocurría.²⁷⁶ La mera descripción del contenido de la historia lo dice todo: “Bajo secreto de confesión y simulando purísima conciencia, una mujer enamorada de un joven induce a un célebre religioso, sin que éste se dé cuenta, a procurarle el medio de satisfacer sus deseos.”²⁷⁷ Este clérigo destaca por su ingenuidad, de los que en general presentaba Boccaccio, pero el punto principal es señalar el poco valor que algunos individuos daban al acto de la confesión. Además, hay que reiterar la presencia en el *Decamerón* de las versiones masculina y femenina de este tipo de farsante.

Sobre la confesión, el *Decamerón* informa otras características, por ejemplo, que se acostumbraba realizar en ciertas fechas solemnes, como la Navidad, así, el autor relata que una mujer que vivía prácticamente recluida en su hogar, debió pedir permiso especial a su marido para poder “confesarse y comulgar como todos los cristianos.”²⁷⁸ En este orden de ideas, vale la pena recordar que en 1215, el cuarto Concilio de Letrán determinó la obligatoriedad de la confesión auricular, es decir de boca a oreja, por lo menos una vez al año para todos los cristianos en edad adulta.²⁷⁹

²⁷⁶ *Ibid.*, Jornada III, Cuento 3, pp. 261-270.

²⁷⁷ *Ibid.*, Jornada III, Cuento 3, p. 261.

²⁷⁸ *Ibid.*, Jornada VII, Cuento 5, p. 598.

²⁷⁹ J. Le Goff, *El nacimiento del purgatorio*, op. cit., p. 248.

3.4 LOS RELIGIOSOS

El *Decamerón*, como texto edificante, presenta dos figuras clericales: la correspondiente a un ideal a seguir y la que debería ser erradicada, ambas de acuerdo al criterio de Boccaccio.²⁸⁰ Ciertamente, Boccaccio no formuló estas categorías de manera explícita, pero podemos inferir a quién admiraba y a quién despreciaba por la forma en que hizo referencia a determinadas conductas, loables o reprochables según el tono de la narración. Ya que es posible rastrear juicios de valor en el *Decamerón*, la cuestión consiste meramente en dilucidar las características propias de cada tipo de eclesiástico.

Dentro de su obra aludió en varias ocasiones a que era de conocimiento popular “la viciosa y sucia vida de los clérigos.”²⁸¹ Afirmaciones de esa clase, como se ha señalado, eran recurrentes, se trataba de una cuestión de dominio público, por lo que se comprende parcialmente el porqué de la popularidad del *Decamerón* y no su inmediata satanización.

En contraposición a los religiosos descarriados, Boccaccio presentó la figura del eclesiástico perfecto, que en su opinión sería aquel capaz de despojarse de su riqueza y comodidades, tal como hiciera San Francisco: curiosamente presentó este ideal de alejamiento de lo material, hablando de un hombre que después de enviudar decidió abandonar el mundo junto con su hijo, es decir no se trataba de un religioso, sino de un laico:

[...] pero al servicio de Dios. Por lo cual, después de regalar todos sus bienes a los menesterosos, subió sin demora al Monte Senario, donde comenzó a vivir con su hijo en una cueva; y allí, viviendo de limosnas, ayunos y oraciones, evitaba hablarle a su hijo de las cosas mundanas, a fin de que éstas no pudieran alejarlo de tal servicio. Sólo le hablaba de la gracia de Dios, de los santos y de la vida eterna, sin enseñarle otra cosa que las oraciones. Y en esta clase de vida muchos años lo mantuvo, sin dejarlo salir de la cueva y evitando que viera a nadie más.²⁸²

²⁸⁰ Esta clase de oposición entre miembros del clero virtuosos y pecadores puede apreciarse también en *El libro de buen amor*. Juan Ruiz, *op. cit.*

²⁸¹ G. Boccaccio, *El Decamerón*, *op. cit.*, Jornada I, Cuento 7, p. 95.

²⁸² *Ibid.*, Jornada IV, Introducción, p. 349.

En realidad el propósito de Boccaccio con esta anécdota era doble; la de demostrar que, aun alguien educado sin “malas influencias” sufría la misma vulnerabilidad con influencias de esta especie. No hay que pensar sólo en las cuestiones materiales, sino también, y quizá principalmente, en las tentaciones de la carne, que como ha sido señalado reiteradamente, el autor consideraba inherentes al hombre y la mujer.²⁸³

Y en segundo lugar, lo que interesa más del fragmento para los fines de este trabajo es la visión idealizada, expuesta por Boccaccio, sobre el abandono del mundo y lo que se consideraba una formación pura.

Asimismo, en otra narración dilucidó el ideal piadoso femenino, que como puede apreciarse, se parece bastante al masculino:

[...] una vieja, una especie de Santa Verdiana, la que alimentaba serpientes en su casa. Dicha vieja, siempre con el rosario en la mano, andaba en pos de indulgencias y nunca hablaba de otra [cosa] que de la vida de los santos y de las llagas de San Francisco, y era considerada por casi todos como santa.²⁸⁴

Como en otras ocasiones, Boccaccio no discriminó por género, gracias a lo cual ha sido posible percibir sus nociones sobre actividades y actitudes en ambos sexos. A fin de cuentas, la mujer de la historia no era tan santa como aparentaba, empero, lo que importa es cómo su imagen pública convencía a los que la circundaban.

El concepto del abandono de lo temporal era más acusado en los eremitas, que radicalmente se apartaban de todo; de acuerdo con Boccaccio, los que más sirven a Dios son “los que más se alejaban de las cosas del mundo, como lo hacían los que vivían retirados en los soledosos desiertos de la Tebaida.”²⁸⁵

²⁸³ Uno de los aspectos que designa el concepto “pecado original” es precisamente esta debilidad humana. Vid. I. Hunt, C. J. Peter y K. McMahon, "Original Sin", en *New Catholic Encyclopedia*, Vol. 10, Detroit, Gale, 2003, pp. 664-672.

²⁸⁴ *Ibid.*, Jornada V, Cuento 10, p. 511.

²⁸⁵ *Ibid.*, Jornada III, Cuento 10, p. 335.

De vuelta al tema de la idealización del eclesiástico perfecto, en el *Decamerón* se pueden hallar casos de religiosos que de verdad eran virtuosos, ciertamente eran la minoría y por ello eran excepcionales. Elisa los describió de la siguiente manera:

Los clérigos son mucho más avaros que las mujeres y enemigos mortales de la generosidad. [...] sabemos bien que los clérigos, pese a predicar la paciencia y recomendar el perdón de las ofensas, se arrojan a la venganza con más rencor que los demás hombres. La historia que voy a contaros trata de un magnífico clérigo.²⁸⁶

Aunque Boccaccio reconocía a los buenos religiosos, la imagen predominante en su obra es la de los miembros descarriados del entramado clerical.

3.4.1 ALTA JERARQUÍA ECLESIASTICA

El *Decamerón* informa de la intervención que ciertos papas tenían en política. El caso específico es el del papa Bonifacio VII²⁸⁷ y su mediación entre güelfos negros y blancos. Seguramente el autor estaba al tanto de su actividad política por lo reciente de su pontificado.

Boccaccio también mencionó al papa Bonifacio para enfatizar su enorme poder. Al mismo tiempo reconoció su generosidad y rectitud, pues a petición de un abad de Cluny de identidad desconocida, que solicitaba el favor para un hombre caído en desgracia que lo había ayudado, el Papa “pudo reconocer en él a un hombre de gran valía, no sólo le concedió su perdón, sino que lo nombró caballero de los Hospitalarios y le dio un gran priorato de esa orden.”²⁸⁸

Entre las prerrogativas papales, además de otorgar esa clase de cargos, estaba la facultad de decidir la legitimidad de los matrimonios, obviamente en los casos de personas de gran alcurnia, como los hijos de reyes y los propios monarcas. Como sucedió en el relato de la

²⁸⁶ *Ibid.*, Jornada X, Cuento 2, p. 817.

²⁸⁷ Bonifacio VIII fue pontífice de 1294 a 1303. *Vid.* E. Mitre Fernández, *Iglesia, herejía y vida política en la Europa medieval*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2007, p. 205.

²⁸⁸ G. Boccaccio, *El Decamerón*, *op. cit.*, Jornada X, Cuento 2, p. 822.

princesa de Inglaterra, disfrazada de abad, que buscaba una dispensa para que su padre no la casara con el anciano rey de Escocia.²⁸⁹

Un elemento muy interesante es la representación de Roma como lugar de perdición. En otro cuento, un mercader europeo intentaba convencer a su amigo judío, de nombre Abraham, de que se convirtiera al cristianismo, ya que lo apreciaba de verdad y no quería que su alma se perdiera por tener la religión equivocada. El judío le dijo a su amigo, que antes de hacer tal cosa debería ir a Roma a ver por sí mismo al vicario de Dios en la tierra, lo que en lugar de generar alegría en el cristiano lo hace pensar que “si [su amigo] va a la corte de Roma y ve la corrupta y malvada vida de los clérigos, no sólo no se convertirá al cristianismo, sino que, siendo cristiano, abrazaría al punto la fe judaica.”²⁹⁰ La descripción de lo atestiguado por el judío es todavía más significativa:

Comenzó a observar las costumbres del Papa, de los cardenales, de los demás prelados y de todos los cortesanos. [...] vio que desde el mayor hasta el menor de todos allí, generalmente, pecaban de lujuria con enorme deshonestidad, y no sólo en la manera natural, sino también en la sodomita, sin freno alguno de remordimiento o de vergüenza, y hasta tal punto, que ningún puesto se conseguía allí sin la poderosa influencia de las meretrices y los efebos. Además de eso, todos eran glotones, borrachos y más servidores de su propio vientre y de la lujuria que de cualquier otra cosa, como si fueran bestias brutas. Y más adelante, vio también que eran tan avaros y codiciosos que eran capaces de traficar con la sangre humana y con los beneficios divinos, y que vendían y compraban indulgencias como si fueran simples objetos comerciales [...] A esa desvergonzada simonía llamábanla “procuraduría”, y a la gula “sustentamiento”, como si Dios prescindiendo del significado de las palabras [...] se dejara engañar por los nombres de tales cosas.²⁹¹

No obstante, la figura de algunos jefes religiosos aún generaba respeto en ciertos sectores sociales, es así que la princesa que debía viajar de incógnito en búsqueda del Papa, lo hizo disfrazada de abad para mantenerse a salvo, iba resguardada por un par de monjes y con

²⁸⁹ *Ibid.*, Jornada II, Cuento 3, pp. 130-139.

²⁹⁰ *Ibid.*, Jornada I, Cuento 2, p. 77.

²⁹¹ *Ibid.*, Jornada I, Cuento 2, pp. 78-79.

una pequeña comitiva.²⁹² Por supuesto, la elección de un disfraz masculino tiene relevancia, si no, simplemente se hubiera disfrazado de abadesa; así que probablemente no sólo buscaba el amparo de la Iglesia; quizá las abadesas no tenían la misma movilidad que los abades, lo que facilitaría que fuese descubierta. De cualquier modo el resultado fue el esperado, ir caracterizada como abad la mantuvo a salvo.

Entonces, la cuestión del respeto hacia los representantes de la alta jerarquía eclesiástica no era universal, variaba regionalmente y por tipos de gente. En este contexto, el líder de un grupo de sieneses renegados por Roma, debido a cuestiones meramente políticas, manifestó al mismísimo abad de Cluny que no los atemorizaba: “habéis llegado a un lugar donde sólo le tememos a Dios, y donde las excomuniones y los interdictos carecen de todo valor”.²⁹³ Claramente, la Santa Sede solía valerse de dichas herramientas para someter a quien se opusiera a sus intereses o a sus aliados.

Además del poder político, los altos funcionarios de la Iglesia tenían poderío económico. Boccaccio aprovechó una narración, dentro de otra, para retratar la imagen que la gente tenía del abad de Cluny “de quien suele decirse que es el más rico prelado de la Iglesia de Dios, exceptuado el Papa.”²⁹⁴ En otro cuento, se reafirma la idea de que “el abad de Cluny [...] era uno de los más ricos prelados del mundo [...]”²⁹⁵

Parece ser una figura emblemática y contradictoria la del abad de Cluny, pues se ha visto que Boccaccio se sirvió de él en varias ocasiones para simbolizar a la alta clerecía. En momentos reconoce sus virtudes morales, sin embargo, no se olvida de su posición económica.

²⁹² *Ibid.*, Jornada II, Cuento 3, pp. 130-139.

²⁹³ *Ibid.*, Jornada X, Cuento 2, p. 818.

²⁹⁴ *Ibid.*, Jornada I, Cuento 7, p. 97.

²⁹⁵ *Ibid.*, Jornada X, Cuento 2, p. 818.

3.4.2 MONJES Y ÓRDENES MENDICANTES

En el *Decamerón* el catálogo de religiosos con comportamiento indebido es muy amplio. Curas y frailes se valían de cualquier artimaña para seducir mujeres, incluso convenciéndolas de que se hacía un favor a Dios al ceder a sus deseos. Para ejemplificar esto, nada mejor que la historia de un fraile de muy dudosa reputación en su lugar de origen, que decidió mudarse a Venecia para seguir con sus pillerías impunemente, donde nadie lo conociera; se hacía llamar fray Alberto y convenció a una mujer en extremo vanidosa de que el ángel Gabriel se había enamorado de ella, por lo que únicamente debió presentarse en casa de la mujer por la noche, disfrazado, para que ésta cayera redonda en la trampa.²⁹⁶

Los cuentos sobre engaños de religiosos a laicos aparecen recurrentemente, pero hay uno que destaca por la forma en que se realizó el ardid y el hecho de que la mentira fuese aceptada por el defraudado. Se trataba de un clérigo comerciante y “hechicero”.²⁹⁷ Precisamente la parte de la brujería es la que contrasta con la figura del religioso, que no tendría por qué estar haciendo magia.

El *Decamerón* muestra que también había religiosos que se consideraban a ellos mismos por encima del resto de los hombres. A lo largo de este capítulo se ha señalado que los eclesiásticos abusaban constantemente de su posición para lograr satisfacer sus deseos. Sin embargo, hay un cuento en el que un religioso fue timado a consecuencia de su vanagloria, este ejemplo es excepcional, ya que usualmente los laicos eran las víctimas y no los victimarios de los engaños: “Quiero contaros una burla hecha realmente por una hermosa dama a un célebre religioso; una burla placentera a todo secular, porque los religiosos, con sus costumbres nuevas, con su creencia de que valen más y saben más que los otros, a la postre

²⁹⁶ *Ibid.*, Jornada IV, Cuento 2, pp. 366-376.

²⁹⁷ *Ibid.*, Jornada IX, Cuento 10, pp. 801-805.

resultan ser unos reverendos tontos”.²⁹⁸ Esta declaración denota algo más: la molestia generalizada ante la actitud prepotente de algunos eclesiásticos.

Por otro lado, la doble moral y el cinismo se manifestaron en la narración de Dioneo sobre un monasterio famoso por su santidad, en el que “un monje, que cometió un pecado merecedor de muy severo castigo, escapa a éste al reprender hábilmente al abad por haber hecho lo mismo.”²⁹⁹ Esto significa que las faltas se cometían en todos los niveles jerárquicos.

Por supuesto no podían faltar en el muestrario las monjas y abadesas con vida sexual. Hay un cuento en el que ocurre algo similar al ejemplo precedente. Incluso se repite la fórmula del relato: “existió en Lombardía un monasterio muy famoso por la devoción y severidad de su regla, en el cual entre otras monjas, había una joven de sangre noble y de extraordinaria hermosura, llamada Isabetta.”³⁰⁰ Esta monja se enamoró de un joven con el que logró tener varios encuentros al interior de monasterio. Al intentar la madre superiora capturarla *infraganti*, salió aprisa de su celda, con los calzones de un sacerdote en la cabeza. Tras la vergüenza de ser descubierta, terminó dando permiso a todas las monjas de que hicieran lo que les placiera. La diferencia con el cuento anterior, es que en este relato la doble moral se intercambia por un absoluto cinismo.

Existe otro asunto relacionado con las monjas promiscuas, se trata de la discreción con que en una narración se manejaron sus embarazos y el nacimiento de sus “monjecitos”. Además muestra que la lujuria no distingue estamentos. Ciertamente era éste un relato chusco, en el que un hombre llamado Masetto, haciéndose pasar por mudo, fue aceptado en un convento de monjas como jardinero, Masetto terminó enredado con todas las monjas,

²⁹⁸ *Ibid.*, Jornada III, Cuento 3, p. 261.

²⁹⁹ *Ibid.*, Jornada I, Cuento 4, p. 84.

³⁰⁰ *Ibid.*, Jornada IX, Cuento 2, p. 759.

incluyendo a la abadesa. Por diversas circunstancias se quedó en el convento hasta envejecer, de este modo fue que tuvo muchos hijos, conjuntamente a las monjas.³⁰¹

Según Boccaccio, los ministros de la fe no sólo pecaban de lujuria, al mismo tiempo se daban una vida llena de lujos, es así, que se hacían enterrar con sus riquezas, lo que lleva obligadamente a revisar a otro cuento, en que unos clérigos avariciosos, enterados de un entierro fastuoso, intentaron saquear la tumba para enriquecerse ellos mismos.³⁰²

Giovanni Boccaccio se lamentaba de la pérdida de dirección de los religiosos. Inclusive puso en boca de un fraile lo que le disgustaba:

En otros tiempos, los frailes eran unos hombres muy buenos, prudentes y santos; los actuales, de frailes sólo tienen el hábito, y muchos de ellos ni siquiera eso. Mientras los antiguos se impusieron la pobreza y la demostraban usando toscos sayales, y mostraron su espíritu que despreciaba las cosas temporales al cubrir su cuerpo con tan vil indumento, los de hoy usan holgados ropajes de brillantes y finísimos paños, en formas tan elegantes y estrambóticas, que con ellos se pavonean en las iglesias y las plazas [...] ³⁰³

Hay dos aspectos en relación con este párrafo que vale la pena resaltar. El primero es la indiscutible denuncia acerca de la decadencia en las prácticas de los hermanos y su gusto por la riqueza y el lujo.

El segundo es de una naturaleza totalmente distinta, puesto que tiene que ver con Boccaccio y sus recursos narrativos. Tal como se ha venido señalando, se valía de sus personajes para transmitir lo que pensaba acerca de algún asunto. Si bien, nuevamente se trata de una acusación muy grave, la realizó resguardado por sus personajes, como si la molestia e irritación fueran de ellos. De tal modo podía deslindarse, en cierta medida, de dichas afirmaciones y aminorar un poco el peso de sus señalamientos.

³⁰¹ *Ibid.*, Jornada III, Cuento 1, pp. 248-254.

³⁰² *Ibid.*, Jornada II, Cuento 5, pp. 146-159.

³⁰³ *Ibid.*, Jornada III, Cuento 7, p. 299.

Ahora bien, Boccaccio hizo alusión a frailes de distintas órdenes, pero al parecer los que más le atraían e interesaban eran los franciscanos. Como ya ha sido mencionado, estaba al corriente del principio básico de renunciar a la riqueza para dedicar la vida al servicio de Dios.³⁰⁴ Y en este tenor comunicó cómo, poco a poco, los miembros que ingresaban a dichas comunidades, en principio con las mejores intenciones y toda la vocación, terminaban corrompiéndose también: “mientras los antiguos frailes procuraban la salvación de los hombres, los de hoy procuran tener mujeres y riquezas”.³⁰⁵

El disgusto iba más allá de percibir lo corrupto del clero, era también la irritación ante la simulación de que los monjes cubrían sus deberes monásticos, cuando a todas luces era evidente que no lo hacían. Boccaccio presentó otro caso, muy significativo por tratarse de un fraile miembro de la Inquisición, institución precursora del Tribunal del Santo Oficio, además de ser franciscano:

Vivía en nuestra ciudad un fraile menor que era inquisidor de las heréticas maldades; el cual, como lo hacen todos, se las ingeniaba muy bien para parecer santo y tierno amante de la fe cristiana, y no menos buen investigador de quienes cometían alguna falta en contra de la fe, sobre todo si éstos tenían las bolsas repletas de dinero.³⁰⁶

Con todo, Boccaccio no señalaba únicamente errores, también era capaz de reconocer virtudes donde las encontraba, en la introducción del *Decamerón*, reconoció la presencia de los religiosos:

[...] cuyo número es ya muy escaso”,³⁰⁷ que no huyeron de la ciudad o murieron durante la peste. Los pocos que permanecieron en la ciudad, aun arriesgando su vida, apenas se daban abasto para los oficios fúnebres, ocurrió “muy a menudo [...] [que] yendo dos sacerdotes, con

³⁰⁴ Probablemente Boccaccio estaba más al tanto de los franciscanos que de otros frailes, debido a que esta orden surgió en Florencia.

³⁰⁵ G. Boccaccio, *El Decamerón, op. cit.*, Jornada III, Cuento 7, p. 299.

³⁰⁶ *Ibid.*, Jornada I, Cuento 6, p. 91.

³⁰⁷ *Ibid.*, Jornada I, Introducción, p. 51.

una cruz, acompañando a un difunto, se les sumaran tres o cuatro féretros [...] y de tal modo, en lugar de acompañar a un muerto, acompañaban seis u ocho, o aun más, por viaje”.³⁰⁸

Se ha tratado el caso de los frailes y los clérigos que resistieron la enfermedad. Pero no se ha abordado el caso de las religiosas. Al hablar de las monjas que sobrevivieron a la epidemia, Boccaccio, a través de Pampinea contó: “[...] las recluidas en los monasterios pónense a pensar que les conviene a ellas lo que hacen las demás, y rota ya la obediencia a las leyes, entréganse a los placeres carnales y se tornan lascivas y disolutas”.³⁰⁹ Su parecer es muy claro, y nuevamente lo enuncia por medio de uno de sus personajes, curiosamente uno femenino. Cabe destacar que en el caso de las religiosas, no mencionó ningún aspecto rescatable, como si hizo en varias oportunidades con los religiosos.

Estos son sólo algunos ejemplos, en el *Decamerón* abundan las historias de monjes, clérigos y frailes ladrones, avaros, fraudulentos, lujuriosos y un largo etcétera. El retrato de esta clase de personajes denota la decadencia de los miembros de la Iglesia, presenciada de manera cotidiana tanto por Boccaccio como por sus contemporáneos.

3.5 NECESIDAD DE REFORMA

El desarrollo de la Iglesia ha ocurrido en dos planos paralelos, pero a velocidades disímiles. Por un lado está el camino de la lenta absorción y modificación de ciertas creencias o costumbres, que se ha efectuado en el ánimo de no perder o de adquirir más adeptos. La otra vía es la de la implementación de reformas ante situaciones alarmantes. En ese sentido, hay que reconocer que la necesidad y la intención de cambiar han estado presentes en muchas ocasiones a lo largo de la historia, sin embargo, el alcance reformista no ha sido suficiente para lograr giros significativos.

³⁰⁸ *Ibid.*, Jornada I, Introducción, p. 47.

³⁰⁹ *Ibid.*, Jornada I, Introducción, p. 52.

Giovanni Boccaccio estaba plenamente consciente de lo que ocurría en y con la Iglesia de su tiempo. Sin embargo, no se atrevió a sugerir explícitamente una reforma. Lo que sí hizo, fue apuntalar las fallas que percibía.

Y eso fue precisamente lo que realizó al narrar la historia de la visita del judío Abraham a Roma, bosquejada en líneas previas. Boccaccio por medio de Abraham describió profusamente la decadencia de Roma.

No se trataba de señalamientos menores, los pecados cometidos por la alta jerarquía eclesiástica eran numerosos, pero este comportamiento no era privativo de los habitantes de la Santa Sede. En ese sentido, destaca el caso del inquisidor franciscano, que aun perteneciendo a una orden consagrada a la pobreza, adolecía de los mismos males, iniciando procesos contra personas de buena posición económica para obtener de ellos la mayor riqueza posible, sin importarle en realidad si los indiciados eran herejes, pecadores o inocentes.³¹⁰

Al margen de las denuncias de Boccaccio, es evidente que a través del *Decamerón* también se pueden desentrañar factores de su propia religiosidad, como la importancia que concedía a la mediación de los santos, del mismo modo que el apoyo de los vivos a los pecadores en el más allá. Y en el eje de toda mediación, la Iglesia tenía el papel central y dominante, pues es quien acercaba a los fieles con las reliquias de los santos, y se hacía cargo de officiar las misas por las almas de los muertos, entre otras acciones.

No hay que olvidar que Boccaccio respondía a ciertos cánones y estilos. Tenía costumbres y nociones similares a las de sus contemporáneos. Sobre su ideología, vinculada a su carácter de mercader, destaca la creencia en un santo como San Julián, así como su visión del purgatorio más parecida a la de Dante que a la propuesta por la propia Iglesia.

³¹⁰ *Ibid.*, Jornada I, Cuento 6, pp. 91-94.

CONCLUSIONES

Al iniciar este trabajo, uno de mis objetivos era averiguar, por medio del *Decamerón*, de qué modo eran percibidos el clero y la ritualidad en Florencia a mediados del siglo XIV, sin perder de vista que Boccaccio representaba a un grupo concreto de la sociedad de su tiempo.

Por tanto se puede concluir que el *Decamerón* retrata los valores de un autor característico de su entorno. Boccaccio nació en medio de una crisis europea, pero en una región relativamente a salvo de sus afectaciones. Fue criado en el ambiente urbano y mercantil de Florencia, en un ambiente de solidaridad gremial y comunal, a pesar de las diferencias políticas. Aunado a esto, se formó con grandes pensadores de su época.

Es claro que la Iglesia de su época requería reformar ciertas prácticas, pero este proceso no era novedoso, ya había ocurrido en diversas ocasiones siglos antes, y seguiría ocurriendo después del siglo XIV. Boccaccio presencié y dejó testimonio acerca de aspectos de corrupción entre algunos representantes del clero.

Por otro lado, la Peste Negra merece mención aparte ya que se trata del marco inmediato y específico de surgimiento del *Decamerón*, como se ha señalado hasta la saciedad. Esta enfermedad tuvo repercusiones en todos los sectores sociales y económicos de Florencia sin distinción

En ese sentido hay que señalar que en ningún momento dejé de considerar que se trataba de la revisión de una obra literaria y no historiográfica. Es decir, aunque en el *Decamerón* se haya hecho mención de personajes o lugares reales, no fue escrito para fijar acontecimientos “dignos de ser recordados”, sino para entretener a un público específico, que en este caso, era el femenino urbano.

La elección del *Decamerón* como fuente en este tema se debe, en gran medida, a que Giovanni Boccaccio fue testigo de a crisis de la institución eclesiástica, y que su señalamiento velado o no se unió al resto de voces que demandaban nuevas reformas.

Además, considero que los excesos dentro de la Iglesia, narrados por Boccaccio, son una expresión de la inconformidad existente en diversos sectores sociales ante la institución eclesiástica

Por otro lado, la cualidad edificante de un texto como el *Decamerón*, que presenta un modelo de religioso ideal, fundamentado en un pasado idealizado principalmente, lo convierte en un referente singular acerca de las opiniones sobre el clero de Florencia en el siglo XIV.

No obstante, sí me parece que las constantes menciones de personajes y lugares implican un intento de apego histórico por parte del autor. Es probable que esta tendencia de Boccaccio fuera realizada de manera inconsciente, y se puede agregar que si el texto careciera de esta clase de alusiones, igualmente brindarían luz acerca de la perspectiva de Boccaccio. Parece contradictorio, pero no lo es. El *Decamerón* es un conjunto de cuentos, en el que pueden percibirse muchas facetas de la realidad bajomedieval, tanto ideológicas como cotidianas.

Ahora es más claro que nunca, por qué al realizar el estudio de una obra no puede deslindarse de la vida de su creador, así como tampoco puede dejarse de lado el contexto en que fue escrita. En el caso particular de Boccaccio el mundo mercantil y cortesano en que se formó, así como los cambios sociales a raíz de la Peste Negra, enmarcan la creación del *Decamerón*, que a su vez refleja una imagen de dicho entorno.

Asimismo, considero que conocer la trayectoria del escrito, posterior a la vida de Boccaccio, es decir, su permanencia en circulación, fue de primera importancia para efectos

de este trabajo. El hecho de su prohibición y censura por la Iglesia fue fundamental, como también lo es el hecho de su accesibilidad hoy día.

Sobre la labor efectuada en el presente trabajo, quisiera recalcar que debido a la vastedad de elementos representados en la obra, únicamente realicé el análisis de aspectos concretos sobre religiosidad apuntados en el *Decamerón*; una revisión de todos y cada uno de los temas que pueden extraerse de la obra sería el trabajo de una vida. La forma en que llevé a cabo esta investigación, fue situando lo dicho por Boccaccio en el *Decamerón* dentro del contexto bajomedieval en que surgió.

Es notable que el autor del *Decamerón* haya suministrado en su obra una gran variedad de descripciones de distintos tipos sociales. Para los fines de este estudio destacan los monjes, frailes y abadesas que no eran precisamente un manojo de virtudes. Sin embargo, la información no se queda ahí, ya que también permite un acercamiento a la vida y la forma que los laicos tenían de relacionarse con la religión. Es interesante que Boccaccio no haya retratado sólo a ricos comerciantes, también intentó plasmar a sectores económicamente bajos.

Un factor más es la religiosidad del propio Boccaccio, quien, como es fácil extraer de su escrito, era un creyente. Hecho que se confirma con su ingreso a la Tercera Orden de Frailes Menores algunos años después de haber escrito el *Decamerón*. Pero Boccaccio también era un humanista, y eso le hizo tener una mirada crítica ante las prácticas que consideraba erróneas entre los eclesiásticos.

Hay que recordar que la mayor parte de los señalamientos y comentarios con respecto a cualquier asunto, no aparecieron en la obra como salidas de boca del autor, sino más bien como si hubieran sido dichas por los actores de las diez jornadas en el campo o, en ocasiones,

por los personajes de alguno de los relatos. Esta herramienta narrativa, facilitó la realización de afirmaciones sobre el clero que podían ser inconvenientes para la Iglesia.

No obstante, en el proemio, la introducción y la conclusión del autor, sí fue Boccaccio quien declaró su opinión sobre los temas de interés en este trabajo.

De ningún modo el *Decamerón* fue escrito con la finalidad de atacar frontalmente a la religión, lo que irritaba a Boccaccio era la perversión de los miembros de la Iglesia, como quedó asentado a lo largo de todo el tercer capítulo de esta tesis.

Es por eso necesario reiterar que no puso en duda el cristianismo, sino la forma en que sus representantes se comportaban. Boccaccio veía la necesidad de reformar el comportamiento clerical.

Otro aspecto que resalta es que Boccaccio no era el único que se quejaba de la doble moral al interior del entramado eclesiástico. La inconformidad provino tanto de sectores laicos como clericales, durante el siglo XIV. De ahí, probablemente, uno de los elementos de aceptación del *Decamerón* entre el público.

La prohibición y expurgación del *Decamerón* por la Inquisición, fueron más bien tardías (s. XVI). Pese a lo que podría creerse, el libro no fue editado en las secciones que criticaban al clero corrompido, las preocupaciones de los censores más bien se daban en relación con pasajes como el “cuento de los tres anillos” que podían provocar, y de hecho provocaron, cuando menos en el mencionado caso de Menocchio, cuestionamientos de carácter teológico.

Sin duda Boccaccio fue un hombre que, desde su sitio en el mundo, contó lo que vio, lo hizo asequible para muchos, y de algún modo esperó lo mejor. En ese sentido vale la pena enfatizar que no hay propuestas concretas sobre un cambio, sólo señalamientos críticos.

Ya que el autor presentó dos tipos de religiosos, el virtuoso y el pecador, me parece pertinente señalar que el modelo ideal se encontraría más bien en un pasado idealizado, los rasgos más valiosos aparecen en las narraciones sobre eclesiásticos de tiempos anteriores; tal es el caso de los franciscanos originales. Los religiosos coetáneos a Boccaccio, que retrató en el *Decamerón*, estaban en su mayoría, inmersos en la decadencia y la corrupción.

No hay que olvidar que Boccaccio estaba fuertemente influido por los preceptos de San Francisco de Asís. De ahí la constante crítica a la opulencia de la Iglesia. Tal parece que percibía más defectos que virtudes en los religiosos de su época, ya fueran hombres o mujeres. Empero, no dejó de señalar las cualidades cuando las había.

Respondiendo al cuestionamiento, sobre de qué manera el *Decamerón* representa la dialéctica entre la posición oficial de la Iglesia en materia de doctrina, liturgia y disciplina, y las prácticas populares, me parece que el *Decamerón* expresó precisamente las contradicciones entre el discurso eclesiástico y su actuar. Boccaccio era un cristiano que convivía con cristianos que a su vez conocían sus deberes ante Dios, asimismo, fue testigo de cómo algunos representantes de la Iglesia eran los primeros en desobedecer estos principios.

Boccaccio tenía una postura de molestia ante los religiosos promiscuos, le disgustaba que rompieran los votos realizados, así es que era más bien la doble moral que la concupiscencia misma lo que no soportaba, es decir, era la Iglesia quien postulaba esos ideales de abstinencia, y eran sus miembros los primeros en no acatarlos.

Ocurría algo similar con la avaricia, y esto era de particular interés para Boccaccio, puesto que, como se ha señalado previamente, era un admirador de San Francisco de Asís, que encontraba la búsqueda de enriquecimiento en el ámbito clerical como algo totalmente desdeñable.

Así pues, es claro que el *Decamerón* aporta datos muy valiosos en cuestiones tales como ideología y costumbres, además de ser una lectura deleitosa.

Para terminar, me gustaría agregar que espero que este trabajo despierte interés y sea de utilidad para esfuerzos posteriores de investigación, tanto para la historia religiosa en general, que se sigue abriendo paso; como para el estudio de la religiosidad en el siglo XIV, tanto en Florencia como en el resto de la península itálica.

ANEXOS

ANEXO 1. CUADRO DE EDICIONES DEL *DECAMERÓN*

Estas ediciones del *Decamerón* son accesibles en bibliotecas de la ciudad de México. En el cuadro se incluyeron versiones en varios idiomas, dado el interés que pueden generar, y, en cambio, se descartaron las antologías por razones de espacio. Los títulos se especificaron ya que no hay homogeneidad en ese sentido.

TÍTULO	CIUDAD	EDITORIAL	AÑO	IDIOMA
<i>El Decamerón</i>	México	Tomo	2004	Español
<i>El Decamerón</i>	Madrid	Alba	2003	Español
<i>El Decamerón</i> / pról. Vittore Branca, trad. Guillermo Fernández	México	UNAM	2003	Español
<i>El Decamerón</i> / pról. Francisco Montes de Oca, trad. Daniel Tapia	México	Porrúa	2002	Español
<i>Decamerón</i> / trad. María Hernández Esteban	Madrid	Cátedra	2001	Español
<i>El Decamerón</i> / pról. Francesc Lluís Cardona, trad. Montserrat Oromí	Barcelona	Edicomunicación	2001	Español
<i>El Decamerón</i>	Madrid	Alba-Edivisión	1998	Español
<i>El Decamerón</i>	Madrid	Edimat	1998	Español
<i>Decamerón</i> / pról., trad. y notas Pilar Gómez Bedate	Madrid	Siruela	1991	Español
<i>El Decamerón</i> / prol. Esther Benítez, trad. José María Moreno, <i>et al.</i>	Madrid	Alianza	1987	Español
<i>El Decamerón</i> / trad. Jacinto León Ignacio	Barcelona	Ediciones 29	1987	Español
<i>El Decamerón</i> / trad. Jaime Schuartz	México	Editores Mexicanos Unidos	1985	Español
<i>Decamerón</i> / trad. y notas Martín de Riquer, ils. J.M. Serrano	Barcelona	Argos-Vergara	1979	Español
<i>El Decamerón</i> / trad. Caridad Oriol Serrer	Barcelona	Bruguera	1979	Español
<i>El Decamerón</i> / tr. Juan G. de Luaces	Barcelona	Plaza & Janes	1977	Español
<i>El Decamerón</i>	México	Editorial Lito-Ediciones Olimpia	1973	Español
<i>Decamerón</i> / trad. Luis Obiols	Barcelona	Editorial Credsá	1972	Español

TÍTULO	CIUDAD	EDITORIAL	AÑO	IDIOMA
<i>El Decamerón</i> / trad. Juan G. de Luaces, ils. Munoa	Barcelona	Círculo de lectores	1972	Español
<i>El Decamerón</i>	Barcelona	Zeus	1971	Español
<i>El Decamerón</i> / trad. Juan G. de Luaces	Buenos Aires	Plaza & Janes	1965	Español
<i>Il decameron</i> / ed. Carlo Salinari	Bari	Laterza	1963	Italiano
<i>Decameron. Vol. 1. Giornate 1°-2°-3°-4°</i> / ed. R. Ceserani	Novara	Istituto Geografico	1962	Italiano
<i>Decameron. Vol. 2. Giornate 5°-6°-7°-8°-9°-10°</i> / ed. R. Ceserani	Novara	Istituto Geografico	1962	Italiano
<i>Los cien cuentos de Boccaccio. Cotejados con los mejores textos italianos y fielmente traducidos</i> / trad. Luis Obiols	México	Editora Nacional	1961	Español
<i>Decameron. Nuova edizione con xilografie tratte dalla prima stampa illustrata, 1492</i> / ed. Vittore Branca	Florenzia	Felice le Monnier	1960	Italiano
<i>Das Dekameron des Giovanni Boccaccio [1]. Erster bis fünfter tag</i>	Berlín	Aufbau	1958	Alemán
<i>Das Dekameron des Giovanni Boccaccio [2]. Sechster bis zehnter tag</i>	Berlín	Aufbau	1958	Alemán
<i>Il decameron</i> / ed. Giuseppe Petronio	Turín	Einaudi	1958	Italiano
<i>El Decamerón</i> / pról. Giovanni Papini, trad. Luis Obiols, ils. B. Kriukov	Buenos Aires	El ateneo	1957	Español
<i>Decameron. Vol. 1</i> / ed. Natalino Sapegno	Turín	U. T. E. T.	1956	Italiano
<i>El Decamerón</i> / trad. Daniel Tapia	México	Cía. Gral. de Ediciones	1955	Español
<i>Decameron. Filocolo. Ameto. Fiammetta</i> / eds. Enrico Bianchi, Carlo Salinari, Natalino Sapegno	Milán	Riccardo Ricciardi Editore	1952	Italiano
<i>Il decameron. Vol. 1</i> / ed. Giuseppe Petronio	Turín	Einaudi	1950	Italiano
<i>Il decameron. Vol. 2</i> / ed. Giuseppe Petronio	Turín	Einaudi	1950	Italiano
<i>The Decameron. Complete and unexpurgated with 32 pages in color</i> / trad. Richard Aldington, ils. Rockwell Kent	Nueva York	Garden City Books	1949	Inglés

TÍTULO	CIUDAD	EDITORIAL	AÑO	IDIOMA
<i>Cuentos</i> / pról. Salvador Novo, trad. Daniel Tapia	México	Colón	1947	Español
<i>Il decameron e antologia delle opere minori</i> / pról. y notas Vincenzo Pernicone	Florenia	Wallechi	1937	Italiano
<i>El Decamerone</i> / pról. Angelo Ottolin	Milán	Ulrico Hoepli Editore	1932	Italiano
<i>The Decameron</i> / trad. John Payne	Nueva York	Modern Library	1931	Inglés
<i>The Decameron of Giovanni Boccaccio</i> / trad. Richard Aldington	Nueva York	Convici, Friedi	1930	Inglés
<i>Decameró</i> / pról. Carlos Riba	Barcelona	Barcino	1926	Catalán
<i>Los cien cuentos de Boccaccio. Cotejados con los mejores textos italianos y fielmente traducidos</i> / trad. Luis Obiols	Mallorca	Maucci	1904	Español
<i>Le décaméron</i> / trad. y notas Francisque Reynard, ils. Jacques Wagrez	París	H. Launette	1890	Francés
<i>Il Decameron di messer Giovanni Boccaccio</i> / eds. Pietro Fanfani, Eugenio Cameriani	Milán	Edoardo Sonzogno Editore	1886	Italiano
<i>Cuentos de Boccaccio</i> / trad. Ramón García, ils. Johannot, Manteuil, Staal, Girardet, et al.	París	Librería Española de Garnier Hermanos	1882	Español
<i>Decameron</i>	Florenia	Magheri	1827	Italiano
<i>Il Decameron</i>	Roma	Firmin Didot	1816	Italiano
<i>Il Decameron</i>	Milán	Giovanni Silvestri	1816	Italiano
<i>Decameron</i> / ed. Giulio Ferrario	Milán	Società Tipografica de' Classici Italiani	1803	Italiano
<i>Il Decameron</i> / ed. Francesco di Amaretto Mannelli	Florenia	s.p.i.	1762	Italiano
<i>El Decamerón</i> / trad. Germán Gómez de la Mata	Valencia	Prometeo	s/f	Español
<i>Il Decamerone</i> / pról. Adolfo Bartoli	Milán	Istituto Editoriale Italiano	s/f	Italiano

ANEXO 2. OBRAS DE BOCCACCIO³¹¹

ESCRITOS LITERARIOS

- *Amorosa Visione*. Poema en cincuenta cantos. Escrito en torno a 1342.³¹²
- *Bucolicum carmen*. Poemas pastoriles. De fecha desconocida.³¹³
- *Caccia di Diana*. Poema en dieciocho cantos breves en forma de tercetos. Elaborado en 1334 aproximadamente.³¹⁴
- *Carmina*. Variedad de poemas. Confeccionada a lo largo de su vida.³¹⁵
- *Comedia delle Ninfe*. Conocida como *Ninfale d'Ameto*. Conjunto de fábulas pastoriles, con algunas partes en verso. Realizada entre 1341 y 1342.³¹⁶
- *Corbaccio*. Breve escrito surgido tras una decepción amorosa, en 1365 aproximadamente.³¹⁷
- *Elegia di Constanza*. Paráfrasis en verso del epitafio de Omonea. De fecha desconocida.
- *Elegia di madonna Fiammetta*. Novela. Escrita probablemente en el periodo 1343-1344.³¹⁸
- *Esposizioni sopra la Comedia di Dante*. Notas y apuntes inconclusos sobre la obra maestra de Dante Alighieri.³¹⁹
- *Filocolo*. Novela compuesta en cinco libros. Elaborada en 1336.³²⁰
- *Filostrato*. Narración en nueve partes desarrolladas en octavas. Escrita en torno a 1335.³²¹

³¹¹ A pesar de que la mayoría de las obras de Giovanni Boccaccio se hallan en ediciones modernas, no todas son accesibles en México. Con un asterisco (*) señalé aquellas ediciones que no pude localizar en la ciudad de México. Su existencia puede verificarse en <http://www.worldcat.org/>

³¹² *Le rime. L'Amorosa Visione. La Caccia di Diana*, ed. Vittore Branca, Bari, G. Laterza, 1939. (Scrittori d'Italia. G. Boccaccio, opere 6, 169)

³¹³ *Opere latine minori: Bucolicum carmen carminum et epistolarum quae supersunt, scripta breviora*, ed. Aldo Francesco Massera, Bari, G. Laterza & figli, 1928. (Scrittori d'Italia. G. Boccaccio, opere 9, 111)

³¹⁴ *Le rime. L'Amorosa Visione. La Caccia di Diana, op. cit.*

³¹⁵ **Rime. Carmina. Epistole e lettere. Vite. De Canaria*, ed. Vittore Branca, Milán, Mondadori, 1992. (I Classici Mondadori. Tutte le opere di Giovanni Boccaccio. Vol. V. Tomo I)

³¹⁶ *L'Ameto. Lettere. Il Corbaccio*, ed. Nicola Bruscoli, Bari, G. Laterza, 1940. (Scrittori d'Italia. G. Boccaccio, opere 5, 182)

³¹⁷ *L'Ameto. Lettere. Il Corbaccio, op. cit.*

³¹⁸ *Elegia di Madonna Fiammetta*, eds. Carlo Salinari y Natalino Sapegno, Turín, G. Einaudi, 1976.

³¹⁹ **Esposizioni sopra la Comedia di Dante*, ed. Giorgio Padoan, Milán, Mondadori, 1965. (I Classici Mondadori. Tutte le opere di Giovanni Boccaccio. Vol. 6)

³²⁰ *Il Filocolo*, ed. Salvatore Battaglia, Bari, G. Laterza, 1938. (Scrittori d'Italia. G. Boccaccio, opere 1, 167). Existe versión española: *Filócolo*, trad. Carmen F. Blanco Valdés, Madrid, Gredos, 2004. (Clásicos medievales)

- *Ninfale Fiesolano*. Alegoría ambientada en temas campestres. Elaborada probablemente entre 1344-1346.³²²
- *Rimas*. Conjunto de 150 composiciones, la mayoría sonetos. De fechas diversas.³²³
- *Teseida*. Doce cantos en octavas compuestos de 9,898 versos. Escritos entre 1339-1341.³²⁴

MISCELÁNEAS

- *Zibaldone Laurenziano*. Textos de Dante, Petrarca y otros autores, mezclados con anotaciones del propio Boccaccio.
- *Zibaldone Magliabechiano*. Notas preliminares de sus obras; copias y traducciones de autores que le interesaban. Iniciado alrededor de 1350.

TEXTOS BIOGRÁFICOS, GEOGRÁFICOS E HISTÓRICOS

- *Allegoria mitologica*. Prosa que fusiona conocimientos de cristianismo y paganismo.³²⁵
- *De Canaria*. Reelaboración latina de las informaciones sobre el reciente descubrimiento de las Islas Canarias. Anotado en torno a 1342.³²⁶
- *De Casibus virorum illustrium*. Consideraciones históricas y moralistas en nueve libros, organizados en un esquema épico-dramático. Iniciado en 1355, primera redacción en 1360, retomado en 1373-1374.³²⁷

³²¹ *The Filostrato of Giovanni Boccaccio*, introd. y trad. Nathaniel Edward Griffin, trad. Arthur Beckwith Myrick, Filadelfia, University of Pennsylvania, 1929.

³²² *Il ninfale fiesolano*, ed. Aldo Francesco Massera, Turín, U. T. E. T., 1926. (Collezione di Classici Italiani, XIII). Existe traducción al español: *Las ninfas de Fiésola*, trad. María Hernández Esteban, Madrid, Gredos, 1997. (Clásicos medievales)

³²³ *Le rime*. *L'Amorosa Visione. La Caccia di Diana*, op. cit.

³²⁴ *La Teseida. Traducción castellana del siglo XV*, ed., introd. y notas de Victoria Campo y Marcial Rubio Arquez, Frankfurt-Madrid, Vervuert-Iberoamericana, 1996. (Medievalia Hispánica, 2)

³²⁵ **Elegia di Madonna Fiammetta. Corbaccio. Consolatoria a Pino de' Rossi. Bucolicum carmen. Allegoria mitologica*, ed. Vittore Branca, Milán, Mondadori, 1994. (I Classici Mondadori. Tutte le opere di Giovanni Boccaccio. Vol. V. Tomo II)

³²⁶ **Rime. Carmina. Epistole e lettere. Vite. De Canaria*, op. cit.

- *De montibus, silvis, fontibus, lacubus, fluminibus, stagnis seu paludibus et de nominibus maris liber*. Catálogo de la cultura geográfica de la Antigüedad y la época de Boccaccio. Iniciado entre 1355 y 1357. Terminado en 1374.³²⁸
- *De mulieribus claris*. Ciento seis biografías de mujeres, tanto antiguas, como contemporáneas a Boccaccio. Iniciado en 1361 y finalizado en 1375, tras nueve fases de redacción.³²⁹
- *Epistola consolatoria a Pino de' Rossi*. Es un discurso ético. Realizado entre 1361 y 1362.³³⁰
- *Epistolas*. Correspondencia que abarca gran parte de su vida.³³¹
- *Genealogia deorum gentilium*. Tratado mitológico en quince libros. Iniciado antes de 1350, primera redacción en 1360, corregido constantemente hasta la muerte de Boccaccio.³³²
- *Trattarello in laude di Dante*. Biografía de Dante Alighieri. De 1362 aproximadamente.³³³
- *Vita di San Pier Damiani*. Biografía del santo. Escrita en 1361.³³⁴
- *Vita et moribus Francisci Petracchi*.³³⁵ Biografía de su amigo y maestro Francesco Petrarca.

³²⁷ **De casibus virorum illustrium*, ed. Pier Giorgio Ricci y Vittorio Zaccaria, Milán, A. Mondadori, 1983. (I Classici Mondadori)

³²⁸ **Libro de los montes & ríos & selvas. Traducción castellana del siglo XV del De Montibus, silvis, fontibus, lacubus, fluminibus, stagnis seu paludibus et de diversis nominibus maris*, ed. José Blanco J., Santiago de Chile, Universidad de Las Américas, 2008.

³²⁹ **Mujeres preclaras*, ed. y trad. Violeta Díaz-Corralejo, Madrid, Cátedra, 2010. (Lecturas Universales, 420)

³³⁰ **Opere minori: La Fiammetta. L'Ameto. Il Corbaccio. Lettera consolatoria a M. Pino de' Rossi*, ed. Francesco Costero, Milán, s.p.i., 1932. (Biblioteca Classica Economica, 34)

³³¹ *L'Ameto. Lettere. Il Corbaccio*, op. cit.

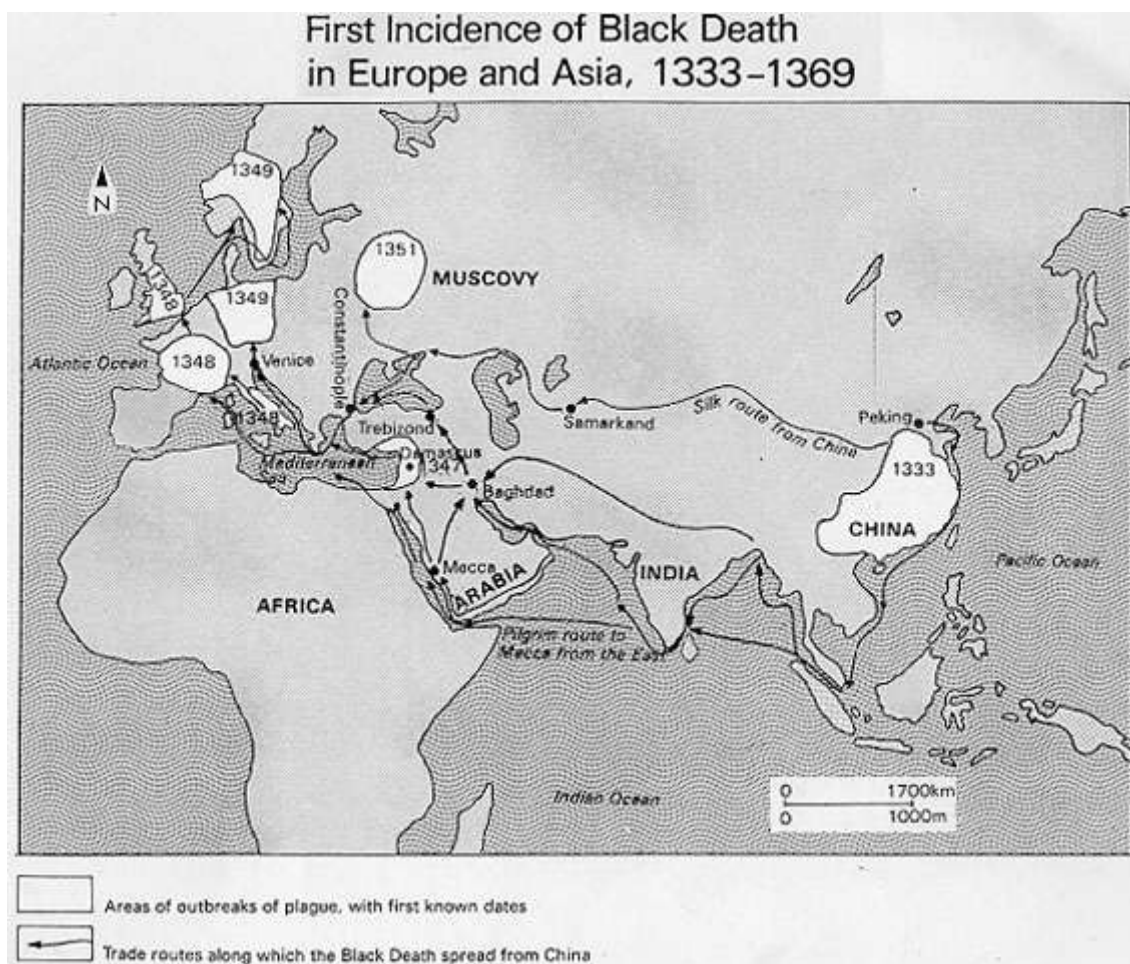
³³² *Genealogía de los dioses paganos*, Madrid, Editora Nacional, 1983. (Clásicos para una biblioteca contemporánea. Literatura, 30)

³³³ *Trattarello in laude di Dante*, introd., pról. y notas Luigi Sasso, Milán, Garzanti, 1995. (I Grandi Libri Garzanti, 586). Existe traducción al español: Dante Alighieri, *Vida nueva*. Seguido de G. Boccaccio, *Breve tratado en alabanza de Dante*, trads. Francisco Almela y Vives y Guillermo Fernández, próls. Francisco Montes de Oca y Bruno Maier, México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 2000. (Nuestros clásicos. Nueva época, 91)

³³⁴ **Rime. Carmina. Epistole e lettere. Vite. De Canaria*, op. cit.

³³⁵ **Rime. Carmina. Epistole e lettere. Vite. De Canaria*, op. cit.

ANEXO 3. MAPA DEL AVANCE DE LA PESTE NEGRA³³⁶



³³⁶ *Decameron Web*, Brown University, Italian Studies Department's Virtual Humanities Lab, http://www.brown.edu/Departments/Italian_Studies/dweb/images/maps/decworld/plaguetraderoutes.jpg, consultado el 18 de marzo de 2013.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

FUENTES

- Boccaccio, Giovanni, *Breve tratado en alabanza de Dante*, en Dante Alighieri, *Vida nueva*. Seguido de G. Boccaccio, *Breve tratado en alabanza de Dante*, trads. Francisco Almela y Vives y Guillermo Fernández, próls. Francisco Montes de Oca y Bruno Maier, México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 2000, 200 p. (Nuestros clásicos. Nueva época, 91)
- _____, *Decamerón*, trad., pról. y notas Francisco José Alcántara, intr. Martín de Riquer, Barcelona, Vergara, 1962, 1074 p.
- _____, *Decameron. Filocolo. Ameto. Fiammetta*, eds. Enrico Bianchi, Carlo Salinari y Natalino Sapegno, Milán, Riccardo Ricciardi Editore, 1952, XVIII-1246 p. (La Letteratura Italiana Storia e Testi, 8)
- _____, *El Decamerón*, trad. Guillermo Fernández, pról. Vittore Branca, México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 2003, 915 p. (Nuestros clásicos. Nueva época, 94)
- Branca, Vittore, *Bocacio y su Época*, intr., trad. y notas Luis Pancorbo, Madrid, Alianza, 1975, 350 p. (El libro de bolsillo. Sección literatura, 585)

BIBLIOGRAFÍA

- Alighieri, Dante, *La Divina Comedia*, pról. I. G. Sanguinetti, México, Club Internacional del Libro, s/f, 384 p. (Grandes Maestros de la Literatura Clásica Universal)
- Ancilli, Ermanno (dir.), *Diccionario de espiritualidad*, trad. Joan Llopis, Barcelona, Herder, 1987, 3 vols.

- Antal, Frederick, *El mundo florentino y su ambiente social. La república burguesa anterior a Cosme de Médicis: Siglos XIV-XV*, trad. Juan Antonio Gaya Nuño, Madrid, Guadarrama, 1963, 520 p.
- Antonetti, Pierre, *Historia de Florencia*, trad. Esther Herrera, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, 194 p. (Breviarios, 406)
- Arnaldi, Girolamo, “Iglesia y papado”, en Le Goff, Jacques y Jean-Claude Schmitt (eds.), *Diccionario razonado del Occidente medieval*, Madrid, Akal, 2003, pp. 349-363.
- Aurell, Jaume, *La escritura de la memoria. De los positivismos a los postmodernismos*, Valencia, Universitat de València, 2005, 254 p. (Història)
- Azuela Bernal, María Cristina, *Del Decamerón a las Cent Nouvelles nouvelles. Relaciones y transgresiones en la nouvelle medieval*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2006, 288 p. (Cuadernos del Seminario de Poética, 24)
- Bajtin, Mijail, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, trad. Julio Forcat y César Conroy, Madrid, Alianza, 2003, 432 p. (El Libro Universitario. Ensayo. Historia y geografía)
- Balderas Vega, Gonzalo, *Jesús, cristianismo y cultura en la Antigüedad y en la Edad Media*, México, Universidad Iberoamericana, 2007, 540 p.
- Berlioz, Jacques, “Calamidades”, en Le Goff, Jacques y Jean-Claude Schmitt (eds.), *Diccionario razonado del Occidente medieval*, Madrid, Akal, 2003, pp. 104-113.
- Berman, Harold J., *La formación de la tradición jurídica de Occidente*, trad. Mónica Utrilla de Neira, México, Fondo de Cultura Económica, 2001, 675 p. (Sección de Obras de Política y Derecho)
- Bloch, Marc, *La sociedad feudal. La formación de los vínculos de dependencia*, México, UTEHA, 1958, 358 p. (La evolución de la humanidad, 52)

- Boase, T. S. R., “La reina muerte. Agonía, juicio y recuerdo”, en Evans, Joan (coord.), *Historia de las civilizaciones 6. La Baja Edad Media: el florecimiento de la Europa medieval*, trad. Mireia Bofill, México, Alianza-Labor, 1989, pp. 274-320.
- Bonnassie, Pierre, *Vocabulario básico de la historia medieval*, 2ª ed., trad. Manuel Sánchez Martínez, Barcelona, Crítica, 1984, 246 p. (Serie general. Estudios y ensayos, 110)
- Brooke, Christopher, “Introducción. Estructura de la Sociedad medieval”, en Evans, Joan (coord.), *Historia de las civilizaciones 6. La Baja Edad Media: el florecimiento de la Europa medieval*, trad. Mireia Bofill, México, Alianza-Labor, 1989, pp. 10-50.
- Burke, Peter (ed.), *Formas de hacer historia*, trad. José Luis Gil Aristu, Madrid, Alianza, 1993, 314 p. (Alianza Universidad, 765)
- Cantarella, Glauco Maria, “Cluny, el fracaso de la perfección”, en *El siglo XI, marcas de identidad*, actualmente en prensa. Copia del texto proporcionada por el Dr. Martín Ríos Saloma y el Dr. Cantarella.
- Cavallo, Guglielmo y Roger Chartier (dirs.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, 2ª ed., Madrid, Taurus, 2004, 667 p. (Taurus minor)
- Cazalé Bérard, Claude “La strategia della parola nel Decameron”, en *MLN*, vol. 109, no. 1, The Italian Issue, The Johns Hopkins University Press, enero de 1994, pp. 12-26, <http://www.jstor.org/stable/2904926>, 15 de febrero de 2013.
- Chartier, Robert, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, 2ª ed., trad. Claudia Ferrari, Barcelona, Gedisa, 1995, 276 p. (Ciencias Sociales, Historia)
- Chaucer, Geoffrey, *Cuentos de Canterbury*, 7ª ed., ed. y trad. Pedro Guardia Massó, Cátedra, Madrid, 2001, 645 p. (Letras Universales, 83)
- Darnton, Robert, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura*

francesa, trad. Carlos Valdés, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, 270 p.
(Sección de Obras de Historia)

- Davis, Natalie Zemon, *Pasión por la historia. Entrevista con Denis Crouzet*, trad. Anaclet Pons y Justo Serna, Valencia, Universitat de Valencia-Universidad de Granada, 2006, 174 p. (Historia)
- Dawson, Christopher, *Historia de la cultura cristiana*, 2ª ed., comp., trad. e introd. Heriberto Verduzco Hernández, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, 444 p. (Colección Conmemorativa 70 Aniversario, 49)
- De Bujanda, J. M., “Los libros italianos en el índice español de 1559”, en *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance*, t. 34, no. 1, Librairie Droz, 1972, pp. 89-104, <http://www.jstor.org/stable/20674916>, 15 de febrero de 2013.
- Denzinger, Enrique, *El magisterio de la Iglesia. Manual de los símbolos, definiciones y declaraciones de la Iglesia en materia de fe y costumbres*, trad. y pról. Daniel Ruiz Bueno, Barcelona, Herder, 1955, XXXII-618-[100] p. (Biblioteca Herder. Sección de teología y filosofía, 22)
- Duby, Georges, *Año mil, año dos mil. La huella de nuestros miedos*, Barcelona, Andrés Bello, 1995, 144 p.
- _____, *Economía rural y vida campesina en el Occidente medieval*, trad. Jaime Torras Elías, Barcelona, Península, 1991, 546 p. (Serie Universitaria. Historia, ciencia, sociedad, 27)
- _____, *Europa en la Edad Media*, 2ª ed., Barcelona, Paidós, 1990, 186 p. (Paidós básica, 33)
- Dupront, Alphonse, “La religión: Antropología religiosa”, en Jacques Le Goff y Pierre Nora (comps.), *Hacer la historia II. Nuevos enfoques*, 2ª ed., trad. Jem Cabanes, Barcelona, Laia, 1985, 262 p.

- Eco, Umberto, *El nombre de la rosa*, 3ª ed., trad. Ricardo Pochtar, México, Editorial Lumen-Representaciones Editoriales S.A., 1985, 614 p. (Palabra en el tiempo, 148)
- Evans, Joan (coord.), *Historia de las civilizaciones 6. La Baja Edad Media: el florecimiento de la Europa medieval*, trad. Mireia Bofill, México, Alianza-Labor, 1989, 464 p. (El libro de bolsillo. Sección humanidades, 1337)
- Febvre, Lucien, *Combates por la historia*, 2ª ed., Barcelona, Ariel, 1992, 248 p. (Ariel, 68)
- Fossier, Robert (coord.), *La Edad Media 3. El tiempo de las crisis 1250-1520*, Barcelona, Crítica, 1988, 504 p. (Serie Mayor)
- Fossier, Robert, *Gente de la Edad Media*, 2ª ed., trad. Paloma Gómez Crespo y Sandra Chaparro Martínez, Madrid, Taurus, 2008, 390 p. (Taurus Historia)
- _____, *La sociedad medieval*, trad. Juan Vivanco, Barcelona, Crítica, 1996, 504 p. (Historia medieval)
- Franklin, Margaret, *Boccaccio's heroines. Power and virtue in Renaissance society*, Burlington, Ashgate, 2006, 206 p.
- Gaos, José, “La idea medieval del mundo según la *Divina Comedia*”, en *Historia de nuestra idea del mundo*, México, Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México, 1983, pp. 50-66.
- Gathercole, Patricia M., “The French Translators of Boccaccio”, en *Italica*, vol. 46, no. 3, American Association of Teachers of Italian, otoño de 1969, pp. 300-309, <http://www.jstor.org/stable/477808>, 13 de febrero de 2013.
- Ginzburg, Carlo, *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, México, Océano, 2004, 258 p. (El ojo infalible)
- Hernández Esteban, María, “Decamerón o Centonovelle, el título del libro y su difusión” en León Gómez, Magdalena (coord.), *La literatura en la literatura. Actas del XIV Simposio de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada* [celebradas en

- Madrid en 2002] Madrid, Sociedad Española de Literatura General y Comparada, 2004, pp. 273-284.
- Highet, Gilbert, *La tradición clásica. Influencias griegas y romanas en la literatura occidental I*, trad. Antonio Alatorre, México, Fondo de Cultura Económica, 1954, 450 p.
 - Hunt, I. C. J. Peter y K. McMahon, "Original Sin", en *New Catholic Encyclopedia*, Vol. 10, 2^a ed., Detroit, Gale, 2003, pp. 664-672, <http://go.galegroup.com/ps/i.do?id=GALE%7CCX3407708293&v=2.1&u=unam&it=r&p=GVRL&sw=w>, 14 de mayo de 2013.
 - Hunt, Richard, "Suma de conocimientos. Universidades y cultura" en Evans, Joan (coord.), *Historia de las civilizaciones 6. La Baja Edad Media: el florecimiento de la Europa medieval*, trad. Mireia Bofill, México, Alianza-Labor, 1989, pp. 242-273.
 - Ianni, Evi, "Elenco dei Manoscritti Autografi di Giovanni Boccaccio", en *MLN*, vol. 86, no. 1, The Italian Issue, The Johns Hopkins University Press, enero de 1971, pp. 99-113, <http://www.jstor.org/stable/2907467>, 13 de febrero de 2013.
 - *Index Librorum Prohibitorum*, 1559, *Bavarian State Library, Index of Prohibited Books from the Roman Office of the Inquisition*, <http://www.aloha.net/~mikesch/ILP-1559.html>
 - Iogna-Prat, Dominique, *Iglesia y sociedad en la Edad Media*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2010, 78 p. (Serie Historia General, 26)
 - _____, "Orden / órdenes", en Le Goff, Jacques y Jean-Claude Schmitt (eds.), *Diccionario razonado del Occidente medieval*, Madrid, Akal, 2003, pp. 615-625.
 - King, Donald, "Corrientes del comercio. Industria, mercados y dinero", en Evans, Joan (coord.), *Historia de las civilizaciones 6. La Baja Edad Media: el florecimiento de la Europa medieval*, trad. Mireia Bofill, México, Alianza-Labor, 1989, pp. 321- 371.
 - La Roncière, Charles de, "La vida privada de los notables toscanos en el umbral del renacimiento", en Ariès, Philippe y Georges Duby (coords.), *Historia de la vida privada 2*.

- De la Europa feudal al Renacimiento*, trad. Francisco Pérez Gutiérrez, Madrid, Taurus, 2001, 662 p. (Taurus minor)
- Lawlor, Francis X. y Keith Lemna, “Communion of Saints”, en Fastiggi, Robert L. (ed.), *New Catholic Encyclopedia Supplement 2010*, Vol. 1, 2ª ed., Detroit, Gale, 2010, pp. 353-356,
<http://go.galegroup.com/ps/i.do?id=GALE%7CCX1388100156&v=2.1&u=unam&it=r&p=GVRL&sw=w>, 14 de mayo de 2013.
 - Le Goff, Jacques, *El nacimiento del purgatorio*, trad. Francisco Pérez Gutiérrez, Madrid, Taurus, 1981, 450 p. (Ensayistas, 251)
 - _____, *La Baja Edad Media*, México, Siglo XXI, 2006, VIII-336 p. (Historia Universal Siglo XXI, 11)
 - _____, *La civilización del occidente medieval*, trad. F. de Serra Ràffols, Barcelona, Juventud, 1970, 750 p. (Las grandes civilizaciones)
 - _____, *Mercaderes y banqueros de la Edad Media*, 2ª ed., trad. Natividad Massanes, Buenos Aires, Eudeba, 1963, 144 p. (Lectores de Eudeba, 17)
 - _____, *San Francisco de Asís*, trad. Eduardo Carrero Santamaría, Madrid, Akal, 2003, 152 p. (Akal universitaria. Serie historia medieval, 225)
 - Le Goff, Jacques y Jean-Claude Schmitt (eds.), *Diccionario razonado del Occidente medieval*, Madrid, Akal, 2003, 816 p. (Akal Diccionarios, 36)
 - Le Goff, Jacques y Pierre Nora (comps.), *Hacer la historia II. Nuevos enfoques*, 2ª ed., trad. Jem Cabanes, Barcelona, Laia, 1985, 262 p. (Historia / Papel, 451)
 - Little, Lester K., “Monjes y religiosos”, en Le Goff, Jacques y Jean-Claude Schmitt (eds.), *Diccionario razonado del Occidente medieval*, Madrid, Akal, 2003, pp. 566-576.
 - Maquiavelo, Nicolás, *Historia de Florencia*, pról., trad. y notas Félix Fernández Murga, Madrid, Alfaguara, 1979, 504 p. (Clásicos Alfaguara)

- Mitre Fernández, Emilio, *Fantasma de la sociedad medieval. Enfermedad. Peste. Muerte*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2004, 192 p. (Historia y Sociedad, 107)
- _____, *Iglesia, herejía y vida política en la Europa medieval*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2007, 208 p. (Estudios y ensayos, 96)
- Monnet, Pierre, “Mercaderes”, en Le Goff, Jacques y Jean-Claude Schmitt (eds.), *Diccionario razonado del Occidente medieval*, Madrid, Akal, 2003, pp. 536-546.
- Morsel, Joseph, *La aristocracia medieval. El dominio social en Occidente (siglos V-XV)*, trad. Fermín Miranda, Valencia, Universitat de Valencia, 2008, 400 p.
- *New Catholic Encyclopedia*, 2ª ed, Detroit, Gale, 2003-2004, 15 vols., *Gale Virtual Reference Library*, <http://go.galegroup.com>, 14 de mayo de 2013.
- *Novus Librorum Prohibitorum & Expurgatorum Index. Pro Catholicis Hispaniarum Regnis, Philippi III. Reg. Cath. An. 1632*, 1632, Universidad de Sevilla, Fondos digitalizados, <http://fondosdigitales.us.es/fondos/libros/462/10/nouus-index-librorum-prohibitorum-et-expurgatorum/>
- Ong, Walter J., *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, trad. Angélica Scherp, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, 192 p. (Sección de Obras de Lengua y Estudios Literarios)
- Perus, François (comp.), *Historia y literatura*, México, Instituto Mora, 1997, 302 p. (Antologías Universitarias)
- Renouard, Yves, *Historia de Florencia*, trad. Ana María Torres de González, Buenos Aires, Eudeba, 1968, 120 p. (Los indispensables, 166)
- Ríos Saloma, Martín F., “De la historia de las mentalidades a la historia cultural. Notas sobre el desarrollo de la historiografía en la segunda mitad del siglo XX”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, no. 37, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, enero-junio de 2009, pp. 97-137.

- Rogers, Paul Patrick, “Why el Gran Galeoto?”, en *Hispania*, vol. 6, no. 6, American Association of Teachers of Spanish and Portuguese, diciembre de 1923, pp. 372-377, <http://www.jstor.org/stable/331292>, 15 de febrero de 2013.
- Romano, Ruggiero y Alberto Tenenti, *Los fundamentos del mundo moderno. Edad media tardía, reforma, renacimiento*, México, Siglo XXI, 1981, VIII-328 p. (Historia Universal Siglo XXI, 12)
- Romero, José Luis, *La Edad Media*, 2ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1951, 220 p. (Breviarios, 12)
- Rubial García, Antonio, *La hermana pobreza. El franciscanismo: de la Edad Media a la evangelización novohispana*, intr. Pedro Ángeles Jiménez, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1996, 266 p. (Colección Seminarios)
- Ruiz, Juan, Arcipreste de Hita, *El libro de buen amor*, 5ª ed., ed. Alberto Blecua, Cátedra, Madrid, 2001, CXXX-600 p. (Letras Hispánicas, 70)
- Sabaté, Flocel, *Fin del mundo y Nuevo Mundo. El encaje ideológico entre la Europa medieval y la América moderna en Nueva España (siglo XVI)*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2011, 80 p. (Colección Divulgata, 4)
- Saenger, Paul, “La lectura en los últimos siglos de la Edad Media”, en Cavallo, Guglielmo y Roger Chartier (dirs.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, 2ª ed., Madrid, Taurus, 2004, pp. 211-259.
- Seignobos, Charles, *Historia de la civilización en la Edad Media. Y en los tiempos modernos*, 8ª ed., trad. Francisco Gutiérrez Brito, México, Librería de la Vda. de C. Bouret, 1922, 434 p.
- Sharpe, Jim, “Historia desde abajo”, en Peter Burke (ed.), *Formas de hacer historia*, trad. José Luis Gil Aristu, Madrid, Alianza, 1993, pp. 38-58.
- Spiegel, Gabrielle M., “Historia, historicismo y lógica social” en Perus, François (comp.), *Historia y literatura*, México, Instituto Mora, 1997, pp. 123-161.

- _____, *The Past as Text. Theory and Practice of Medieval Historiography*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1999, 320 p. (Parallax re-visions of culture and society)
- Starobinski, Jean, “La literatura. El texto y el intérprete”, en Jacques Le Goff y Pierre Nora (comps.), *Hacer la historia II. Nuevos enfoques*, 2ª ed., trad. Jem Cabanes, Barcelona, Laia, 1985, pp. 175-189.
- Thoorens, León, *Italia y Alemania. De la Edad Media a la literatura contemporánea*, México, Daimon, 1977, 314 p. (Historia universal de la literatura)
- Traslosheros, Jorge E., “Utopía inmaculada en la primavera mexicana. *Los sirgueros de la virgen sin original pecado*. Primera novela novohispana, 1620”, en *Estudios de Historia Novohispana*, vol. 30, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, enero-junio de 2004, pp. 93-116.
- Vauchez, André, *La espiritualidad del Occidente medieval (siglos VIII-XII)*, 2ª ed., Madrid, Cátedra, 1995, 146 p. (Historia menor)
- Verger, Jacques, “Valores y autoridades diferentes”, en Fossier, Robert (coord.), *La Edad Media 3. El tiempo de las crisis 1250-1520*, Barcelona, Crítica, 1988, pp. 105-134.
- Vilani, Giovanni, *Nuova Cronica*, ed. G. Porta, Parma, Fondazione Pietro Bembo-Guanda, 1991, 1644 p. (Letteratura italiana Einaudi) Libro electrónico.
- Wright, Herbert G., “The First English Translation of the ‘Decameron’”, en *The Modern Language Review*, vol. 31, no. 4, Modern Humanities Research Association, octubre de 1936, pp. 500-512, <http://www.jstor.org/stable/3716137>, 13 de febrero de 2013.
- Zarnecki, George, “El mundo monástico”, en Evans, Joan (coord.), *Historia de las civilizaciones 6. La Baja Edad Media: el florecimiento de la Europa medieval*, trad. Mireia Bofill, México, Alianza-Labor, 1989, pp. 51-112.

PÁGINAS WEB

- Bavarian State Library, Index of Prohibited Books from the Roman Office of the Inquisition, <http://www.aloha.net/~mikesch/ILP-1559.html>
- Decameron Web, Brown University, Italian Studies Department's Virtual Humanities Lab, http://www.brown.edu/Departments/Italian_Studies/dweb/images/maps/decworld/plaguetraderoutes.jpg
- Dialnet, <http://dialnet.unirioja.es>
- Jstor, www.jstor.org
- Gale Virtual Reference Library, <http://go.galegroup.com/>
- Universidad de Sevilla, Fondos digitalizados, <http://fondosdigitales.us.es/fondos/>
- WorldCat, www.worldcat.org